

Daniel E. Piccinini

Espacios urbanos y tiempos sociales.  
Las dinámicas del pasado en los dilemas  
futuros de la geografía social  
de las ciudades argentinas



INSTITUTO DE GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

# Cuadernos de Territorio 12

Espacios urbanos y tiempos sociales.  
Las dinámicas del pasado en los dilemas  
futuros de la geografía social  
de las ciudades argentinas

Daniel E. Piccinini

U.B.A. - F.F. y L.  
Instituto de Geografía  
Biblioteca

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano  
*Huga Trinchera*  
Vicedecana  
*Ana María Zubieta*  
Secretaria Académica  
*Silvia Llomovatte*  
Secretario de Investigación  
*Carlos Cullen Soriana*  
Secretario de Posgrado  
*Claudio Guevara*  
Secretario de Supervisión Administrativa  
*Enrique Zylberberg*  
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil  
*Renée Girardi*  
Secretario General  
*Jorge Gugliotta*

Subsecretario de Publicaciones  
*Rubén Calmels*  
Prosecretario de Publicaciones  
*Jorge Winternitz*  
Coordinadora Editorial  
*Julia Zullo*

Consejo Editor  
*Alejandro Balazote - Susana Romanos*  
*María Marta García Negroni - Susana Cella*  
*Myriam Feldfeber - Diego Villarroel*  
*Adriana Garat - Marta Gamarra*

Dirección de Imprenta  
*Rosa Gómez*  
Diagramación y composición  
*Graciela Palmas*  
Diseño de Tapa  
*Mercedes Dominguez Valle*

INSTITUTO DE GEOGRAFÍA  
Director: Pablo Ciccolella

CUADERNOS DE TERRITORIO  
Director: Pablo Ciccolella  
Secretario de Redacción: Lautaro Wallace

© Facultad de Filosofía y Letras - UBA - 2006 - Puán 480 - Ciudad de Buenos Aires - Argentina  
SERIE: MONOGRÁFICA ISSN: 1850-2520

CUADERNOS DE TERRITORIO es una publicación con referato internacional del Instituto de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires destinada a dar a conocer la producción en Geografía y otras disciplinas interesadas en la dimensión territorial de los procesos naturales y sociales  
CUADERNOS DE TERRITORIO es la continuación de la revista "Territorio para la Producción y Crítica en Geografía y Ciencias Sociales"

ÍNDICE

RESUMEN/ABSTRACT/RÉSUMÉ .....	5
INTRODUCCION .....	9
I. Las transformaciones socio-territoriales: escalas y duraciones.....	15
<i>I.1. Comenzando por la escala...</i> .....	19
<i>I.2. ...para seguir con el análisis multiescalar.</i> .....	30
II. Las transformaciones observadas en el análisis multiescalar del espacio urbano argentino .....	37
<i>II.1. El sistema urbano</i> .....	38
<i>II.2. El Frente Urbano Industrial</i> .....	51
<i>II.3. Las grandes aglomeraciones del Frente Urbano Industrial</i> .....	65
<i>II.4. Los lugares metropolitanos</i> .....	73
III. El sentido de las transformaciones y de las vinculaciones multiescales en el espacio urbano argentino.....	87
<i>III.1. Continuando con la relación escala-duración...</i> .....	88
<i>III.2. ...para terminar explorando territorios futuros</i> .....	98
EPÍLOGO.....	117
TABLA DE CUADROS .....	
Cuadro 1.....	41
Cuadro 2.....	60
Cuadro 3.....	67
BIBLIOGRAFÍA .....	121

**RESUMEN**

.....

El proceso de urbanización de la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX estuvo atravesado por diversas formas de estructuración territorial observables según la escala espacial retenida. A cada una de ellas correspondió a su vez una temporalidad específica que en general varía en virtud de una progresión establecida por la cual es posible detectar dinámicas diferentes según que un mismo lugar sea captado en distintas escalas. El análisis multiescalar posibilita, a partir de esas geografías con sus diferentes temporalidades, abrir perspectivas hipotéticas sobre el futuro de los territorios considerados. En el presente estudio se intenta escrutar esas perspectivas para la geografía urbana de la Argentina partiendo de algunos indicios demográficos y de datos generales económicos y sociales que permiten conjeturar una próxima modificación, dentro de un marco social fuertemente conmovido, de la dinámica migratoria que la caracterizó hasta hoy. Luego de establecer una serie de relaciones teóricas entre escala geográfica y duración significativas para nuestro problema, se procede a un análisis multiescalar de la urbanización que tuvo lugar desde mediados del siglo XX y se concluye sobre las probabilidades de una alteración de las tendencias históricas, sus consecuencias posibles y algunas de las vías a explorar -con sus límites y posibilidades- para evitar resultados sociales y políticos indeseables.

Palabras clave: Argentina, proceso de urbanización, espacio-tiempo, análisis multiescalar, desocupación, concentración-desconcentración urbana.

The urbanization of Argentina during the second half of the 20<sup>th</sup> century was crossed by diverse structuring territorial forms changing in line with the retained space scale. Every scale has a specific timing that varies generally by reason of a given progression, this enables to detect different dynamics for a place captured in different scales. Starting from those geographies to different times the following essay opens hypothetical perspectives on the future of the considered territories. The written scrutinize those perspectives for the urban geography of Argentina based in some demographic, economic and social data. Then is possible to conjecture a modification, inside a strongly disturbed social frame, of the characteristic migratory dynamics stood until today. The work includes a reflection around theoretical relationships significant for our problem between geographic scale and duration. We continue with a multi-scalar approach Argentina's urbanization from half 20<sup>th</sup> century or so, and we finally discuss about the probabilities of a modification of the historical trends, their likely consequences and some tentative ways, limitations and possibilities to avoid undesirable social and political results.

Words key: Argentina, urbanization, space-time, multi-scalar approach, unemployment, urban centralization-decentralization.

Le processus d'urbanisation qui a eu lieu en Argentine pendant la seconde moitié du vingtième siècle a été traversé par diverses formes de structuration du territoire décelables à différentes échelles. A chacune d'entre elles correspond également une temporalité spécifique qui varie généralement en fonction d'une progression établie, ce qui permet de repérer des dynamiques diverses pour un même lieu saisi à différentes échelles. L'analyse multiscalaire donne la possibilité d'ouvrir, à partir de ces géographies à plusieurs vitesses, des perspectives hypothétiques sur le futur des territoires pris en considération. On essaye de scruter ces perspectives pour la géographie urbaine argentine à partir de quelques indices démographiques ainsi que des données économiques et sociales d'ordre général qui permettent de risquer une prochaine modification, dans un cadre social très bouleversé, de la dynamique migratoire qui a été caractéristique jusqu'au présent. Après avoir établi quelques rapports théoriques significatifs pour notre étude entre échelle géographique et durée, on réalise une analyse

multiscalaire de l'urbanisation qui s'est développée depuis la moitié du vingtième siècle, pour finalement conclure sur les probabilités d'un changement des tendances historiques, ses éventuelles conséquences et quelques voies possibles à explorer -avec leurs limites et leurs capacités- pour éviter des résultats indésirables sur les plans social et politique.

Mots clefs: Argentine, processus d'urbanisation, rapport espace-temps, analyse multiscalaire, chômage, concentration-déconcentration urbaine.

*INTRODUCCIÓN*

.....

A lo largo del último cuarto del siglo XX la pobreza en las ciudades argentinas se fue incrementando hasta dispararse bruscamente en su última década. Entre los dos años de las mayores crisis que conoció la economía del país - 1989 y, ya apenas comenzado el siglo siguiente, el 2002 - la desocupación en Buenos Aires se duplicó pasando de más del 7% a casi el 16%. Lo mismo sucedió con la brecha de ingresos entre los ocupados de los deciles extremos de su distribución, de modo que si en 1989 el 10 % de la población con más bajas remuneraciones recibía en promedio 15 veces menos entradas monetarias que el 10 % más favorecido, en el 2002 esa relación pasó a ser de más de 32 veces. Aquellos años conocieron lógicamente un inusual salto de la pobreza urbana pero esos picos se inscribieron en una tendencia creciente, de modo que si en la crisis de 1989 la población bajo la línea que la determina estadísticamente se acercó a la mitad del total con el 47,3 %, en el 2002 esa población ya se instaló en el 54,3% y desde entonces ha mermado muy lentamente. Como no es difícil de comprender, semejante evolución ha hecho de Buenos Aires, y en medida variable también de las otras ciudades argentinas, el escenario de un descontento que se expresa en la así llamada "protesta social" de los más perjudicados, pero también en una inquietante sensación de inseguridad de los más afortunados - o simplemente de los menos desfavorecidos - que se sienten tan amenazados por el inevitable aumento de la delincuencia

común como por la movilización de los que más padecieron el peso de esas crisis.

La conflictividad social que se vive en las ciudades, con manifestaciones a veces abiertas y otras más latentes, es producto de este proceso histórico que ha modificado los escenarios urbanos de la Argentina contemporánea. Esto es generalmente percibido, y con ello también algunos fenómenos clásicos que estudia la geografía urbana, como la segregación residencial que se ha agudizado a lo largo de estos años (Mignaqui, 1998; Prévôt Schapira, 2000). No existe en cambio una conciencia tan clara de que la geografía urbana argentina tiene, a su vez, una dinámica particular que introduce condiciones muy fuertes para la evolución futura de estos procesos y que necesita, para su comprensión, acudir a una serie de análisis que, a diversas escalas, articule lo observado en los espacios locales con las tendencias que se desarrollan en los territorios más amplios del país. Comprender esto es fundamental tanto por sus implicancias más directamente territoriales como sobre todo por sus consecuencias políticas, porque permite adelantarse a las condiciones en que se desenvolverá la gobernabilidad de las ciudades en particular y de la sociedad en general y posibilita en consecuencia pensar los mecanismos más democráticos que la garanticen.

Por eso es pertinente, a diversos títulos, delinear el derrotero que siguió el proceso de urbanización de la Argentina durante la segunda mitad del siglo pasado desde la diversidad de los fenómenos que se precipitan bajo la lente de distintas escalas de análisis espacial. En primer lugar, aunque a esta altura del conocimiento esto tal vez ya no es lo más significativo, es útil hacerlo porque verifica una vez más cómo el replanteo reciente de las relaciones productivas llevan a encuadrar desde la lógica misma del desarrollo capitalista a una proporción cada vez más restringida de la población dentro de sus propias normas de integración social. Y en segundo lugar, y esto sí nos parece más necesario de subrayar, porque sirve para advertir como el agotamiento de los modelos históricos hasta no hace mucho vigentes es ampliamente susceptible de llevar, simultáneamente al sacrificio de territorios enteros en virtud de los nuevos vínculos mercantiles, a una reorientación del sistema urbano nacional que supone restricciones extremadamente críticas para la existencia misma del régimen democrático. En el marco de la transformación económica general que vivió la Argentina de fin de siglo, los mercados tradicionales de trabajo colapsaron

y, además de generalizar aquel cuadro de pobreza en las ciudades, comienzan a plantear ahora nuevas condiciones para el desarrollo de la movilidad espacial de la población urbana. Se perfila de ese modo un escenario futuro aún más crítico para las ciudades argentinas y, como trataremos de demostrar, se impone por consiguiente la necesidad de repensar las formas de intervención sobre las políticas de empleo que hasta el presente se limitaron por lo esencial, y sin ningún éxito, a agudizar la explotación de la mano de obra por vía de diversos regímenes de flexibilización laboral y, secundariamente, a focalizar la asistencia a la desocupación a partir de programas provisorios y restringidos. Por lo tanto el análisis de la evolución de la urbanización de las últimas décadas nos interesa más para comprender la dinámica específica de una conflictividad creciente - que al desplegar los escenarios de su propio drama actual nos da la pauta del desarrollo territorial futuro - y los elementos espaciales que la estructuran, que para hacer el diagnóstico previsible de las "patologías sociales" que le estarían afectando. Sólo desde esa perspectiva será posible darse el marco de reflexión que acceda a imaginar los instrumentos necesarios para resolver los conflictos sociales emergentes más decisivos o bien que nos permita al menos tomar conciencia de la magnitud de los límites de nuestra estructura social para poder enfrentarlos y sacar luego las conclusiones del caso.

Este señalamiento principal no agota sin embargo la aspiración de las páginas siguientes que al tratar de responder a las incertidumbres que nos preocupan respecto de nuestra sociedad apuntan también, más subsidiariamente aunque no por eso menos significativamente, a una reflexión que esperamos que concorra a la discusión de los intereses más generales de aquellos que nos dedicamos a la geografía. En efecto, hay un tema complejo y central para la disciplina que, aunque últimamente está siendo discutido de forma cada vez más explícita, estuvo siempre en su médula: el de las relaciones que se entretienen al interior de los territorios entre las dimensiones temporales y espaciales<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Lejos de cualquier pretensión de exhaustividad, podríamos citar: Piveteau, 1995; Harvey, 1998; Escolar, 1998; Elissalde, 2000; Alessandri C., 2001. Así como, desde una perspectiva más operacional de análisis espacial, podemos citar también la revista *Geographical Analysis* de la Universidad del Estado de Ohio que dedicara numerosos artículos a la cuestión durante los últimos diez años.

Que ésta, como otras cuestiones constitutivas de nuestro saber se reproblematicen, se debe a que los geógrafos vienen desde hace algunas décadas interpelando al sentido de sus conceptos básicos, empeñados así en la reconstrucción teórica de su conocimiento. Si tal cosa ocurre se supone que ello se debe, independientemente de las necesidades reproductivas del propio mundo académico que obliga por cierto a una producción cada vez más abundante aunque no necesariamente más substancial, a que nos hallamos ante cuestiones no siempre resueltas en el campo empírico. En este sentido el estudio concreto de la evolución del espacio urbano argentino que vamos a desarrollar debiera servirnos también para indagar sobre algunas de las relaciones que pueden establecerse con cierta generalidad entre los análisis geográfico e histórico, antigua pareja siempre prolífica a la que no obstante acudirémos en las páginas que siguen no tanto para descifrar el pasado, sino más bien para interpretar el momento presente y sobre todo para vislumbrar los posibles avatares de un futuro próximo. Es así que nos arriesgaremos a internarnos en ese terreno anticipatorio, muy resbaladizo y al cual el conocimiento social no está ciertamente - y por obvias razones - muy inclinado, sobre la base de dos nociones que son fundamentales para ambas disciplinas, ya que se refieren directamente a los conceptos de tiempo y espacio: la escala - como medida espacial y como concepto analítico - y la duración. Nociones ambas que si bien fueron a menudo enunciadas vinculadamente han sido más examinadas por separado que en su recíproca conexión<sup>2</sup>. Concretamente trataremos de establecer que si los fenómenos geográficos observados a cierta escala espacial se corresponden al menos frecuentemente con determinadas duraciones, se deberá entonces considerar los efectos de esas temporalidades diferenciales en la constitución de los territorios y en sus perspectivas futuras, explorando asimismo las condiciones que limitan el alcance de la relación esperada, para poder avanzar en la interpretación de los procesos sociales que afectan a la geografía urbana

<sup>2</sup> Ver. por ejemplo. Ferras, 1995; Elías de Castro, 1995; Civit y Manchon, 1997; Reboratti, 1999 para la escala. En Lepetit (1996) se desarrolla una interesante reflexión sobre las escalas de análisis en historia con referencias también a la construcción de las escalas espaciales. En Reboratti (2000) hay, en el marco de una preocupación más general sobre las escalas espaciales, algunas consideraciones sobre los vínculos entre ambas dimensiones.

de la Argentina actual y más particularmente a sus consecuencias en un plano político general.

Comenzaremos pues planteando la cuestión de la relación espacio-temporal en la geografía desde la noción de escala, paso necesario para abordar la preocupación más empírica que nos anima y que se vincula directamente con la comprensión de las transformaciones observadas en el territorio de nuestras ciudades durante la última mitad del siglo pasado y con las perspectivas que abren esas mismas transformaciones. El análisis multiescalar del crecimiento urbano de la Argentina durante ese período nos plantea la cuestión en la medida que nos interesa dilucidar los ritmos de desarrollo de los procesos sociales que se verifican en cada escala para así proyectarlos hacia los comportamientos futuros. Es esperable que, dada la avanzada urbanización de la población argentina, al esclarecerse la temporalidad de los factores decisivos en la dinámica espacial del fenómeno urbano analizado a diferentes escalas, se contribuya a una mejor anticipación de los impactos más o menos previsibles en el desarrollo de nuestra sociedad. De ese modo, el análisis multiescalar que aquí bosquejaremos pretende detectar al menos una parte importante de la complejidad del fenómeno tal como se vino desarrollando hasta ahora según la consideración de las dinámicas relativamente autónomas de los fenómenos observados a diferentes escalas y proponer, por vía de las relaciones interescales sugeridas, algunas grandes tendencias plausibles para interrogar el futuro. No se trata obviamente de predecir nada sino sólo de conjeturar (lo único que realmente podemos hacer con el futuro) y de fundamentar las conjeturas a partir del análisis de los hechos del presente (lo único que puede hacerse cuando con ellos interpretamos el futuro). En este sentido exploraremos las posibilidades del análisis geográfico para fundamentar una proyección tendencial de las condiciones en que se podría desarrollar el marco social y político del futuro próximo de las ciudades argentinas, algo arriesgado por naturaleza pero definitivamente legítimo porque la prospectiva es una necesidad de la acción, y si el conocimiento tiene alguna utilidad es justamente ésta.

Los geógrafos fueron desde siempre conscientes de que los cambios de escala espacial en el análisis de los fenómenos territoriales no sólo introducen modificaciones en la descripción que afectan necesariamente la comprensión de los mismos, sino que además distintos tipos de hechos sólo pueden explicarse a menudo en distintas dimensiones de escala. Lo que no debe sin embargo,

tal como ya lo veremos, hacemos olvidar la continuidad de lo real que permite establecer relaciones justamente entre las diferentes escalas para devolvernos la totalidad sistémica que posibilita la explicación de los fenómenos. Cuando se procede a cambiar de escala aparecen en consecuencia aspectos inadvertidos que plantean nuevos órdenes de hechos y por lo tanto se modifica no sólo la aprehensión del fenómeno que se empezó a estudiar y su correspondiente espacialidad, sino que también se ve afectada su naturaleza y, lo que es más importante para nuestro propósito, la temporalidad que interviene en el desarrollo de toda la organización territorial. Por esta razón el análisis multiescalar implica una multiplicidad de duraciones correspondientes a los distintos procesos que se establecen en cada escala y que sin embargo son simultáneos en la unidad propia de su espacio. La dimensión espacial retorna así, en la sincronía que la constituye, un entretejido de diacronías que se relacionan y se interdeterminan para revelar no sólo la complejidad de los territorios sino incluso la posibilidad de comprender las tendencias que se ciernen sobre el futuro de los mismos.

En consideración a todo esto, y siendo nuestra intención que el trayecto entre lo abstracto de las escalas y lo concreto de los territorios nos lleve a un momento "práctico" del razonamiento, seguiremos una clásica exposición en tres grandes partes: en la primera acercaremos algunas ideas sobre las relaciones generales que nos parece que pueden establecerse en torno a la cuestión entre tiempo y espacio en geografía, ideas que se desarrollan, en función del interés más empírico de nuestro análisis, tomando a la noción de escala como eje de la reflexión. En un segundo momento nos dedicaremos precisamente al abordaje de la transformación del espacio urbano argentino durante los últimos cincuenta años a fin de poder concluir en una tercera parte sobre las perspectivas que en ese espacio se perfilan desde el impulso que le imprime su actual desarrollo y, en directa relación con esto, sobre las necesidades y contradicciones que abriga nuestra sociedad para enfrentar las consecuencias de esa evolución.

## I

### ..... LAS TRANSFORMACIONES SOCIO-TERRITORIALES: ESCALAS Y DURACIONES

Por lo general las preocupaciones de la geografía respecto de las relaciones que se establecen entre las categorías de tiempo y espacio en la sociedad han estado básicamente vinculadas ya sea a aspectos atinentes a la cuestión de la accesibilidad, ya a la cuestión de la difusión de ciertos procesos (tecnológicos, económicos, culturales y políticos) y a una concepción que, más notoriamente en este segundo caso, podríamos calificar de originalmente "geomorfológica".

Así como el sitio geográfico muestra la acumulación de rocas y estructuras pasadas que irrumpieron en diferentes épocas y en donde mediante dataciones es posible deducir como las nuevas fases geológicas o climáticas retrabajaron los antiguos materiales y estructuras (formas plegadas o desbastadas), o inversamente como éstos condicionaron la acción de los nuevos elementos (sills, valles antecedentes, etc.), el espacio en general podía ser considerado de la misma forma. La "combinación regional" de la geografía clásica francesa no sólo se refería a las relaciones localizadas entre naturaleza y sociedad, sino también, por vía justamente de las famosas "herencias", a esta superposición concreta de rasgos aparecidos en diferentes épocas históricas. Rasgos que, como sabemos, en cada región y por vía de una valorización que

era resultado en partes diversas de las condiciones objetivas del medio natural y de la inevitable indeterminación de la libertad humana, se asociaban de manera específica arrojando productos singulares que justificaban la investigación monográfica. El espacio era entonces concebido, en relación al tiempo, como una suerte de depósito sedimentado por la difusión de los procesos históricos, cuyo material y potencia eran variables en cada caso por las condiciones específicas del sitio. O dicho en términos menos geomorfológicos: "El territorio, para muchos, es un 'archivo' de sucesos ocurridos a lo largo del tiempo, que van dejando rastros que se superponen en una especie de palimpsesto" (Reboratti, 2000)<sup>3</sup>. De ese modo el geógrafo leía en el paisaje la historia de las estructuras humanas que lo sostenían como si estuviera ante un documento civilizatorio que luego utilizaba para dar una explicación esencialmente idiográfica y muy parcialmente generalizable sólo por la consideración de las capacidades tecnológicas desplegadas en relación a la resistencia objetiva de los materiales naturales utilizados.

Difusión, acumulación y reelaboración de modalidades de valorización del medio - lo que en geomorfología podría homologarse a transporte, sedimentación y diagénesis/concreción - eran los procesos mediante los cuales la geografía humana vinculaba tiempo y espacio. Es de hecho lo que también expresaba entre nosotros Milton Santos al concebir al espacio como acumulador de tiempo, afirmando que "el espacio se caracteriza, entre otras cosas, por la diferencia de edad entre los elementos que lo forman (...) Cada variable hoy presente en la caracterización de un espacio aparece con una fecha de instalación diferente, por el simple hecho de que no se difundió todo al mismo tiempo; por eso cada lugar se distingue por una datación diferente de sus variables constitutivas (...) Cuando los nuevos flujos se instalan, acarreado variables nuevas o renovadas, éstos sufren una deformación debido a la acción de las variables ya presentes" (Santos, 1990, 226-8). El vocabulario tiene, como vemos, evidentes connotaciones geomorfológicas, pero no por eso es obviamente menos válido para describir una propiedad básica del espacio geográfico res-

<sup>3</sup> La idea de palimpsesto paisajístico en la perspectiva de la Geografía Histórica ha sido particularmente desarrollada por Jean-Luc Piveteau (1995).

pecto al tiempo histórico. En el fondo esta concepción de la relación entre espacio y tiempo en geografía no difiere demasiado de la que encontramos en la más sintética afirmación de un filósofo y politólogo empeñado en la revisión teórico-metodológica de la geografía y, desde ya, muy ajeno a las cuestiones de la geomorfología: "Las situaciones geográficas (...) están confrontadas a un tiempo histórico que procede de múltiples ritmos parciales" (Lévy, 1994:259). Sin embargo en esta consideración más sincrónica y focalizada sobre las múltiples temporalidades que afectan al espacio, reside la posibilidad que desarrollaremos más tarde de otorgarle al análisis geográfico no sólo una capacidad interpretativa del pasado, sino también un horizonte prospectivo.

Aquella antigua proposición del "palimpsesto territorial" iluminó así a un clásico esquema de pensamiento geográfico que, además de tener la siempre meritoria ventaja de su sencillez, dio indudablemente amplias pruebas de su eficacia en tanto sirvió para que la geografía regional pudiera encontrar los "factores de explicación" de sus monografías en la sucesión de los hechos históricos "estructurales" que los historiadores ordenarían más tarde, por lo general, dentro de la "larga duración" ya que, como decía Braudel, ése sería el tiempo de la geografía. Una concepción historicista de la disciplina no tenía por qué encontrar demasiadas objeciones en esto, salvo por el hecho de que, por un lado, lo contingente de los hechos históricos no debiera hacer eludir la búsqueda de causas estructurales de todo orden (algo que efectivamente solía salir del campo de las preocupaciones más corrientes de los geógrafos, pero que en rigor no era consecuencia del enfoque en sí) y de que, por otro lado, en realidad está claro que nunca el análisis geográfico se limitó solamente a la larga duración. Sin embargo no pocos geógrafos experimentaron, sobre todo cuando en la posguerra arreciaron las críticas al historicismo, cierto "malestar científico" al no poder exhibir factores de explicación absolutamente propios, ya que ése sería el requisito necesario para que la geografía pudiera existir como disciplina a título cabal. No les parecía suficiente la delimitación temática - necesariamente de vagos límites - alrededor de distribuciones espaciales, territorios, paisajes, redes y flujos, formas de apropiación y usos del suelo. Y menos aún el bagaje metodológico particular con que se la aborda, *a fortiori* si el mismo no tiene problemas en hacerse para ello humilde, o a veces demasiado audazmente, de los aportes de otras disciplinas. Cuando eso ocurrió, al tiempo que se fue desarrollando una cada vez más significativa producción epistemológica, el "es-

pacio" - abstractamente entendido en tanto configuraciones, distancias, tropismos y discontinuidades- pasó definitivamente, como categoría opuesta a la de "tiempo" (salvo como fricción) a ser reivindicado como el objeto específico de la disciplina, dando lugar a una concepción más formalista de la geografía. Nada menos novedoso y más discutible en ese programa en principio cartesiano que se intersecta a la postre -por el formalismo adoptado más que por la definición misma de lo geográfico- con tan kantiana y sobre todo riesgadamente desustancialista perspectiva. Pero al menos con la interrogación explícita sobre el objeto que debiera otorgarle a la geografía su anhelada autonomía científica, se empezó a saldar una cierta despreocupación teórica que hasta entonces caracterizaba a la disciplina en su innegable empirismo. Esa cuestión explícita del objeto, que en realidad dio a menudo la impresión de ser más un corset que una plataforma para enriquecer la práctica, sirvió, si no para resolver un asunto de más ardua formulación y no menos intrincada conclusión de lo que podría imaginarse, para examinar aunque más no fuese algunos puntos importantes entre los cuales naturalmente figuraba la relación espacio-tiempo. Y de paso no fue el menor de sus beneficios que cada uno tuviera que establecer su propia perspectiva geográfica aunque sea un poco más conscientemente con respecto a su concepción del mundo (debiéndose tomar por lo menos alguna mínima posición en cuestiones tales como, por ejemplo, qué hacer de las opciones entre monismo y dualismo, subjetivismo y objetivismo, lo construido y lo dado, etc.).

Mientras se desarrollaba el debate epistemológico más general -con menos salidas que *impasses* tal vez porque su desenlace no es ajeno, como en las otras disciplinas, a los avatares históricos de la sociedad contemporánea que son los que en definitiva proveen la materia del conocimiento científico- los objetos y procedimientos propios de la investigación empezaron a ser más o menos sistemáticamente controlados (o por lo menos así se empezó a enunciar) por las preocupaciones teóricas. Y la escala espacial estuvo entre uno de esos viejos e inocentes recursos que no pudo escapar al análisis y sobre el cual interesa detenernos no sólo por lo mucho que ella tiene de propio de la disciplina sino porque su uso se vincula directamente, como ya tendremos oportunidad de ver, a la reflexión sobre el tiempo respecto del espacio. Mucho de lo que se obtuvo de la discusión que comenzó a desarrollarse desde los años 70 sobre este tema puntual -ya con aquel trabajo provocativo y pionero de Yves Lacoste

en *La geografía, un arma de guerra*- fue por cierto en buena medida la formulación más desarrollada y explícita de cosas que por su propia práctica los geógrafos en general ya conocían casi intuitivamente a partir de la idea de que efectivamente se escoge una escala cartográfica en función de la búsqueda o exposición de un objetivo concreto. Pero a partir de allí no sólo se empezó a tener más clara conciencia del carácter no ingenuamente objetivo y sí "construido" del discurso geográfico, sino que también empezaron a aparecer, en tanto "problemas" que merecen reflexión, algunas cuestiones que habían pasado más o menos desapercibidas. Una de ellas tiene que ver justamente con la relación existente entre espacio y tiempo, algo que, como trataremos de mostrar, está en directa conexión con la reflexión sobre la escala geográfica y sus usos<sup>4</sup>.

### 1.1. Comenzando por la escala...

En las discusiones entre los geógrafos sociales en torno a la cuestión de la escala, tomaron particular impulso en los últimos años los temas vinculados a la así llamada "producción de escalas". Se suele emplear la expresión para referirse a los procesos de reorganización funcional y rejerarquización de los territorios y se ha recurrido ampliamente a ella para analizar tanto la reciente reestructuración del estado en lo atinente a la descentralización de los niveles de intervención luego de la crisis del *welfare state*, como la reconfiguración territorial del capital en los nuevos patrones postfordistas de división del trabajo, pasando también por lo que se ha dado en llamar la cuestión de la "globalización" de las relaciones sociales de todo tipo. A partir de allí la noción de escala geográfica empezó a ser utilizada de manera cada vez más elástica y, desde una concepción sociológica a menudo de estilo constructivista, las

<sup>4</sup> Señalemos que geólogos, paleontólogos, arqueólogos e historiadores se refieren también a las "escalas de tiempo" en relación a las diversas duraciones de los fenómenos que estudian y que imponen en cada caso recaudos metodológicos específicos. Para no complicar la lectura y dado que esta "escala" se vincula directamente con la noción de duración, nosotros nos referiremos a ella adoptando este último término.

cuestiones referidas a los procesos de reestructuración escalar (*rescaling*) empezaron a llamar la atención de muchos geógrafos, sobre todo anglosajones, en los más diversos dominios de la interacción social. Una ilustración de esta evolución del concepto, y su eventual deriva, puede seguirse en el debate que hace algunos años se dio en la revista *Progress in Human Geography* (Marston, 2000; Brenner, 2001; Marston y Smith, 2001) del cual sólo nos interesa aquí rescatar la observación de Neil Brenner según quien a partir de estas nuevas cuestiones se ha producido, por un uso cada vez más indeterminado de la palabra, una saturación analítica de la noción de escala geográfica que desborda sobre otros conceptos como lugar, territorio, espacio, etc. (observación interesante que, sin embargo, también podría caberle en buena medida al mismo Brenner). Sin obviamente desmerecer los esfuerzos innovadores de la investigación más reciente y los consecuentes intentos de darle a la noción de escala un alcance más amplio, nosotros trataremos de evitar esos deslizamientos conceptuales ateniéndonos lo más estrictamente posible al sentido original (o en realidad, los sentidos) de la noción en la disciplina y a sus aplicaciones más reconocidas. Esto requiere sin embargo de algunas precisiones, por eso antes de continuar con lo más específico de nuestro problema, recordaremos brevemente tres cuestiones generales referidas al concepto de escala geográfica que, al haberse transformado en un asunto controvertido, requiere de ciertas puntualizaciones útiles para interpretar el uso que más adelante haremos de ella. Estas son: *las dos acepciones del término, la escala como recurso de modelización y, por último, la continuidad y la discreción del orden escalar.*

En primer lugar se impone una mención a *las dos acepciones* de la noción "escala espacial", un tema ya bastante trillado que necesitará sin embargo de algunas advertencias para aventar posibles confusiones en la terminología que emplearemos. Buena parte de la discusión parece haber girado alrededor de este aspecto (Elías de Castro, 1995) que, si bien en nuestra opinión no es tan perturbador, deberemos de cualquier manera abordar con cierto cuidado.

Ambas expresiones -una "geométrica" o planimétrica y otra "nominal", o si se quiere, semántica o conceptual- son indudablemente distintas aunque suponen procedimientos hasta cierto punto concurrentes a objetivos complementarios del conocimiento geográfico pero que, es verdad, son sólo muy parcial-

mente homologables. Estos objetivos son, por un lado la medida del territorio (puesto que medir es realizar un enunciado comparativo de dimensiones, lo que no necesariamente es una cuestión de expresión numérica) y por el otro su análisis, que es obviamente lo que justifica cualquier medida. Como expresiones de medida tienen cada una de ellas propiedades muy diferentes y, aunque disímiles, no son divergentes cuando aparecen interrelacionadas en un análisis estrictamente geográfico. La escala geométrica que usa la cartografía -y que se refiere a la proporcionalidad de la representación gráfica respecto del territorio representado- reúne todas las propiedades de los números naturales, es decir, distinción, orden, origen y distancia<sup>5</sup>. No sucede lo mismo con lo que aquí llamaremos la "escala nominal". Si bien comparte las propiedades de distinción (cardinalidad) y bastante a menudo de orden (jerarquía), no es tan sencillo otorgarle un origen: en la escala geométrica el origen sería 1:1 y tal vez en la nominal pudiera llegar a ser el mundo, más allá del cual ya no hay geografía (dado que las eventuales consideraciones astronómicas a las que pueda acudir son subsidiarias de la consideración central de la Tierra). Mientras que, por otra parte, la distancia serial se expresa en ambos casos de un modo absolutamente incomparable, puesto que en la nominal no hay intervalo continuo entre las categorías de la escala, como sí ocurre en cambio en la escala geométrica.

Siendo así, la escala geométrica es un instrumento específico de *representación* de superficies y distancias, mientras que la escala nominal es un instrumento analítico-taxonómico, y en lo que hace a su capacidad analítica muy superior al primero ya que la escala geométrica apenas se detiene en sus posibilidades gráficas de descripción. La escala nominal, que será el instru-

<sup>5</sup> Rasgos que comparte, justamente por su naturaleza numérica, con las "escalas de intervalo" cuyo sentido es en principio absolutamente ajeno a nuestras escalas espaciales. Aquellas corresponden a la familia de las escalas estadísticas que ordenan distintos valores asignados a las variaciones de un determinado objeto. Cabe advertir que entre este tipo de escalas también existen las que sólo reúnen la distinción entre las cosas observadas sin necesidad de acudir a las otras propiedades de los números naturales y que reciben justamente el nombre de "escalas nominales", así como también se reconocen, si a esa distinción se le agrega una jerarquía, las "escalas ordinales". Obsérvese que transformados los componentes de nuestra escala geográfica nominal en unidades estadísticas de una base de datos, habría una necesaria correspondencia con estas últimas escalas ya que comparten propiedades.

mento con el cual nosotros trabajaremos más adelante, se refiere a alguna relación lógica (de jerarquía, correspondencia, proporción, o lo que fuese) de los espacios considerados tanto en función de su *extensión real* como también de la naturaleza del fenómeno sustantivo en cuestión, presuponiendo ya desde el vamos una relación -no siempre muy unívoca, reconozcámoslo- entre tamaño y función. Estas dos escalas tienen entonces objetos bien distintos (tamaño de la representación y tamaño real respectivamente), pero en ambos casos son recursos para el abordaje de lo territorial vinculados a un ordenamiento progresivo de dimensiones espaciales, lo que equivale a decir que, en función de ello, se las puede hacer eventualmente covariar. Es por eso que aún teniendo propiedades diferentes y por ende alcances analíticos disímiles, concurren no obstante a menudo en el análisis geográfico para dar cuenta de los fenómenos de un determinado territorio con un nivel de detalle -vinculado de alguna forma a la extensión espacial- acorde a lo que se quiere conocer o transmitir. Y justamente por tener ambas escalas propiedades distintas hay obligación, como lo sabe quien comenta una carta, de "traducir" una a otra. Se introduce así una competencia propia de la geografía que muestra por lo tanto la relación que, a pesar de todo, existe entre ambos conceptos. La escala geométrica debe ser matemáticamente definida a una cierta fracción -o más generalmente a un intervalo de fracciones- para dar cuenta gráficamente de determinados fenómenos que eventualmente la escala conceptual trata en un lenguaje verbal. Tal vez la relación entre ambas merezca una reflexión para explicar esa constatación empírica, si se quiere banal, por la cual no cualquier carta a cualquier escala geométrica sirve para ilustrar lo que se está diciendo a propósito de los atributos de un territorio analizado según una determinada escala nominal. Esto es algo innegable aun cuando en última instancia la causa resida simplemente en las restricciones de resolución gráfica en el plano de la imagen. Como sea, la constatación muestra que en todo caso existe alguna relación entre ambas escalas que no deja de vincularlas conceptualmente, siendo esto tal vez atribuible a algo más que la simple cuestión de la capacidad empírica de los procedimientos técnicos a los cuales recurre el geógrafo para exponer los fenómenos espaciales que estudia.

Como fuese, la existencia de esas distintas propiedades que se asocian a las dos escalas y a sus diferentes alcances analíticos debe ir seguramente más lejos de las condiciones puramente técnicas de la representación y es en defi-

nitiva una cuestión que (sugerimos) muy probablemente se refiere a la diferente "modelización" de la indagación del territorio que implica una y otra acepción, que como es obvio responden a dos lenguajes distintos y por lo tanto a objetos de análisis propios y, en ese caso, diferentes. Sin embargo, y esto sí es constatable, ambas formas implican un semejante procedimiento de abstracción de los atributos del territorio siguiendo una progresión en función de las dimensiones espaciales; abstracción que implica, por supuesto, una intención de representación y por lo tanto una pauta de análisis y nunca una exacta e imposible descripción reducida de lo real (algo que tal vez sí sería la pretensión del término escala referido a una maqueta). Así, si en los espacios restringidos hay en principio más homogeneidad de elementos que en los más vastos, se sabe que la representación cartográfica introduce una mayor homogeneización en los espacios más grandes con el propósito justamente de esquematizar un cierto orden de ideas. Está detrás de esto el siempre mencionado procedimiento de "generalización" que utilizan los cartógrafos y que supone, aunque sea implícitamente, una cierta jerarquía en los rasgos que deben retenerse en función de un determinado objetivo. La escala nominal también generaliza los hechos geográficos -como no podría ser de otro modo- pero lo hace mediante un procedimiento clasificatorio en relación a la variación de un fenómeno que está asociada a la extensión de la superficie en que el mismo se manifiesta. No lo hace entonces sólo en función de una superficie sino también y antes que nada en virtud del análisis de un problema organizado según una concepción lógica que se refiere explícitamente a marcos conceptuales diversos -y no sólo a las posibilidades prácticas de la representación gráfica, como en la escala geométrica- pudiendo así además de complejizar mucho más la descripción, introducir discursos explicativos respecto al tema estudiado en función de la extensión pero sobre todo de la entidad territorial retenida. Por eso un mismo nivel jerárquico en la escala nominal -pongamos por caso la "región"- puede llegar a necesitar de diferentes escalas cartográficas para dar cuenta de un determinado fenómeno entre distintos territorios que, a pesar de compartir esa jerarquía conceptual, tienen a veces superficies tan diferentes que su comparabilidad gráfica a una misma escala resulta problemática (cf. nota 10 *in fine*).

Esto plantea sin duda la ambigüedad de la relación existente entre extensión y entidad, relación que responde más a una regla empírica -aún si es

uno de esos muy claros productos de la construcción del conocimiento- dentro de un contexto concreto de estudio que a una ley científicamente formulada (lo mismo puede decirse, después de todo, de algunas otras manifestaciones territoriales con las que trabaja el geógrafo tales como los modelos gravitacionales o la "ley" de rango-tamaño). En definitiva, ambos procedimientos componen de manera abstracta y en cierto sentido comparable sus objetos territoriales, sencillamente porque son instrumentos analíticos que tienen en común fenómenos específicos que varían a medida que lo hace la dimensión territorial. Este rasgo común es lo único que justifica en principio el uso del término escala para ambos casos, por lo que algunos autores prefieren reservar el término de "escala" para la cartografía y el de "nivel" (o "escala geográfica" en oposición a "escala cartográfica") para la geografía (Lacoste, 1976; Ferras, 1995; Elías de Castro, 1995) que posee, ésta última, como rasgo específico que la diferencia de la anterior, el tener que establecer distinciones teóricamente significativas. Sin embargo, en el análisis de los problemas geográficos, esa relación bastante regular, aunque no necesaria, entre extensión y entidad se presenta recurrentemente dando lugar a lo que justamente se denomina "análisis multiescalar", procedimiento al que nosotros recurriremos más adelante. Entendiendo entonces que al realizar ciertos abordajes del territorio hay un momento de concordancia pertinente entre ambas expresiones de la noción de escala, aún si se trata de procedimientos distintos con propiedades diferentes, nosotros mantendremos aquí el término para referirnos también a lo que hemos denominado "escala nominal" y que por lo general se refiere a una serie discreta de niveles espaciales de análisis que vertebra el así llamado "análisis multiescalar".

Por otra parte, siendo la carta - y la escala que le acompaña - uno de los instrumentos más típicos de la disciplina, sería también absolutamente legítimo conservar el vocabulario tradicionalmente consagrado entre los geógrafos (pero también, por ejemplo, entre arquitectos y geólogos, en tanto acuden regularmente a la representación gráfica de sus objetos) tal como lo definiera originalmente la cartografía, donde una escala es mayor cuanto más grande es la representación del territorio. Y así, al tener como marco de representación la hoja cartográfica, las escalas mayores hablan de territorios reducidos y las menores de los extensos. Algo que para el común de la gente es más fácil de comprender cuando se trata de ampliaciones - como las que emplea a menudo

la biología- que cuando se aplica a reducciones, que son las que justamente utiliza la geografía. Así, por ejemplo, es inmediatamente comprensible para la percepción corriente por qué el dibujo de una anieba en una hoja de papel está a una escala mayor. De la misma manera debiera entenderse por qué un planisferio está representando el planeta a una escala menor y, a su vez, por qué el plano de una ciudad está dibujado a una escala mayor que el planisferio. Esto es lo que lleva naturalmente a los geógrafos -sobre todo a los más viejos- a referirse a "escalas menores" para hablar de espacios extensos; algo entonces pertinente desde la práctica de representación del espacio pero que es sin embargo causa de confusión a nivel comunicativo fuera de la comunidad profesional.

Es cierto que la reflexión sobre las escalas nominales o niveles territoriales no es privativa de los geógrafos y en las otras disciplinas (como en economía, sociología, ciencias políticas, etc.) el uso del calificativo suele estar invertido y por lo tanto el habitual de los geógrafos es susceptible de ocasionar cierto fastidio o, lo que es peor, incompreensión. Y sin embargo este uso clásico de los geógrafos estaría perfectamente justificado porque en definitiva, al igual que el mapa, el lenguaje es sólo una convención para representar la realidad y su empleo, arraigado en el vocabulario técnico de la disciplina, resulta de una larga historia donde la acepción misma de escala como expresión espacial se remonta al uso de la cartografía<sup>6</sup>. Sospechar que con ello los geógrafos confunden el mapa con el territorio (Elías de Castro, 1995: 121, citando a R. Brunet),

<sup>6</sup> Se ha tomado usual en el lenguaje corriente, y también en el científico, hablar de algún asunto "a la escala de", o sostener que tal cosa se produce a "gran escala", etc. para referirse a la magnitud de los fenómenos tratados, siempre en el sentido inverso al que clásicamente empleaban los geógrafos. No obstante el uso del vocablo haciendo referencia a una magnitud está tan estrechamente vinculado a la historia de la geografía por vía de la cartografía que hasta el siglo XVII o poco menos sólo se habría referido, en otros idiomas de origen latino ya que no en castellano donde no existe, a la escalera de mano (*échelle* en francés, *scala a pioli* en italiano, *escada* primero y *escala* después en galés-portugués). Recién a partir de entonces habría pasado a tener un nuevo sentido vinculado con la noción de dimensión por haberla adoptado la cartografía para aludir a la escala gráfica de los mapas - que los navegantes españoles llamaban en realidad "tronco de leguas" - por analogía entre su dibujo y el instrumento para ascender (*scandere*: subir, *scalae*: peldaño) que la evocaba (1). En francés la palabra aparece con este uso por primera vez ya avanzado el siglo XVII (2), pero lo más

sería, nos parece, atribuirles una incapacidad psicológica para distinguir lo abstracto de lo concreto (ignoramos si a algún economista se le ocurrió que el empleo del término "numerario" llevó a confundir el dinero con la contabilidad, algo sin embargo bastante más fácil de hacer según saben bien los estafadores). Suponemos entonces que esa afirmación se debe haber hecho nada más que para señalar el vicio, no exclusivo de los geógrafos, del abordaje empirista que toma al dato disponible -cartográfico, estadístico, discursivo- por la realidad, sin considerar que el mismo debe ser previamente adecuado al problema que se busca investigar. Lo que tampoco invalida por supuesto la exploración, para la formulación de hipótesis de trabajo, de la información disponible tal como se publica, pero siendo conscientes de que la misma ya es una construcción que puede estar induciendo nuestras conclusiones. Salvando entonces cualquier sesgo empirista, se supone que un buen lector debería saber distinguir la metonimia de la hipostasia y no confundir ni el territorio con el mapa ni ambos tipos de escala. Que el uso haya mantenido en la disciplina el vocablo de escala para las dos cosas y que incluso se hayan adoptado (cada vez menos)

---

probable es que haya sido antes introducida en el vocabulario cartográfico por los genoveses, estando en discusión si la técnica, que ya aparecía en las "cartas de compás" del Renacimiento, la inventaron ellos o los mallorquines (3). Con otro sentido figurado la palabra hasta entonces sólo existía con seguridad en la marinería (4) para indicar, lo mismo que hoy, la parada en puerto ("hacer escala" era apoyar la escalera de desembarco en tierra). Mientras que su uso entre los músicos es aproximadamente contemporáneo - o incluso tal vez posterior - al de la cartografía ya que durante mucho tiempo se empleó en su lugar el término *gamma*, por referencia a la nota más grave así bautizada por Guido d' Arezzo en su hexacordo (5). Lo interesante en este caso es la probabilidad de que la palabra "escala" haya surgido aquí también a causa finalmente del pentagrama y de las gradas que evoca (aún cuando los movimientos ascendentes y descendentes ya estaban en los neumas chironómicos) pero que, automáticamente, denota la progresión de intervalos tonales, introduciendo así otra acepción figurada homóloga a nuestras "escalas nominales", en este caso simplemente ordinal y no jerárquica. A partir de entonces el término conoció profusión de acepciones y es así que, en sentido figurado, el cartográfico sería, después del naval, el más antiguo y se refiere justamente a la representación de una dimensión espacial. (1) *www.hypergeo.free.fr*, 24/05/04; (2) *Le Robert. Dictionnaire historique de la langue française*. Paris. 1992 (3) *Enciclopedia Labor*, tomo IV, p. 15. Barcelona. 1960; (4) Condominas J. y J.A. Pascual: *Diccionario crítico etimológico castellano e Hispana*. Gredos, Madrid. 1973; (5) Abbiati. F.: *Historia de la Música*, tomo I p. 159. UTEHA. México, 1958.

para la escala nominal los términos de mayor y menor como lo hace la cartografía, se debe seguramente al sustrato espacial que ésta comparte con la geografía, que desde siempre ha hecho un importante empleo del mapa, aun cuando el mismo no sea ciertamente un requisito *sine qua non* para el análisis geográfico. Sin embargo, es innegable que al referirse a las escalas que aquí llamamos nominales (y que a veces aparecen en la bibliografía bajo el nombre de "geográficas" en oposición a la "escala cartográfica") se va haciendo cada vez más normal que los geógrafos se plieguen al uso corriente y hablen de escalas grandes o mayores para los espacios vastos, y pequeñas o menores para los reducidos, contrariando de ese modo la convención clásica en la disciplina. Y finalmente para evitar sobre todo el riesgo, igualmente señalado por Elías de Castro, de no hacerse entender por el público (en particular extrageográfico) nosotros también haremos la concesión al lenguaje ordinario y nos conformaremos al uso por el cual la escala nominal grande habla de los espacios extensos y la pequeña se refiere a los más restringidos. Después de todo, es evidente que la escala cartográfica y la escala nominal (o "geográfica") son dos conceptos sustancialmente diferentes, aún si conexos por lo espacial, y por lo tanto este uso puede considerarse perfectamente lícito.

Las consideraciones anteriores sirven para introducir ya algunos aspectos relacionados con los otros dos puntos a tratar en este apartado, de modo que en la cuestión de *la escala como recurso de modelización* sólo queda por afirmar que en principio no existe prescripción estricta y general del uso de la escala espacial (lo que es cierto tanto para la cartográfica como para la nominal) para determinado objeto, en la medida que el objeto de la escala, aun si respondiendo a lo real, es de últimas una construcción teórica o, si se prefiere, un problema territorializado según cierta abstracción previa; y la cuestión que anteriormente mencionáramos respecto de la generalización está en íntima relación con este segundo aspecto.

Es decir que la escala, al ser entendida como un recurso de la construcción analógica de lo real, puede ser concebida como un elemento del modelo y por lo tanto sólo debe estar en congruencia con él, el cual si bien no puede desde luego sostenerse sin relación al objeto real que describe, sigue igualmente siendo en primer lugar producto subjetivo de la teoría. Y dado que los modelos son teóricamente variables, tanto por el objeto que describen como por la manera en que lo hacen, las escalas variarán de acuerdo al modelo adoptado,

aun cuando el fenómeno que se estudie pueda llegar a ser, al menos en una primera aproximación, el mismo. Lo que hace finalmente evidente la naturaleza antes que nada conceptual y refutable que tiene la escala como instrumento del conocimiento. Esto es cierto para la escala cartográfica y muy manifiesto para la escala nominal que entra en la categoría general de las tipologías, y en consecuencia le es válido todo lo que pueda decirse respecto de ellas.

La elección de la escala espacial está por lo tanto simultáneamente relacionada con la materia que se analice (no es lo mismo el espacio económico urbano que el de las representaciones sociales sobre ese mismo espacio) y, al mismo tiempo, con las referencias teóricas que se tomen para hacerlo. Como cualquier otro instrumento metodológico, la validez de una escala es cuestión de congruencia con el problema tratado y con las premisas retenidas para hacerlo. Algunas de esas referencias -más o menos formalizadas y explícitas- conforman el *corpus* conceptual y problemático compartido de una disciplina y ésta es la razón por la cual la elección de las escalas suele coincidir considerablemente entre los diferentes geógrafos, más allá de ciertas variaciones o de las discrepancias que puedan tener en la interpretación de las cuestiones que traten<sup>7</sup>. En consecuencia, e independientemente de esas relativas coincidencias generales y de lo que las fundamenta, es normal que, en función del interés del geógrafo y de cómo conciba el problema a tratar, la serie escalar utilizada o el énfasis que se ponga en algunas de las escalas pueda variar dentro de cier-

<sup>7</sup> Aun cuando esa coincidencia más o menos general también está seguramente reflejando una cierta adecuación "espontánea" (en realidad histórica) de la conciencia con respecto a lo real. Es en la relación de la conciencia (como reflexión crítica) con la realidad - que en este caso no debe ser escrita entre comillas porque nos referimos a la materia preexistente - que reside seguramente el núcleo de la razón y la pertinencia del conocimiento, si no todo sería pura ideología. Motivo por el cual distinguimos por ejemplo, sin necesidad ahora de demasiadas cavilaciones, aunque por supuesto munidos de una cultura, entre el espacio físico y el espacio de las representaciones psicológicas. En la controvertida cuestión de la "realidad" o "nominalidad" de las estructuras no debe olvidarse que aún si las estructuras fueran puramente cognitivas, no serían por ello menos reales. Que las escalas sean producto de una elección variable según la concepción del qué la realiza, no quiere decir que en la realidad no existan estructuras espaciales que imponen a la conciencia y desde la conciencia (históricamente formada), la diferenciación de las escalas del conocimiento.

tos rangos de límites que, llevados a términos estrictamente cartográficos, permanecen aproximados y por lo tanto relativamente vagos. En la intención de definirlos no es inusual que los autores opten, al recurrir a esta escala, por intervalos antes que por valores discretos (Civit y Manchon, 1997; Reboratti, 1999). Lo que se explica tanto porque en la realidad objetos comparables pueden tener tamaños relativamente variables, como así también porque en las escalas nominales pueden llegar a variar las series de conceptos territoriales entre distintos autores y entre distintos problemas, sólo estrictamente definidos en sus extremos: el mundo y -no exento de imprecisión- el lugar.

Por fin, y esto como ya tendremos oportunidad de ver se vincula un poco más estrechamente con nuestra cuestión, toda escala está, por definición, ordenada, lo que nos plantea el tema de *la continuidad y la discreción del orden escalar*. El orden de las escalas espaciales es una progresión-regresión de dimensiones que tiene que ver con la estructura de la realidad, pero que también en este caso es antes que nada un procedimiento cognitivo para transitar una urdimbre territorial que por definición es continua. El análisis multiescalar -cuyas características enseguida desarrollaremos- nos devuelve virtualmente ese *continuum* que sin embargo está, por analítico, discretamente estructurado. Gracias a la capacidad del análisis de escalas, la conciencia toma conexión con esa ambivalencia de lo real permitiendo el conocimiento de esas estructuras y de su interrelacionamiento. Por esa razón lo que se observa a determinada escala no desaparece a otra, aunque deje de percibirse directamente, y así los efectos de los fenómenos observados en una pueden ser detectados en la otra. De allí que los geógrafos han desde siempre recurrido a los análisis multiescalares que permiten ir integrando las partes en el todo, al tiempo que posibilitan ver al todo en las partes: "La explicación de un cierto arreglo territorial sólo se encuentra a través del lento desciframiento de las escalas cruzadas" (Reboratti, op. cit.). La acepción del término "todo" que utilizamos no supone desde luego, apresurémonos a decirlo, una búsqueda de exhaustividad, algo que sólo podría alcanzarse en la imposible escala 1:1 de la famosa parábola de Carroll/Borges; se trata simplemente de establecer las relaciones orgánicas al interior de un sistema, algo que resulta de una concepción del conjunto y no de la simple adición de partes y que trasciende la mayor/menor escala o la suma de las escalas con las se que trabaja. Por eso no nos interesará tanto en el análisis multiescalar que realizaremos más adelante describir íntegramente

el espacio social urbano argentino como, tratando cada escala en su particularidad, proceder a decriptar su lógica específica de organización y luego a captar su articulación con otras escalas para enunciar distintos comportamientos generales posibles sabiendo que la escala mayor se entiende a partir del análisis de las menores, pero el sentido de estas se entiende a su vez gracias a lo que revela, desde una concepción que abarque al sistema en su conjunto, la escala mayor. En el fondo "la cuestión no es saber cómo articular formas parciales de explicación, sino cómo proporcionar una explicación total de la forma parcial considerada" (Lepetit, 1996: 89).

Aclarados entonces estos puntos generales referidos a la naturaleza de la escala espacial, corresponde detenerse ahora en algunas de las características principales del análisis multiescalar.

### 1.2. ...para seguir con el análisis multiescalar.

El análisis multiescalar, procedimiento por cierto clásico en la disciplina, supone: a) encastramiento de escalas ("nominales" o "niveles") para dar cuenta de sistemas complejos como son los territorios, cuyas facetas -reveladas por el recurso mismo a diversas escalas- aparecen como objetos específicos pero que conforman una totalidad. Lo que significa que aún si cada escala reenvía a fenómenos diferentes no hay absoluta independencia entre cada una de ellas, por lo cual al menos parte de lo observado a determinada escala es empleado en la explicación de lo percibido en otra; b) una probable necesidad -cosa que seguidamente discutiremos -de optar en el sentido de la progresión del análisis de las escalas, ya que podría no ser lo mismo comenzar por la escala mayor que hacerlo por la menor. Y c) una determinada conceptualización de las relaciones entre duración (tiempo) y escala (espacio) de los fenómenos geográficos que, siendo probablemente generalizable a un cierto grado de abstracción, requiere no obstante de precisiones específicas para los diferentes órdenes de fenómenos estudiados. Habiendo de hecho ya tratado el primer punto al considerar la discreción y continuidad de las escalas al momento de ver su orden progresivo-regresivo -lo que supone el encastramiento que habilita para establecer vínculos interescales- detengámonos un poco sobre el tercero, que es el que más directamente tiene que ver con nuestro tema central y dejemos el

segundo para el final cuya elucidación, más compleja, se beneficiará de la reflexión previa sobre la relación espacio-temporal.

Al recortar un territorio a diferentes escalas y al realizar un análisis lo más detallado posible del mismo solemos encontrar tendencialmente -tal como hemos señalado más arriba cuando vimos el asunto de la doble acepción del término- más rasgos homogéneos entre sus elementos cuanto menor sea el área de estudio<sup>8</sup>; razón por la cual el geógrafo suele homogeneizar las escalas mayores en un esfuerzo de generalización. Cada escala tiene así una cierta consistencia propia en términos de similitud entre sus elementos, de manera que si a menor escala hay mayor consistencia real, a mayor escala el análisis introduce una mayor abstracción sólo para alcanzar la consistencia analítica que requiere el conocimiento. La primera función es un dato fáctico, mientras que el recurso analítico a la escala es en cambio, tal como hemos insistido más arriba, un medio para el razonamiento (y de allí que el procedimiento artificioso de generalización de la cartografía, más allá de sus limitaciones, sea por supuesto perfectamente válido). Con arreglo a esto el análisis a una escala mayor interesa por lo que "filtra" de homogéneo (o, más apropiadamente, construye de pertinente) en un vasto espacio y no por la totalidad de cosas que eventualmente puede llegar a contener. Como ya se habrá advertido reencontramos en esto el eco de la tensión no resuelta sobre el carácter ontológico de las estructuras, es decir si existen en la realidad o son puramente conceptuales. Nosotros partiremos del supuesto (en algún momento hay que recurrir a ellos) de que las estructuras que devela cada escala existen realmente -aún si el

<sup>8</sup> Enunciamos esto como un rasgo de la práctica cartográfica en el manejo de las escalas, que influye fuertemente en la forma que ha tomado el análisis geográfico, más que como una característica del espacio real. Hay efectivamente ejemplos que permiten poner en duda los alcances del procedimiento para dar cabal cuenta de todos los fenómenos (y sobre todo de la presumiblemente inalcanzable totalidad fenoménica de lo real), tal por ejemplo el caso de la bien conocida comprobación antropológica de que habría menos diferencias genéticas entre grupos humanos distantes -y por lo tanto ubicados entre sí en un espacio más extenso- que entre los individuos que los componen -lógicamente situados en un espacio más reducido. Y enfrentada a esa proposición también podríamos pensar en la capacidad que aparentemente tiene la geometría fractal de reencontrar igual complejidad en diferentes escalas.

constructo metodológico sólo devuelve una imagen selectiva de la enorme complejidad en la que se inscriben- y que por lo tanto son objetivas las relaciones generales enunciadas que hay entre escala y homogeneidad de los elementos reales que están contenidos en el espacio de referencia. Aceptado este principio básico de realismo cabe ahora preguntarse hasta dónde en la relación tiempo-espacio no es posible que el análisis multiescalar nos arroje alguna regularidad comparable que permita formalizar ciertos aspectos igualmente objetivos de esa relación. De ser esto posible, el análisis multiescalar debiera constituirse en un instrumento válido de prognosis.

Efectivamente, al realizar un análisis multiescalar, no en el plano de lo sincrónico sino de lo diacrónico, es decir al detenemos no ya en la estructura instantánea del territorio sino en la evolución de sus elementos, encontraremos una regularidad (en parte semejante a la enunciada respecto de la extensión y la homogeneidad) que puede ser expresada de la siguiente manera: a mayor escala, mayor es también la duración de los procesos históricos que dan forma al territorio. Este elemental enunciado es en realidad un viejo conocido de la geografía. La "inercia espacial" -término de tan antiguo cuño en la jerga de los geógrafos que ya era usual en la pluma de Vidal- de ciertas grandes estructuras se vincula a esta relación escalar (vg. la inercia de las estructuras geológicas respecto al relieve o, en el tema que nos ocupará, la inercia de los sistemas urbanos respecto a la evolución demográfica o funcional de las ciudades). Concepto que, por otra parte, tampoco es ajeno a la reflexión de la posterior historiografía de la escuela de los *Annales* y a las relaciones que ésta establecía entre las duraciones y las escalas espaciales en la historia.

En el fondo no es probablemente más que este simple hecho el que lleva a cuestionar desde el razonamiento geográfico la noción unilineal del tiempo y, por lo tanto, la idea de espacio sólo como tiempo acumulado (Elissalde, 2000). En verdad la existencia de tiempos diferenciales -cuya enunciación fue oportunamente formalizada por los historiadores franceses muy vinculados a la geografía- no sólo puede servir para respaldar la noción de acumulación de tiempos pasados en la organización actual del espacio, sino que sobre todo agrega una precisión sobre la complejidad de los efectos del paso del tiempo, a saber: la necesidad de revelar la concurrencia simultánea de diversos ritmos de evolución y de interpretar sus diferentes dinámicas en los efectos conjuntos que se van cristalizando en el espacio. Reencontramos en esta proposición, una vez

más, a los múltiples tempos de las formaciones geográficas. Lo cual obliga desde luego a sacar a la disciplina de la *longue durée* (dónde en realidad sólo la pusieron los historiadores ya que los geógrafos siempre han prestado atención a las coyunturas y a los cambios súbitos) y, más que nada, a pensar cómo las diferentes temporalidades que se dan en los diferentes niveles territoriales que revela el análisis multiescalar procesan entre sí las mutaciones más directamente observables en la investigación particular de cada escala y luego en el conjunto. En definitiva, la capacidad del análisis espacial a diversas escalas de devolver en un mismo momento la multiplicidad de temporalidades que tiene el territorio, es el fundamento por el cual las periodizaciones del geógrafo no siempre deben coincidir con las del economista, el demógrafo, el politólogo, etc. y aquélla da por lo tanto al análisis geográfico su propia aptitud prospectiva.

Esta propiedad del análisis multiescalar de retornar una multiplicidad de temporalidades en la sincronía del espacio sustenta en consecuencia la posibilidad de una visión globalizadora y compleja del mismo. Pero para tomar conciencia de ello se debe superar la impresión falsa de que esta forma de representación simultánea de espacio y de tiempos funciona como un simple juego de muñecas rusas. Sería erróneo pensar que la escala es necesariamente, en virtud de la perspectiva zenital del plano, una suerte de "mirada vertical" del espacio donde el encastramiento de un plano oculta al otro. Esa concepción es la que, nos parece, lleva a sostener por ejemplo que el recurso a la escala sólo es válido para observar territorios y no redes (es decir que su naturaleza planimétrica sólo posibilita una mirada topográfica e impide una topológica) y que es por lo tanto impropio recurrir a ella para entender "la profusión de interrelaciones entre actores de todo tipo (para la cual) no hay más nivel geográfico determinante que mano invisible o última instancia. Si se puede hablar de subsidiaridad, es tanto entre los espacios que están 'al lado' como 'encima' unos de los otros" (Dollfus y otros, 1999: 4).

Sería tal vez más adecuado pensar que si el "zoom" de la escala es, digámoslo así, "vertical", lo es sólo para dar cuenta de las relaciones y diferenciaciones horizontales. Después de todo la representación espacial de la carta es en primer lugar una representación "horizontal". Lo que en cambio sí se puede sin duda conceder es que ninguna lectura puramente "topográfica" alcanza para interpretar el territorio y que desde luego el análisis (sociológico, económico, cultural) del mismo siempre se hace con un bagaje conceptual

previo que, por estar más allá de lo inmediatamente cartográfico, permite identificar las relaciones "topológicas" del intercambio económico, de la cultura y del poder en el plano de la carta. Luego, tanto la perspectiva horizontal del espacio que nos entrega el plano de representación al que conduce el uso de determinada escala, como la lectura vertical *que hace el lector* -a partir de una problematización teóricamente fundada, aun si no siempre de manera explícita- entre los diferentes planos de las escalas retenidas, son los que permiten vincular las persistencias y las rupturas espaciales con las simultaneidades y las sucesiones temporales que construyen redes y territorios. Lo que siempre supone un discurso que va necesariamente más allá del mapa<sup>9</sup>, caso contrario habría que reconocer razón a Brunet cuando sostiene aquello de que hay geógrafos que, al referirse a la escala, confunden el territorio con el mapa.

Reflexión que nos conduce por fin a la última de las cuestiones aquí consideradas en relación al análisis multiescalar del cual en seguida haremos

<sup>9</sup> Lo mismo podría llegar a decirse entonces -si se aceptara aquella afirmación sobre la incapacidad analítica de la escala para captar la "profusión de interrelaciones"- respecto de la falta de pertinencia que tendría el análisis multiescalar para recoger el sentido estructural de muchas irregularidades, discontinuidades o "desórdenes" en la organización del espacio. Justamente el recurso a la noción de "fractalidad" para subsanar esta supuesta limitación gracias a las propiedades de esa geometría para revelar un orden escondido en las figuras que la escala gráfica podría presentar como carente de estructura, parece ser una alternativa que exploran hoy numerosos geógrafos. Recordemos sin embargo que ya antes de que se empezase a hablar de esto entre nosotros, Yves Lacoste reflexionó directamente desde la disciplina sobre el problema de las estructuras ocultas en las escalas del análisis espacial y la consecuente necesidad de acudir precisamente a diversas de entre ellas para interpretar, en las múltiples espacialidades que caracterizan a un lugar, su profundo sentido estructural. De todas formas si la geometría fractal llegara a tener algún sentido para el análisis espacial de los fenómenos sociales urbanos -o sea, más allá de lo que hace a la configuración de las aglomeraciones y de los "sembrados urbanos"- cabría tal vez preguntarse si la "autosemejanza del fractal" no residirá en estos casos en la asimetría de las relaciones sociales en todas las escalas de análisis; aunque es de sospechar que semejante imagen sea por supuesto sólo retórica. No obstante, aun si sólo se tratase de un recurso metafórico del concepto matemático, el mismo apoyaría aunque más no sea figuradamente las ideas que en seguida desarrollaremos en el sentido de que el análisis escalar puede hacerse tanto de menor a mayor como en el curso inverso, así como también la posibilidad de pensar en la existencia de estructuras subyacentes y constantemente presentes en todas las escalas.

uso y que se refiere, como ya advirtiéramos, a la discusión sobre la opción del sentido de la progresión de las escalas. En éste aspecto -que retoma también el punto ya tratado de la continuidad y discreción escalar- estamos ante una cuestión aparentemente banal pero en realidad particularmente compleja y sólo acercaremos una proposición muy provisoria. La formulación preliminar del problema tiene que ver con aquello del "nivel geográfico determinante" al que justamente aludía la cita anterior. O sea que aquí se intersectan el tema del orden de la escala espacial y la cuestión del orden (si lo hubiera) de las determinaciones de lo real. En lo más estrictamente referido a nuestro problema la pregunta sería: ¿Hasta dónde los procesos que se observan en una escala dada siguen, al condicionar o determinar los que se dan en otra, un sentido necesario en la progresión escalar? Viejo y controvertido tema de las interdeterminaciones entre lo global y lo singular que los economistas discutieron en términos de micro *versus* macroeconomía o los sociólogos de estructura *versus* acción y que a los geógrafos pareciera plantearseles en términos de pequeña y gran escala. La respuesta correcta, pero en realidad de operacionalización nada sencilla, sería probablemente que la lectura debiera hacerse simultáneamente en ambos sentidos dado lo que ya mencionáramos de la relación ("hologramática" diría tal vez Edgar Morin) entre el todo y las partes. Relación que, por supuesto, no debe buscar en la parte un microcosmos que reproduzca la imagen de la totalidad, sino su sentido dentro de ella.

Efectivamente, en principio y en correspondencia con lo que dijimos anteriormente sobre la progresión directa entre escala y duración, las escalas menores permitirían captar mejor los fenómenos inmediatos que prefiguran los posibles cambios en las estructuras de las escalas mayores. Sin embargo esta ventaja es contrarrestada por el hecho de que a esa escala se produce una variabilidad de los sucesos (término que en la teoría de probabilidades está vinculado al azar) que se pierde en el "promedio" de la escala más amplia. O dicho de otra manera: el interés de la escala mayor consiste en su capacidad para distinguir lo general que, en el fondo, es lo que nos interesa para entender el sentido estructural de lo particular e incluso de lo contingente. La tensión reside obviamente en saber hasta dónde las variaciones de una son producto de las variaciones de otra, ya que es evidente que lo que sucede en la escala menor no es ajeno a las condiciones que están dadas -en realidad visibilizadas- en la escala mayor ni inversamente.

Seguramente el más ambicioso interés de una teoría a este respecto sería nada menos que el de advertirnos qué tipos de procesos -de qué carácter y duración- corresponden a una determinada escala y qué efectos fenoménicos eventualmente provocan en una escala distinta. Un tema sobre el cual tendremos oportunidad de volver después de haber analizado nuestro caso de estudio. Mientras tanto, para salir del atolladero de lo global que influye en lo singular porque establece sus condiciones de posibilidad y de lo singular que influye en lo global porque concurre a su transformación, lo único que afirmaremos es que en cada escala tendrán distinto grado de pertinencia los criterios de análisis que se adopten. Por eso recurriremos, sobre todo a los efectos de la exposición, a una postura más de compromiso que de certeza, pero siempre, claro está, en función del problema global que nos ocupa que, en el caso que trataremos enseguida, tendrá que ver con las transformaciones socioeconómicas de nuestra sociedad urbana y sus repercusiones sobre la sociabilidad política del país.

Siendo así, nosotros optaremos por reconocer que los fenómenos transcurren simultáneamente en ambos sentidos pero que, dadas las posibilidades del lenguaje, la exposición del mismo debe seguir uno de los dos mientras procede a detectar los trasvasamientos bidireccionales y sus mutuos impactos. Y dado que de la estructura del todo sería posible derivar la lectura de los aspectos trascendentales de las partes, optaremos por empezar desde el nivel más alto para llegar a la desagregación del más bajo. Así como -valga lo provocativo del ejemplo- cuando el individualismo metodológico, al definir el comportamiento particular como fundamento del general, parte de la supuesta universalidad (y nada puede ser más global) de una psicología utilitaria. Como no es nuestro propósito explayarnos aquí alrededor de los numerosos alcances y ambigüedades del tema -sobre el cual de todas maneras volveremos en el curso del análisis concreto y al retomar a partir de él algunas de estas consideraciones en la última parte-, vaya lo dicho para justificar el orden de exposición del apartado siguiente y además para ser conscientes, de nuevo, de las complejas cuestiones que necesariamente subyacen a cualquier procedimiento analítico, aún al aparentemente más sencillo, que adopte el geógrafo.

## II

### .....

#### LAS TRANSFORMACIONES OBSERVADAS EN EL ANÁLISIS MULTIESCALAR DEL ESPACIO URBANO ARGENTINO

Más allá de los esfuerzos de renovación conceptual de la geografía actual que acude al carácter horizontal de sistemas urbanos autorganizados, a las redes de "rizomas" y a las propiedades heterogenéticas de sus componentes para superar el clásico modelo de la red urbana jerárquica, el análisis multiescalar -que, al tratar sobre procesos de urbanización, invariablemente en algún momento del análisis establece grados de jerarquía- se revela como una herramienta de siempre vigente fecundidad. Y no sólo para entender los consabidos efectos en cascada, sino también las colisiones, apoyamientos y deslizamientos entre escalas que permiten traslucir el juego de lo temporal y lo espacial en el devenir de los territorios y que serán el objeto de nuestra atención. Procedimiento, en consecuencia, que al momento mismo que permite ordenar el conocimiento de la complejidad del espacio urbano devela también, al poner de relieve los distintos circuitos de producción y reproducción de los territorios, las múltiples temporalidades que afectan a las estructuras geográficas definidas en diferentes escalas de observación. Siendo así, el análisis multiescalar permite abordar el entrelazamiento de procesos que con diferentes ritmos, sólo

detectables en la diversidad de las escalas espaciales, atañen simultáneamente a un mismo espacio, lo que posibilita por otra parte concebir las tendencias futuras que se ocultan en la estructuración actual del territorio.

Considerando entonces esta propiedad del análisis multiescalar, examinaremos algunas características sociales críticas del proceso de urbanización de la Argentina durante la segunda mitad del siglo pasado que, desprendiéndose de dicho abordaje, permitirá acusar las diferentes temporalidades que lo afectan. Esta descripción, fundada en los propósitos metodológicos anteriores, tiene por objeto detectar ciertas particularidades de la relación espacio-tiempo en la geografía urbana argentina. En esta ocasión se acudirá para ello al uso de un indicador demográfico simple, como es el crecimiento de la población urbana, y a algunas precisiones históricas y sociológicas suplementarias que le dan sentido, aún cuando en el nivel de escala más desagregado recurramos a otra variable -el hábitat y su "habitar"- y a un tratamiento antes cualitativo que cuantitativo del mismo. En definitiva, el recurso en primer término a la variable demográfica considerada es sólo un medio para dar cuenta de un proceso socioespacial más amplio como es la urbanización que, de últimas, termina impactando en las posibilidades de desarrollo social y también político del país tanto por el estilo de vida que supone para sus habitantes como por las condiciones de gobernabilidad que impone a sus gobernantes.

Así, mediante un análisis empírico relativamente simple que focaliza en cuatro escalas nominales (sistema, región urbana, aglomeración y lugar, todos ellos objetos propios de la geografía urbana), la aplicación de los tres aspectos subrayados al final del apartado anterior (progresión, interdependencia y multitemporalidad) nos permitirá detenernos en la multiplicidad de temporalidades que afectan al espacio de las ciudades argentinas, en la medida que su interpretación es de particular interés al ofrecer elementos para una prognosis de los aspectos potencialmente más conflictivos de la geografía social del país.

### II.1. El sistema urbano.

Junto al crecimiento sostenido de la población urbana desde mediados del siglo pasado (la misma pasó de representar el 62 % en 1947 a cubrir el 89% de la población total en 2001), se ha podido observar, como es sabido, un signi-

ficativo reacomodamiento de los tamaños de las ciudades según su número de habitantes, en la serie de localidades que componen el sistema urbano nacional. De este proceso de ajuste en la distribución de los centros que integran el sistema, surgieron en la geografía urbana del periodo considerado dos hechos mayores: una red con ligera tendencia a la desconcentración en beneficio de las ciudades de rango intermedio y en detrimento del patrón tradicional fuertemente primado que continuó no obstante siendo dominante y, junto a ello, la conformación de una nuevo objeto urbano que es el Frente Urbano Industrial: región urbana situada en el curso inferior del bajo Paraná y el estuario del Plata que se extiende entre las aglomeraciones del Gran Rosario y el Gran La Plata a lo largo de un eje de unos cuatrocientos kilómetros<sup>10</sup>.

Justamente uno de los aspectos más notables vinculados a estos fenómenos tuvo que ver con la disminución de la primacía que siempre caracterizó al sistema urbano del país (Cuadro 1). Mientras que en 1947 más del 47 % de la población citadina residía en la aglomeración del Gran Buenos Aires, al comenzar el siglo XXI esa proporción se había reducido en casi diez puntos, lo que concurrió a su vez a una reducción de la distancia demográfica que la separaba de la segunda ciudad del país. Si bien ese valor puede parecer no muy espectacular, el hecho fue de todos modos digno de particular atención justamente porque durante alrededor de un siglo, y hasta probablemente finales de la década del treinta o comienzos del cuarenta, el peso del Gran Buenos

<sup>10</sup> Sin entrar ahora en argumentos teóricos que fundamenten el uso del término región en este caso - cosa que haremos en el acápite siguiente - ni en consideraciones metodológicas que justifiquen los límites precisos adoptados - y siempre relativos - para la región, señalemos que a fin de elaborar el cuadro Nro. 2 que presentaremos en el apartado siguiente se agregaron dentro del Frente Urbano Industrial los siguientes distritos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe: Capital Federal y Partidos del Gran Buenos Aires, La Plata, Berisso, Ensenada, Rosario, Constitución, San Lorenzo, Brandsen, Cañuelas, San Vicente, Marcos Paz, Gral. Rodríguez, Luján, Mercedes, Pilar, Exaltación de la Cruz, Escobar, Campana, Zárate, Baradero, San Pedro, Ramallo y San Nicolás. Se trata de un eje de unos 400 km. de largo y no más de 80 en el sector más ancho, extensión que si bien es mayor a la más grande de las aglomeraciones del país es muy inferior a la que suele otorgarse a las regiones argentinas, lo que se vincula con aquello que dijéramos a propósito de que para una misma escala nominal se hace necesario a veces recurrir a diferentes escalas cartográficas.

Aires no había conocido inflexión a la baja. Y visto esto en términos de la brecha demográfica entre la primera y la segunda ciudad del sistema, hubo incluso que esperar hasta el censo de 1980 para rastrear por primera vez un valor inferior al registrado durante un censo precedente. O sea que la fuerte primacialidad que la metrópoli nacional le otorgaba al sistema, si bien no desaparecía ni mucho menos, se reducía acorde a la desaceleración de su crecimiento introduciendo así un comportamiento que nunca antes había sido registrado, salvo entre las muy lejanas décadas del 30 al 50 del siglo XIX cuando la mayor parte del crecimiento demográfico se había presumiblemente volcado a la campaña bonaerense y a las provincias del interior.

Es entonces comprensible que en su oportunidad este comportamiento haya sido objeto de una viva atención dada la fuerte influencia que este dato geográfico ha tenido tradicionalmente en la discusión política referida al modelo de desarrollo deseable para el país; cuestión ésta aún evocada no hace tanto tiempo en la agenda política con la finalmente frustrada iniciativa de la gestión Alfonsín de buscarle un nuevo sitio a la Capital Federal. No obstante seguramente más interesante que el reconocimiento de esta caída del peso relativo (ya que no obviamente de los valores absolutos) de la población del área metropolitana nacional y de su progresivo acercamiento con respecto a la segunda aglomeración en tamaño del país, es la observación que señalaba que el concomitante crecimiento de las ciudades de rango medio se asociaba a una distribución más equitativa de la producción de bienes y servicios urbanos a lo ancho del territorio nacional (Vapñarsky, 1995). No otra cosa está en el fondo de la cuestión de la primacía que se refiere a la desigual distribución social de las oportunidades de aprovechamiento de los productos del desarrollo que induciría, en una economía de mercado, una relativamente alta concentración de la población en un área restringida del territorio nacional.

Cuadro 1  
Evolución de la primacía del Gran Buenos Aires, 1869-2001

Año	Peso GBA	Ip	GBA/2da	Periodo intercensal	Variación intercensal en puntos			$\Delta p$		
					Peso GBA	Ip	GBA/2da.	Peso GBA	Ip	GBA/2da.
1869	36.4	72.4	6.2	-	-	-	-	-	-	-
1895	45.3	78.6	7.5	69-95	8.9	6.2	1.2	0.34	0.24	0.05
1914	47.5	81.5	8.8	95-14	2.1	2.9	1.3	0.11	0.15	0.07
1947	47.0	80.2	9.3	14-47	-0.5	-1.3	0.5	-0.02	-0.04	0.02
1960	46.8	80.5	10.3	47-60	-0.1	0.3	1.0	-0.01	0.02	0.08
1970	45.8	80.1	10.4	60-70	-1.1	-0.4	0.1	-0.11	-0.04	0.01
1980	42.9	79.6	10.1	70-80	-2.9	-0.5	-0.3	-0.29	-0.05	-0.03
1991	39.7	78.4	9.2	80-91	-3.2	-1.2	-0.9	-0.29	-0.11	-0.08
2001	37.1	78.1	8.8	91-01	-2.5	-0.2	-0.4	-0.25	-0.02	-0.04

Nota: Para los censos de 1980 en adelante se consideró como GBA a la localidad contigua. Para la elaboración de estos indicadores se tomaron las fuentes siguientes: Para las cuatro primeras aglomeraciones (Ip) hasta 1980 Vapñarsky y Gorojovsky pp. 37, 44 y 59; para los años restantes los Censos Nacionales de Población. Para el total urbano nacional hasta 1914 Lattes, A. y Z.R. de Lattes p. 118, para los de 1947 y 1960 Vapñarsky (1968) y para los restantes los Censos Nacionales de Población. El indicador  $\Delta p$  - cociente de las variaciones en puntos (unidades de factor para GBA/2da. y porcentuales para el resto) respecto a los años del período intercensal - muestra por su signo, que es igual al de la variación, la dirección de la tendencia y por su valor el ritmo anual intercensal de la misma tomada linealmente, corrigiendo así las diferentes duraciones intercensales.

Si bien, como es muy conocido, el fenómeno no es exclusivo de los países periféricos que, por otra parte, tampoco ostentan sistemáticamente esta característica, éste suele ser sin embargo entre ellos un rasgo muy frecuente. Para muchos países pequeños (y sobre todo rurales) la explicación usual de la

presencia de sistemas urbanos fuertemente primados reside en la internacionalización de las relaciones económicas y políticas. Una proposición clásica que debe ser recordada cuando todos los analistas coinciden en señalar, bajo el nombre de "globalización", los renovados bríos de la expansión capitalista a nivel mundial. Esas relaciones internacionales son a menudo determinantes de la extremada jerarquización de un centro urbano principal - que es por lo general además la sede de la burocracia gubernamental del país - por intermedio de las grandes inversiones extranjeras que tienden a concentrar la mayoría de los servicios en una ciudad conectada al mundo con puertos y aeropuertos, bancos de negocios, hoteles de lujo, etc. (Chase-Dunn, 1984). Seguramente este fenómeno típicamente colonial comenzó a registrarse - a escala y característica de la época - ya en el modestísimo Buenos Aires de finales del siglo XVIII y principios del XIX con el desarrollo del contrabando y del comercio y con la localización de funciones gubernamentales, reforzándose notablemente a partir de la segunda mitad del siglo XIX y manteniendo luego en continuo crecimiento el fenómeno de la primacía durante más de cien años. Pero finalmente hubo un momento, al promediar el siglo XX, en el cual esa tendencia se revirtió. Y si bien en consideración a lo dicho la primacía porteña no se puede atribuir al proceso de industrialización - ya que como vemos le precede largamente en el tiempo, aun si Buenos Aires fue el principal lugar de concentración de las modernas inversiones fabriles - sí se pudo en su momento llegar a pensar que la desindustrialización que tuvo lugar desde mediados de los 70 fue la causa de la caída relativa de la primacía que se tornó particularmente visible en ocasión del censo de 1980. En realidad como ya veremos esto no es cierto, ya que si bien es admisible sostener que la crisis económica e industrial desencadenó estrategias políticas adaptativas que mantuvieron la caída de la primacía, no es posible en cambio afirmar que la crisis de aquellos años haya sido la causa de ese descenso en tanto y en cuanto esta dinámica remonta a un período muy anterior.

Hubo sin embargo datos lo bastante sugestivos como para llegar a abonar en una primera aproximación aquella falsa impresión. Así, por ejemplo, al atenderse a los censos económicos de 1974 y 1985 la aglomeración aparecía perdiendo casi 150 mil empleos industriales, lo que reconfortaba la idea de que la crisis de desindustrialización estaba a la raíz de la desaceleración demográfica de Buenos Aires. Y si se hubiera contrargumentado que la pérdida del

empleo industrial era producto de un mal registro censal o, en todo caso, de una tendencia cuasi universal acorde al desarrollo tecnológico (sólo cuasi porque de hecho existían por entonces países, y no solamente en la periferia, que se seguían industrializando y con ello aumentando el empleo correspondiente) y no necesariamente producto de un deterioro de la actividad, se hubiera podido responder que lo cierto es que en Buenos Aires el crecimiento del empleo en general, según la Encuesta Permanente de Hogares, entre octubre de 1974 y noviembre de 1985 fue de 9,3 %, o sea inferior en 2,6 puntos al crecimiento de la población en edad de trabajar (15 a 64 años)<sup>11</sup>. Dato que,

<sup>11</sup> Según los Censos Económicos Nacionales se perdieron casi 150 mil empleos en la industria de la aglomeración entre 1973 y 1984, y esto a pesar de que las coberturas de ambos censos no son estrictamente comparables ya que el de 1974 habría subregistrado numerosos establecimientos pequeños, con lo cual la pérdida debe haber sido mayor. Algunos autores (Lindemboim, 1993) ponen sin embargo en duda la validez de estos datos sosteniendo que no hubo pérdida absoluta de empleo industrial aunque reconocen, al contrastar con los censos de Población de 1970 y 1980, que ya desde mediados de la década del 70 habría habido una disminución de los asalariados de la industria. Pero por otra parte, siguiendo otros datos, podemos de todos modos abonar la idea de un proceso de desindustrialización antes que de una mera desaceleración en el crecimiento industrial. Si nos atenemos a la evolución de la participación del producto manufacturero en el PBI a costo de factores, según surge de las series publicadas por el Banco Central, veremos que el mismo pasó de 28,3% a 22,5% entre 1974 y 1985. Esta caída se da por otro lado en el contexto de un estancamiento e incluso, comparando ambos años, el del primero es a precios de 1970 superior en más de 200 millones de australes al de 1985. Asimismo, y si bien 1974 es un año expansivo mientras que 1985 es recesivo, la mencionada pérdida de la participación manufacturera no se debe sólo a las habituales fluctuaciones cíclicas de la actividad industrial en nuestro país: sólo en dos años de ese período se superan los valores absolutos de 1974 y aún en esos casos jamás se sobrepasa la barra del 28 % para el peso de la rama. Por otro lado cabe señalar que el estancamiento del producto se mantiene más allá del año 1985 y entre los censos económicos de ese año y el de 1994 se vuelve a repetir la misma tendencia en cuanto a la evolución del empleo industrial. En lo que respecta a la participación de la manufactura en el PBI hay que esperar a 1992 para obtener un registro superior a los consignados hasta entonces, disparándose a partir de allí un período de crecimiento sostenido inusualmente prolongado... hasta 1994. Lo que, por supuesto, aún con la breve recuperación de 1996/8, no alcanzará a instalar una participación manufacturera comparable a la de la primera mitad de los años 70.

junto a la caída del peso del empleo industrial, estaba plausiblemente mostrando que - independientemente de tercerizaciones contractuales y terciarizaciones estadísticas - lo sucedido debía ser interpretado antes como un retroceso económico que como una modernización estructural. Y sin embargo, con ser todo esto cierto, la pérdida del peso demográfico del área metropolitana, pérdida que comparten, como ya veremos, algunos otros distritos del país y en particular el Frente Urbano Industrial, no fue tanto el resultado de esa profunda recesión sino sobre todo el de una reorientación geográfica de las inversiones del sector que se remonta a mucho antes de la crisis de los setenta, tal como se desprende del comportamiento de la contribución del Gran Buenos Aires al total de la población urbana y del índice de primacía (Ip) entre 1914 y 1947.

Sin duda que las políticas impositivas de la década de los 70 - cuyo impacto se sintió sobre todo en los 80 cuando con ellas se asistió al capital nacional para enfrentar la crisis de acumulación - estimularon la deslocalización industrial de la aglomeración principal y agudizaron allí en su momento la pérdida de empleos, generando por otro lado expectativas de trabajo en las ciudades fiscalmente promovidas que tradicionalmente habían jugado el rol de proveedoras de mano de obra a la región central. Y sin duda se agregó a esto, aunque en proporción seguramente mucho menor, la reducción de empleo público nacional y municipal en la ciudad de Buenos Aires (aunque este factor incidió ciertamente mucho más durante la década siguiente) haciéndola por lo tanto aún menos atractiva a los migrantes. Así, analizando la tasa media de incremento anual de la población inmigrante (entendiendo a ésta como población extranjera y nativa que no nació en la provincia donde fue censada) entre los censos de 1970 y 1991, es dable observar no sólo que la misma sería más de seis veces menor a la que se registra entre 1947 y 1970 - lo que revela de manera rápida e indirecta una disminución del movimiento migratorio interprovincial durante los años de la crisis - sino que también, si se observa simultáneamente la distribución por provincias del indicador en ambos períodos, aparece una direccionalidad diferente de los flujos migratorios que hicieron de Buenos Aires una ciudad ya no tan atractiva

(Piccinini, 2001)<sup>12</sup>. De modo que es efectivamente posible constatar cómo el Gran Buenos perdió atracción en el más reciente de los períodos mencionados, pasando a tener una tasa ligeramente negativa mientras que provincias que antes ostentaban tasas bajas (como La Rioja, San Luis y Catamarca) pasaron a tener valores más altos que, por ejemplo, una provincia patagónica - y por lo tanto tradicionalmente atractiva de migraciones - como Chubut lo que, si bien no habla realmente del saldo migratorio y sin tampoco ignorar que se parte de bases numéricas muy diferentes, no deja de ser significativo. Desde luego es evidente que al evocar las causas de este fenómeno no puede dejar de señalarse que estas provincias, y sobre todo las tres primeras, gozaron de regímenes industriales promocionales durante el último de los dos períodos considerados, lo que sin duda fue un elemento decisivo para su comportamiento poblacional. Indiscutiblemente existieron entonces factores a partir de entrados los setenta que tomaron atractivos nuevos destinos y que volvieron, si no repulsivos, por lo menos poco interesantes antiguos lugares de arribo, todo lo cual debe haber jugado en el descenso de la primacía de la metrópoli nacional. Pero sería a pesar de todo erróneo suponer que fueron esos factores de coyuntura los que determinaron esta caída que, en todo rigor, reconoce causas más profundas e incluso de un carácter histórico esencialmente opuesto.

No debe olvidarse que lo más rudo de la desindustrialización se sitúa en la década de los 80 antes que en la de los 70, y sin embargo la caída significa-

<sup>12</sup> El dato para 1970 sobre la población argentina nacida fuera de la provincia, al no estar disponible en la publicación de dicho censo, se estimó a partir de la tasa de 1970 redondeada a enteros publicada en las introducciones de los tomos provinciales de la serie B del censo de 1980. Este dato no aparece sin embargo en los tomos de San Luis, Capital Federal y 19 Partidos del GBA, razón por la cual se repitió en la primera la proporción de 1980, mientras que en los otros dos casos se interpoló a partir de los datos de 1960 y 1980. Se supone entonces que los valores de 1970 que utilizamos se aproximan así aceptablemente a los que corresponden, al menos para lo que es nuestro propósito aquí, meramente ilustrativo de los comportamientos extremos y general y utilizando por cierto un indicador bastante rústico: un balance demográfico por provincia - confrontando el crecimiento intercensal con los saldos vegetativos - permitiría un análisis más adecuado del tema, pero seguramente no haría más que confirmar las tendencias señaladas. De todos modos, en lo que se refiere a las tres provincias mencionadas más adelante que gozaron de promoción industrial, es bien sabido que su atracción se concentra al comienzo del período intercensal 1980-91.

tiva de la primacía, que sin duda alcanzará su mayor expresión en el censo de 1991, ya se registra si se toma como referencia la segunda ciudad del sistema, en el censo de 1980 y aún antes si se consideran las cuatro primeras ciudades. Si la desconcentración de Buenos Aires es entonces anterior a la crisis de mediados de los 70, no es extraño que la distancia que en velocidad creciente venía separando desde el primero de los censos nacionales a la aglomeración capital de la segunda en importancia haya comenzado a frenarse ya en el periodo intercensal 1960-1970. Es cierto que esta tendencia también se había esbozado entre 1914 y 1947, razón por la cual tampoco puede negarse un momento relativamente favorecedor de la concentración en la aglomeración metropolitana durante la industrialización por substitución de importaciones: por eso el indicador  $I_p$  muestra una reconcentración entre 1947 y 1960. Pero aún así el peso de Buenos Aires sobre el total de la población urbana siguió cayendo, si bien levemente, durante este último periodo. De todas maneras - y más allá de las diferentes modulaciones que según los indicadores retenidos se dieron durante la primera parte del modelo de sustitución de importaciones - lo que se debe subrayar es que la desconcentración de la población urbana es anterior a la crisis de desindustrialización de los 70 y por lo tanto no puede ser atribuida a ella. En todo caso la misma no hizo en ese momento más que adherir a la dinámica de un patrón espacial previo que se remonta a la década del 60 e incluso, de una manera que inmediatamente analizaremos, a años anteriores.

Y así lo notaron algunos autores (Vapñarsky y Gorojovsky, 1992) quienes oportunamente aclararon cualquier confusión respecto a la idea instalada de sentido común según la cual la declinación de esa primacía debía ser el resultado directo de la crisis de desindustrialización. Ésta, insistimos, no fue sin duda ajena al mantenimiento de la tendencia, pero la desconcentración urbana se debió en primer lugar al dinamismo de las aglomeraciones del interior del país y, simultáneamente, a una tasa de crecimiento del Gran Buenos Aires cada vez más baja. Gracias a lo cual el peso demográfico de las más importantes de aquéllas (para estos autores las de más de 50 mil habitantes) terminaría en 1991 prácticamente igualando al de la metrópoli nacional. Efectivamente; estos autores sostienen que entre 1945 y 1975 se habría dado una dispersión de las inversiones industriales a favor de aglomeraciones menores, lo que a su vez implicó un fortalecimiento del crecimiento demográfico de las mismas. "Entre aproximadamente 1945 y 1975 transcurrieron en la Argentina seis lustros de

desarrollo industrial en progresiva dispersión geográfica - precedidos, recordemos, por tres lustros, aproximadamente entre 1930 y 1945, de desarrollo industrial concentrado - seis lustros durante los cuales (...) las aglomeraciones de tamaño intermedio más pequeñas se multiplicaron sobre todo el territorio nacional" (Id., 78). Por fin las políticas económicas posteriores desalentaron las migraciones hacia Buenos Aires y "contribuyeron a que proliferaran las aglomeraciones de tamaño intermedio menores y las ciudades pequeñas" (Id., 124).

El crecimiento demográfico de este segmento del sistema urbano (señalemos que mientras en 1947 no había ninguna ciudad de 500 mil a millón y medio de habitantes, en 1991 había seis y las ciudades de 100 mil a 500 mil pasaron de 9 a 19) proporcionaría por diferentes vías una masa crítica para que esos lugares pudieran así ofrecer mercados en condiciones de atraer nuevas inversiones externas (Vapñarsky, 1995). Estas "aglomeraciones de tamaño intermedio" (como denomina el autor a las de más de 50 mil habitantes) y aún más las "ciudades pequeñas" (y en particular las de entre 20 mil y 50 mil habitantes) se habrían visto además favorecidas por un aumento de la accesibilidad, resultado de la acumulación de inversiones públicas y privadas en el sector del transporte y las comunicaciones. Pero lo que importa resaltar es que el disparador de este crecimiento habría sido sobre todo el modelo de localización industrial que se fue imponiendo durante el periodo de "substitución difícil de importaciones" (es decir entre mediados de los 50 y los 70): "fue entre 1950 y 1960 cuando más substanciales fueron los cambios que implicaron una completa transformación del sistema urbano argentino" (Vapñarsky y Gorojovsky, 52). El rol central que esta década juega para los autores mencionados en la tendencia advertida es una observación sumamente interesante aunque quizás merecería mayor análisis ya que en realidad se trató de un periodo relativamente ambiguo en lo que al comportamiento macroeconómico<sup>13</sup> se refiere,

<sup>13</sup> Recordemos que si bien efectivamente entre 1953 y 1958 tuvo lugar un muy acelerado incremento del PBI (Basualdo, E.: 2004: 8), también hay que señalar que hubo que esperar, después de la crisis de 1952, hasta el año 1957 para que se registrara una inversión bruta superior a la de 1951 (Basualdo, M. 1992: 14). Y aunque es cierto que al comenzar la década la inversión habría sido bastante elevada, de todos modos recién en 1960 la misma, medida como porcentaje del PBI, volvió a alcanzar de manera relativamente sostenida aquel nivel inicial.

mientras que por otro lado recién al finalizar la misma comenzaron a radicarse las primeras grandes empresas extranjeras artífices de la posterior fase de industrialización. De todos modos no cabe duda que las modificaciones muy importantes que se registran en el sistema urbano a partir de los 60 - cuando ya se consolidaron las nuevas inversiones - tuvieron causas que es necesario detectar en años anteriores, puesto que los fenómenos demográficos, y mucho más aún los estrictamente espaciales, tienen en ciertas escalas como ésta, tal como insistiremos más adelante, un ritmo diferente al de los fenómenos económicos. Y partiendo así desde esta perspectiva, el conjunto de factores que condujeron a un reordenamiento de las nuevas tendencias demográficas en el sistema urbano deben remontarse a la década de los 40.

El largo periodo sin censos que va de 1914 a 1947 no permite por cierto ubicar con demasiada precisión algunos indicios de esas transformaciones. Pero, como ya adelantáramos, se observa de cualquier modo que entre ambas fechas la población total tendió a desconcentrarse de la región pampeana (aunque en dirección, sobre todo, hacia las regiones "nuevas" y en particular del NEA), lo que se refleja en la caída aún tenue del peso de Buenos Aires sobre la población urbana total. Igualmente el índice de primacía (Ip), o sea el peso de Buenos Aires entre las cuatro primeras aglomeraciones, cayó entre esos años aunque, como vimos, luego se recuperó, pero sólo para después volver a bajar sostenidamente. De esta manera la disminución de la primacía se produjo en la década de los 60 sobre todo en beneficio de las ciudades de 20 mil a 100 mil habitantes: así, la aglomeración metropolitana pasó de representar el 46,8% de la población urbana en 1960 al 45,8% en 1970, mientras que las ciudades de aquel rango incrementaron su contribución a la población urbana nacional de 10,5% a 13,5%.

Si las cifras que acabamos de mencionar pueden tal vez parecer no del todo terminantes como para afirmar muy rotundamente y sin más análisis que a partir de mediados de los 40 comenzó a desarrollarse la desconcentración del sistema urbano, hay en cambio suficientes elementos como para considerar, sólo con observar el Cuadro 1, que desde entonces ya debían estar estableciéndose al menos los mecanismos disparadores de la tendencia. De modo que la proposición se transforma en mucho más que una hipótesis pudiendo aceptablemente afirmarse que el proceso comenzó incluso bastante antes de los 60, o sea en la misma fase de "sustitución fácil". Lo cual debiera, por otra

parte, llevar a matizar muchas de las afirmaciones comunes tanto sobre el comportamiento de las migraciones internas como sobre las pautas de la localización industrial durante aquel período. Esas afirmaciones en general no son inexactas - el Gran Buenos Aires siempre fue sin dudas el principal centro de confluencia de las migraciones y de las inversiones urbanas - pero siendo demasiado esquemáticas esconden procesos que por entonces tuvieron gran efecto en la evolución del patrón de distribución espacial de la población.

Por otro lado el análisis geográfico hace resaltar, junto a la primacía que cede, la formación del Frente Urbano Industrial como otro hecho mayor de las mutaciones ocurridas a esta escala. De ese modo el proceso de industrialización se vincula tanto con la redistribución poblacional en el sistema urbano - como con la formación del Frente - aún si, en términos demográficos el primer fenómeno se impone sobre el segundo en la medida que la formación de esta región incide poco en la redistribución de la población urbana en el territorio nacional porque lo esencial de la misma se da (en valores acumulados) en las áreas exteriores a ella (Cuadro 2). Si bien entonces ambos fenómenos - retracción de la primacía y formación del Frente Urbano Industrial - son evidentemente elementos marcantes de la nueva geografía urbana y se cruzan en un mismo periodo histórico, reconociendo sin dudas impulsos económicos comunes, no se vinculan sin embargo causalmente entre sí en lo que sería el comportamiento más significativo de la nueva geografía de la población urbana. En otras palabras, la formación del Frente no es demográficamente hablando, lo que explica la redistribución de la población urbana del país. El Frente Urbano Industrial debe ser por consiguiente legítimamente entendido como una suerte de desconcentración concentrada, un desencapsulamiento de Rosario y sobre todo de Buenos Aires hacia áreas inmediatas, que en realidad sólo acompañó una tendencia a la desconcentración urbana históricamente anterior y geográficamente más generalizada. Todo lo cual reconoce sin embargo una causa estructural común: el desarrollo industrial de aquellos años que fue en realidad el motor de una modernización mucho más amplia con evidente impacto sobre la evolución del sistema urbano en su conjunto.

Y esto fue lo que jugó en última instancia en la distribución geográfica de la población urbana, llevándola incluso más allá de los territorios efectivamente industrializados por vía del crecimiento económico general y de su despliegue territorial mediante diversos mecanismos de nivelación (tal como se infiere de

forma muy clara de la creciente redistribución hacia las provincias de la recaudación del Fondo de Coparticipación Federal). Lo que a su vez también explica que el incremento del peso de las ciudades periféricas haya continuado aún después de que el proceso de industrialización llegara a su fin en la segunda mitad de los 70, de modo que sólo recién en el último periodo intercensal se observa una pérdida relativa de dinamismo en esa tendencia.

Podría desde luego afirmarse que la pauta del reequilibramiento del sistema de ciudades responde en realidad a un comportamiento general para países "nuevos" como el nuestro y que por lo tanto se trata de una regla universal y relativamente ajena a los avatares que puedan registrarse en particular en cada caso. Es verdad que cuando un sistema urbano aún no se ha consolidado es esperable una tendencia a la desconcentración como la observada ya entre 1914 y 1947. Pero tampoco es menos cierto que esos procesos no se dan fuera de los contextos históricos en los cuales se desarrolla la urbanización y lo que efectivamente motorizó esa evolución y permitió que más tarde se afianzara fue, en Argentina, un desarrollo económico basado en una industrialización volcada al mercado interno.

Ahora bien, ese modelo económico que se agotó entre 1970 y 1980 siguió, y esto es para nosotros ahora lo más importante, repercutiendo en la geografía del sistema urbano del país durante varios lustros más. La etapa de desindustrialización que se abrió a mediados de los 70, y sobre todo a partir de 1982, continuó en general jugando en el mismo sentido, es decir la desconcentración urbana. Esta evolución demográfica se sostuvo por varios factores tales como: la relocalización de empresas en virtud de beneficios impositivos como estrategia de resistencia a la apertura del mercado nacional, el mantenimiento de las pautas fiscales de coparticipación crecientemente repartida hacia las provincias y la permanencia en la expansión - más o menos claudicante - de servicios públicos (piénsese por ejemplo en el crecimiento del número de universidades del interior). Y es notorio que todas estas conductas sólo se entienden, en última instancia, desde la matriz económica industrialista y orientada al mercado interno forjada en décadas anteriores ya que las ideas de promoción industrial fiscal, de redistribución de la coparticipación y de expansión de los servicios públicos no son originalmente de inspiración neoliberal. Lo que ésta hizo a lo sumo fue adaptarlas a un conjunto determinado de intereses y nuevas estrategias como la subsidiaridad productiva

del Estado o la transferencia de responsabilidades por vía de la descentralización.

Como primera conclusión referida a las relaciones entre escalas y duraciones interesa entonces señalar que la dinámica que presenta el sistema urbano argentino durante el último cuarto del siglo XX (cristalización de una región urbana por un lado y sobre todo desconcentración de la población urbana por el otro) no está directamente en función de las transformaciones que en ese momento estaban teniendo lugar en la economía argentina, sino que es reflejo de un proceso anterior, que comienza muy probablemente hacia mediados de la década de los 40 pero que recién se precipita en el sistema urbano entre veinte y treinta años más tarde. En virtud de lo cual puede decirse que al finalizar el siglo aquellas transformaciones que la historia económica dio por acabadas hacia 1980 todavía continuaban determinando la estructura urbana de mayor escala y, por lo tanto, para la geografía seguían siendo, en la medida de esa escala, absolutamente funcionales. Aunque, a su vez, también debe tenerse conciencia de que la génesis de los resortes que pusieron en marcha los mecanismos desconcentradores - y que aún siguieron funcionando cuando el modelo ya había cambiado - corresponden a una etapa con características económicas muy diferentes a las que en ese momento se estaban viviendo y por lo tanto sólo tienen la energía de una agonía que puede de cualquier manera ser lo bastante prolongada. Para los fines del análisis geográfico estas constataciones sirven para sostener la idea según la cual a escalas mayores los tiempos de los procesos económicos son a menudo diferentes a los de los procesos demográficos y más aún a los territoriales. Así, la focalización a sucesivas escalas menores del espacio urbano debiera acercarnos progresivamente no sólo a una identificación más detallada de los acontecimientos tanto económicos como territoriales más significativos sino también, y esto es lo que más nos interesa ahora, a una temporalidad más fluida en la cual los fenómenos observados tengan causas históricas más inmediatas.

## II.2. El Frente Urbano Industrial.

Al pasar a una escala un poco menor, que a nuestros fines podríamos calificar de *mesoescala*, observaremos efectivamente una mayor fluidez de

los procesos históricos respecto a sus cristalizaciones espaciales. Para dar cuenta de ello, y en consideración a los fenómenos emergentes geográficos más importantes mencionados en el nivel anterior, debiéramos detenernos en cada uno de los sistemas urbanos regionales a fin de entender la dinámica que, a esta escala, produjo la desconcentración de la población urbana dentro del territorio nacional. Puesto que no cabría en este momento llevar adelante un estudio tan exhaustivo de la geografía urbana argentina (que exigiría justificar los criterios de la regionalización, agregar la información acorde a los mismos y proceder a un detalle que no necesariamente modificaría en lo esencial el problema principal al que llegaremos), sólo nos detendremos aquí en el Frente Urbano Industrial. Éste, como cualquier otro recorte, determina por supuesto un cierto recorrido de la indagación y construye a su manera las condiciones en las que se desplegarán las conclusiones finales de nuestro análisis que pretende dar cuenta de fenómenos que en realidad comprometen a la totalidad del territorio nacional. Creemos, sin embargo no estar forzando el marco empírico de nuestro análisis, ya que este recorte ciertamente estratégico, es acorde con lo esencial de la estructura espacial urbana nacional y los fenómenos mayores que nos preocupan. Aún si las conclusiones que desde esta región obtengamos pueden ser ajustadas y perfeccionadas con un análisis multiregional más exhaustivo, pensamos no estar fuera de lo substancial de la cuestión. El Frente Urbano Industrial es una unidad regional que tiene suficiente entidad como para que oportunamente la hayamos señalado como uno de los aspectos más sobresalientes dentro de las tendencias del sistema urbano durante la segunda mitad del siglo pasado. Por ser éste a su vez el espacio urbano y periurbano más importante del territorio nacional, su significación geográfica es en el conjunto del país evidentemente mayor a la del resto de los sistemas urbanos regionales que eventualmente pudiesen definirse. Pero además se agrega a eso la misma singularidad de su comportamiento demográfico. Aún si efectivamente, tal como acabamos de ver, esta región no determina la desconcentración de la población de las ciudades del país, sí participa en ella y es sobre todo un producto del mismo proceso socioeconómico más amplio que dio origen a esa paulatina descongestión del Gran Buenos Aires. De ese modo la región se desarrolla y se consolida sin impedir el progresivo reequilibramiento de la población urbana del resto del país, algo que efectivamente hubiese podido suceder dado su gigantesco tamaño y su indudable liderazgo económico. Detenerse

en esta región tiene por todas estas razones un particular interés y, como enseguida veremos, el cambio de escala y su focalización en ella nos harán ver algunas mutaciones geográficas más recientes prácticamente inadvertidas, o muy tenuemente delineadas, en el estudio de la evolución del sistema urbano en su conjunto y que se prefiguran como probables condiciones de su desarrollo futuro. Efectivamente, como ya dijimos, el tiempo pasado de la industrialización se desliza - y lo hace incluso con la existencia misma de esta región - en la configuración del territorio presente. De la misma manera las mutaciones que se están empezando a bosquejar en el Frente Urbano Industrial preanuncian comportamientos potenciales trasladables en parte a la escala mayor anterior y a las escalas menores que iremos viendo paulatinamente.

Pero antes de adentrarnos en ese plano de las transformaciones observadas y de las perspectivas que de ellas se derivan será útil, dada la polisemia que afecta al término de "región urbana" (mayor que en el caso de "sistema urbano" para el cual existe un consenso más generalizado), adelantar una breve definición geográfica, o sea físico-morfológica y también funcional, de lo que entendemos por tal cosa. Así, será para nosotros una "región urbana" un área más o menos extensa marcada por la presencia de varias aglomeraciones no inmediatamente adyacentes aunque bastante próximas<sup>14</sup>. Extensión de tejido urbano y periurbano casi en contigüidad, es decir con cesuras rurales relativamente cortas que igualmente, desde un punto de vista funcional, están primordialmente - aunque no exclusivamente - dedicadas a sostener las demandas de consumo de la población y de las actividades de las ciudades espacialmente cercanas. Desde una aproximación de estas características la cuestión de la morfogénesis de una unidad regional como la que nos proponemos profundizar reposa fuertemente sobre el desarrollo territorial desplegado a partir de un sistema de transporte que, al tiempo que lo conforma, también establece las condiciones necesarias para que se constituya en tanto que espacio integrado y relativamente autónomo. Guardando las más que obvias distancias, podríamos acudir a la obra clásica de Jean Gottmann sobre la costa no-

<sup>14</sup> Debe entonces quedar claro que lo que aquí denominaremos "región urbana" no es el hinterland (umland) de una ciudad, ni por supuesto menos aún una región simplemente urbanizada.

reste estadounidense para reencontrarnos con un objeto geográfico de, en ciertos aspectos, similares características generales. Sin duda la imposible comparabilidad en cuanto al grado de desarrollo económico y demográfico entre la *Megalópolis* de Gottmann y nuestro Frente Urbano Industrial puede provocar una muy justificada sonrisa; evidentemente se trata de dos realidades extremadamente dispares y mucho más aún si se las piensa en una escala mundial. No obstante la "casi continua extensión de áreas urbanas y suburbanas (resultante) de un proceso de urbanización profundamente arraigado en el pasado que ha dotado a la región de singulares modos de vida y usos del suelo" (Gottmann, J. 1961:3) es una caracterización general que también puede caber a nuestra región más allá de otras consideraciones que tienen que ver sobre todo con la inserción y jerarquía de nuestra región en una red global de territorios de estas características. En el orden de los objetos geográficos, entidades tales como éstas o el valle del Rhur-Mar del Norte, el eje San Pablo-Río de Janeiro o Tokio-Yokohama, si no son de la misma especie responden, si se nos permite la metáfora, al mismo género. De ese modo estaríamos en estos casos, y salvando todas las obvias desemejanzas, ante lo que aquí denominamos "región urbana"; objeto geográfico que puede, desde esta restrictiva definición, reencontrarse en muchas partes del mundo, aun si por supuesto con muy notables diferencias.

La conformación de una región y de su configuración espacial es un proceso complejo que no podría ser reducido a un esquema simple de explicación. No obstante la observación de la disposición y evolución de la infraestructura de transporte que la sostiene es un recurso válido para abordar una descripción general del mismo. Ya en los años iniciales - sin que sea necesario ir más allá de la Argentina moderna - de la formación de los centros urbanos que se constituirían más tarde en los elementos componentes del Frente, se destacaban dos sistemas de transporte estrechamente vinculados: las vías navegables orientadas hacia el exterior del país y los ferrocarriles ordenando los flujos desde y hacia el interior. El transporte por ruta irrumpió más tarde en nuestra región - y con bastante retraso, acorde al escaso desarrollo industrial del país - para sostener el armazón ya constituido a partir de estos dos grandes componentes. Sin embargo la región como tal se consolidará - o sea que se justificará el análisis de su reproducción independientemente de la dinámica pampeana - en una época bastante posterior a la implantación de los centros

urbanos básicos que la vertebran. Esto sucedió justamente cuando el transporte rutero vino a reemplazar en buena medida al ferroviario y, por medio de las primeras autopistas - que se desarrollan en el país precisamente en el Frente - fortaleció la articulación transversal del corredor Buenos Aires-Rosario constituyéndolo en un espacio económico singular, funcional a una nueva pauta de localización de las actividades industriales. Actividades que prosperaron durante la segunda mitad del periodo de sustitución de importaciones - denominado a veces de "sustitución difícil" por las características tecnológicas que la distinguen del lapso que va hasta mediados de los 50 o comienzos de los 60 - y que fueron fundamentalmente producto de un esfuerzo de atracción de inversiones extranjeras que tuvieron en consecuencia destacada presencia en esta región.

Entre los múltiples efectos geográficos que en el sistema urbano tuvo el despliegue del ferrocarril como medio de instrumentación del modelo agroexportador de finales del siglo XIX y comienzos del siguiente, sobresalen para nuestra área esencialmente dos: la creación de nuevos centros urbanos y la suburbanización de la ciudad de Buenos Aires. Sin duda tampoco podría tenérselo ajeno al muy conocido fenómeno de la concentración metropolitana a partir de su función de colector de productos exportables en los puertos de Rosario y Buenos Aires. Por lo menos estos tres elementos concurren de manera efectiva, considerando principalmente la organización del territorio nacional a partir del desarrollo del transporte terrestre, a la formación dentro del diseño regional de la Argentina de un conjunto embrionario de centros pampeanos que, varias décadas más tarde, adquirirían un carácter unitario propio en la formación de una región con los rasgos específicos que hemos señalado en nuestra definición. Para nuestra escala cabe sin embargo retener sólo los dos primeros elementos - creación de nuevos centros y suburbanización - a fin de abordar la descripción de la región desde una aproximación propiamente morfológica.

De ese modo, la región comenzó a establecer los primeros elementos de su trama básica en fecha relativamente temprana, si es que se la compara con otros países del Tercer Mundo. Es decir que ya desde el periodo agroexportador se empezó a gestar el territorio del Frente aunque todavía estaba lejos de llegar a conformar una eventual unidad regional emancipada del conjunto más amplio del espacio pampeano. La configuración preminentemente radial del tendido

ferroviario desde Rosario y Buenos Aires así lo demuestra. En este aspecto la temporalidad de la región es aún la del sistema urbano, al manifestarse mediante el desarrollo de pequeñas ciudades y algunas aglomeraciones importantes (las cuales a su vez propagaron su tejido urbano por vía de la suburbanización más allá de los límites jurisdiccionales originales) que empezaron desde entonces a vincularse progresivamente de manera estrecha por un sistema de transporte que permitirá más adelante, mutaciones mediante, una relativamente rápida comunicación intrarregional. Ya a esta época pueden remontarse por lo tanto los rasgos "profundamente arraigados en el pasado que han dotado a la región de singulares modos de vida y usos del suelo", tal como lo reclama la caracterización de Gottmann.

Sin embargo, como acabamos de señalar, por entonces nuestro territorio sólo era la "punta de lanza" comercial de la economía agraria pampeana y hubo que esperar la llegada de la industria volcada al mercado interno para que el mismo tomara características regionales propias, o sea relativamente autónomas en cuanto a su lógica de funcionamiento. Características funcionales que terminarían otorgándole un paisaje singular de área urbana polinuclear extendida a lo largo de centenares de kilómetros que acabó finalmente por cuajar cuando la ruta 9 se transformó en vía rápida. Ciertamente un espacio urbano de estas dimensiones no representa una unidad de frecuentación cotidiana para muchos de sus habitantes, como sí en cambio lo es una aglomeración aún cuando esta sea muy extensa. Pero esto, que bien podría ser un requisito entre otros para determinar un área metropolitana e incluso, por definición, la comunidad local espacialmente más amplia que la contenga (*Standard Consolidated Area, Bassin de Vie Quotidienne*), no lo es en rigor para ninguna región. Aunque sí en cambio podemos pensar en nuestro caso en la posibilidad de realizar traslados a cualquier punto por vía terrestre en medios colectivos de transporte en trayectos de ida y vuelta dentro de una misma jornada, aun cuando no se trate de desplazamientos cotidianos. Y se da de ese modo una accesibilidad al conjunto mucho más fluida que en cualquier otra región argentina a causa, justamente, de la misma densidad relativa de los tejidos urbano y periurbano que la conforman y de su vinculación a lo largo de un importante corredor rutero. Es éste un aspecto particular de su espacialidad que no será sin duda ajeno a muchas de sus manifestaciones sociológicas y económicas, aún cuando no necesariamente tenga que ser factor último de explicación de

sus rasgos más estructurales. Y así el Frente se erigió en el espacio donde se concretaron de modo más señalado las características dominantes del tipo de sociedad contemporánea que corresponde a la Argentina, aunque sea por el solo hecho de que allí se concentra hoy casi la mitad de la población urbana del país y cerca de los dos tercios del empleo industrial.

Si la región pampeana estuvo históricamente (y de hecho aún hoy lo sigue estando) vinculada al desarrollo nacional como proveedora de recursos exportables para financiar el crecimiento del mercado interno, el Frente fue el destino principal de las inversiones resultantes de la acumulación agraria pampeana así como también de gran parte de las que se generaron en las otras regiones e incluso, como ya dijimos, de las provenientes del capital transnacional. Sin duda, desde el momento mismo en que se convirtió en la principal área de acumulación de capitales del país, también produjo sus propios recursos que constituyeron una parte cada vez mayor de su sustento económico. No obstante habría que distinguir las diferentes modalidades de creación de valor dentro de la propia región ya que no todas ellas concurren en la misma medida y de la misma forma a su proceso de desarrollo. En este sentido cabe destacar que las formas más modernas - o más típicamente capitalistas - de creación de valor participaron de un modo peculiar dentro de la evolución que tomó la acumulación regional, modo que impuso un sello propio de relativo subdesarrollo al conjunto del capitalismo argentino.

En efecto, un capitalismo tardío, atrasado y marginal se desarrolló sobre una industria muy poco performante en virtud de la insuficiente escala a la que se vio reducida por un mercado restringido a sus propias fronteras, lo que sin embargo, y gracias a la protección directa o indirecta del estado nacional, fue progresivamente el motor de la mayor parte de aquellos recursos propios de su crecimiento como región. De esa manera, se fue constituyendo allí, ya desde comienzos del siglo XX e incluso un poco antes, un sector manufacturero centrado en algunas grandes plantas de escasa complejidad tecnológica que se apoyaban en lo esencial en equipos de producción importados y en un sector artesanal dominante que les proveía las condiciones necesarias de funcionamiento (Schvarzer, 1996).

Estas inversiones fueron la antesala de una lenta expansión que permitió que cincuenta años más tarde se comenzara paulatinamente a aplicar grados más avanzados de complejidad tecnológica. No obstante estas innovaciones en

la actividad industrial fueron casi exclusivamente la consecuencia de incorporaciones externas de empresas multinacionales que no indujeron, por sus propias características, formas apropiables de desarrollo endógeno suficientemente importantes. Se frustraron así las expectativas de los programas desarrollistas que esperaban que esas firmas extranjeras sirvieran como disparadores de posteriores producciones autónomas. Al contrario, la dependencia *vis à vis* de las filiales de las empresas multinacionales - tanto en lo que respecta a su obligación de remesar utilidades como de adquirir insumos complejos - determinó que la evolución en la difusión de innovaciones tecnológicas quedara sujeta a estrategias de producción que esas mismas corporaciones definían a nivel mundial. Su presencia en Argentina sólo se justificaba en función de las constricciones comerciales que imponía un modelo de acumulación basado en la sustitución de importaciones que logró instalarse como resultado de los reajustes internacionales producidos entre las dos guerras (Katz y Kosacoff, 1989). Es más, en buena medida lo que en ese contexto aparecían como innovaciones tecnológicas a nivel local, era en realidad tecnología obsoleta a nivel mundial.

Todo esto tuvo finalmente por efecto un tipo limitado de socialización capitalista de la producción y del consumo - aun cuando desde lo cultural los comportamientos "económicamente racionales" y modernos llegaron a estar desde temprano absolutamente difundidos en la sociedad local - lo que se refleja en las peculiares características que toma el sistema de integración social regional y que se expresan de modo manifiesto en las formas de producción y consumo de la ciudad. Este perfil corresponde, a pesar si se quiere de los rasgos culturales señalados, a la fisonomía de un país capitalista periférico, dependiente y de escaso desarrollo relativo que, en términos generales y más allá de diferencias históricas y matices culturales, cabe a cualquier país latinoamericano. Pero, una vez establecido esto, no podríamos por supuesto ignorar las modulaciones locales sustantivas que introdujeron cualidades particulares al esquema general del subdesarrollo capitalista latinoamericano y que son la materia propia de una geografía regional que, si bien no podemos exponer ahora detalladamente, evocaremos en lo fundamental para lo que es de nuestro interés.

La acumulación de la inversión en este espacio restringido respondió a numerosos factores; sin duda operó activamente la localización del principal

mercado de consumo heredada del período agroexportador, pero contó también el hecho de encontrarse aquí la única cuenca importante de mano de obra pasible de alimentar la necesaria red de solidaridad técnica que requería el mantenimiento del nuevo perfil productivo. Simultáneamente la inversión pública que se desplegó en todo el país no dejó de estimular el proceso - sobre todo cuando encaró una producción directa - al orientarse en proporción considerable hacia la región, tratando de aprovechar allí las economías de aglomeración existentes. De resultas de esto, en la medida en que una parte importante de la inversión se concentraba en el Frente - aún cuando como vimos en apartados anteriores también se produjo una significativa dispersión hacia otras ciudades - el modelo de integración industrial terminaría integrando este nuevo espacio desde la lógica de la producción manufacturera. Dentro de ésta la industria del automóvil, que se desarrolló entre los 50 y sobre todo los 60, jugó el rol de nave insignia, aun si no estando exclusivamente localizada en el área. Esa integración espacial bien puede ser por lo tanto ilustrada con una evocadora analogía: la de una cadena de montaje. El Frente se convirtió en la "cadena de montaje industrial" del país, donde sus partes eran las diferentes empresas desarrolladas - e incluso a menudo mantenidas a pesar de su baja eficiencia productiva - al calor de la promoción del Estado, de sus subsidios directos e indirectos, de su producción en determinados segmentos sin una lógica de valorización del capital y de las condiciones monopólicas que garantizaban un mercado sin competencia gracias a la protección asegurada por la reglamentación vigente. El Estado remataba por fin el edificio centralizando buena parte de la inversión en servicios, a los fines de inducir desde allí el proceso de integración industrial que resultaba a su vez en un proceso de integración económica, social y espacial de una nueva región.

De esta manera se fue articulando la región a lo largo de más o menos dos décadas, hasta que finalmente a partir de la quiebra a mediados de los años 70 de ese modelo de acumulación, advino su crisis por vía de la creciente liberalización de los mercados, la apertura comercial y la privatización de la provisión de servicios y de ciertos bienes elaborados hasta entonces por el Estado. El resultado de la misma - producto tanto del reajuste del capital a nivel mundial como de la saturación de la capacidad de consumo de la clase media local - fue una desarticulación del sistema productivo que empezó a dejar sus trazas, todavía visibles de manera tenue, sobre algunas caracterís-

ticas demográficas del Frente. A nivel de la región el comportamiento demográfico todavía queda globalmente obscurecido por la dinámica general de desconcentración de la población urbana de más larga data que se manifestó en la observación de la escala anterior y sólo comienzan a destacarse modulaciones particulares cuando se baja al detalle de sus principales aglomeraciones, lo que recién haremos en la escala que veremos más tarde. Es así que la inflexión particular para este espacio y en este período más reciente se detecta con mayor claridad si nos detenemos más en el análisis de la emergencia de nuevas formas productivas que en la descripción de los grandes comportamientos demográficos. No obstante, una primera imagen de su crecimiento poblacional en relación a algunas áreas retenidas, provee interesantes elementos de juicio para comprender como la región se inscribe en la dinámica más general que vimos en la primera parte.

**Cuadro 2**  
**Distribución espacial de la población urbana 1947-2001,**  
**en miles de habitantes**

Año	Frente Urbano Industrial		Resto de Bs. As. y Sta. Fe		Patagonia		Resto del País		Total Argentina	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
	1947	5.598	56.4	1.417	14.3	112	1.1	2.805	28.2	9.932
1960	8.219	55.7	2.069	14.0	288	2.0	4.183	28.3	14.758	100
1970	10.154	55.0	2.490	13.5	467	2.5	5.343	29.0	18.454	100
1980	12.008	51.8	3.060	13.2	799	3.4	7.326	31.6	23.193	100
1991	13.717	48.2	3.664	12.9	1.268	4.5	9.787	34.4	28.436	100
2001	14.654	45.2	4.121	12.7	1.547	4.8	12.110	37.3	32.432	100

Fuente: Censos Nacionales de Población.

Nota: Los límites que se tomaron para el Frente Urbano Industrial son los que aparecen en la nota 10.

Hasta 1970 la población urbana del Frente Urbano Industrial venía cediendo en su peso - ya que no por supuesto en su volumen - al ritmo sostenido del proceso de redistribución de la población urbana nacional que describiéramos en el apartado anterior. Pero entre los censos de 1970 y 1980 se produce una aceleración de esa caída, cuyo ritmo, si los datos de 2001 son confiables, se habría *grosso modo* mantenido hasta el último censo, aún cuando en este último se observa una ligera lentificación. Como la atenuación de los diferenciales de crecimiento vegetativo entre las áreas pampeanas y extrapampeanas debieran incidir en la tendencia, la dimensión migratoria debe estar pesando aún decisivamente, tal como lo vino haciendo con anterioridad por vía de una mayor retención de las poblaciones provinciales sumada a la emergencia de nuevos destinos migratorios (Lattes, 1998). Aún si este comportamiento posiblemente esté empezando a modificarse, tal como tendremos oportunidad de ver más adelante, en esta escala espacial reencontramos todavía el fenómeno más general ya señalado en la anterior, por el cual debe notarse como el nuevo modelo de acumulación vino a apoyarse sobre la tendencia a la desconcentración demográfica que ya traía el sistema urbano desde el período previo, cosa que naturalmente afecta también a nuestra región dada la fuerte incidencia que en ella tiene la población del Gran Buenos Aires. Por lo tanto en la variable demográfica retenida, y hablando siempre a esta escala, rigen todavía en general los tiempos observados en el conjunto del sistema urbano. Pero hay otros rasgos del Frente, revelados por el abordaje de una geografía regional, que están marcando más inequívocamente el pasaje que se está dando de una fase histórica a otra y que se manifiestan desde el análisis de las características del actual desarrollo industrial. Así, el modelo espacial de la región descrito en base a la analogía de la "cadena de montaje" articulada por la promoción económica del estado entraría ahora en una situación de virtual quiebra, aun cuando todavía esto se manifiesta de manera inacabada y relativamente incierta.

Más allá de las carencias históricas de la intervención del poder público, que se traducían en baja eficiencia o en superposiciones irracionales entre diferentes instancias de regulación y empresas de producción, subyacía en ella una voluntad de desarrollo que, aún si no llegaba a constituirse realmente en un sistema de planificación orgánico y altamente eficaz, se afirmaba de todos modos sobre la osatura de una política general de integración productiva que era requisito para un modelo de sustitución de importaciones con eje en el

mercado interno. Esto se expresaba en la provisión de servicios territoriales (puertos, líneas de transporte, producción y distribución de energía, etc.) desde una lógica general que - independientemente de sus defectos de funcionamiento y vicios estructurales - contemplaba al conjunto de la región e incluso, aunque de manera ciertamente subordinada, al resto del país. Éste podía por lo tanto llevar adelante su proceso de desarrollo urbano con, como vimos, un cierto dinamismo propio. Esa lógica era la que sostenía también la integración del Frente, ya sea directamente por vía de una inversión y gestión de infraestructura unificada aunque más no fuese a nivel sectorial, ya sea indirectamente por el intermedio de una inclusión más amplia de la población al asalariamiento y por allí a la distribución del ingreso (tema éste que en términos geográficos puede ser mejor captado, como ya veremos, en una escala aún menor). Pero ahora, con la irrupción del nuevo modelo, los eslabones de la "cadena de montaje" se desarticulan y cada punto del espacio regional debe reorganizarse en función de una lógica espacialmente exógena; o al menos eso es lo que se espera desde el nuevo régimen de acumulación, para tomar una expresión regulacionista en voga.

Así es que los puertos son privatizados y sus muelles fraccionados entre diferentes empresas y lo mismo pasa con los ferrocarriles, las rutas, las redes eléctricas y telefónicas, etc. En esta nueva lógica algunos sectores sociales quedan definitivamente fuera de juego y otros en cambio van recortando, mediante la concentración privada, nuevas espacialidades sobre el territorio de la antigua región. El ejemplo más acabado de este último tipo lo representa el Grupo Urquía que a partir de su control de gran parte de la elaboración y comercialización de la soja - producto triunfal, junto al petróleo, de la nueva economía reprimarizada - articula un tramo de la antigua red ferroviaria nacional, que sirve al norte de la región pampeana, con una terminal del puerto de Rosario, infraestructuras públicas ambas que pasaron bajo su dominio. Con mayor o menor amplitud y éxito podrían citarse otros ejemplos de grupos económicos (Techint, Loma Negra, Pescarmona o las transnacionales del automóvil que participan de Autoterminal Zárate, puerto privado exclusivamente orientado a la importación y exportación de vehículos) que al sobreimponer su lógica mercantil orientada al mercado externo sobre el territorio de esta región nacida de un modelo surgido del desarrollo del consumo interno, rompen los términos de la coherencia regional tal como hasta entonces se la había concebido.

Los rasgos señalados se vinculan directamente con procesos de desacoplamiento productivo que se dan dentro del ámbito geográfico considerado, en virtud de los cuales es posible imaginar, al menos para algunos de sus principales elementos, la sustitución de un espacio de reproducción regional por una suerte de espacio en red dentro de un archipiélago urbano que se desarrollaría en una serie de escalas aún mayores que la del sistema urbano nacional y que en esta oportunidad no estamos considerando (continental, hemisférica, mundial). Se dan de esa manera las condiciones para una reconversión en realidad muy complicada si se piensa en el relativo aislamiento internacional en el cual se desarrolló históricamente la actividad productiva de la región. Esto no habilita en absoluto, desde luego, a pensar que la región vaya a desaparecer como tal reabsorbida por la región pampeana, pero sí permite en cambio hipotetizar tendencias futuras a partir de las rupturas que actualmente se esbozan en lo que se refiere a la manera como se integrará internamente esta estructura espacial.

Si concebimos a la región como una formación económico-social sería entonces posible, considerando la redefinición de las fuerzas y sectores sociales que conforman al sistema regional, pensar en nuevas articulaciones socio-económicas que debieran necesariamente expresarse en el plano de lo espacial. Concretamente, sería posible prever un escenario consistente en el surgimiento de nuevas formas de dualización socioproductiva al interior de la región que diferenciarían distintos planos de reproducción del mismo espacio y que pasarían entonces a integrarlo con una modalidad diferente a la que le diera origen. Aunque no podamos pronosticar con exactitud las transformaciones que efectivamente tendrán lugar para esta estructura regional específica, sí podemos identificar, en las mutaciones en vigor, los elementos que ya están revelando la presencia de la correspondiente fase de transición.

Considerando siempre que la región puede ser conceptualizada como una formación económico social, un escenario muy probable que dispararía esas transformaciones hoy apenas esbozadas, tiene que ver con una posibilidad que, en realidad, atañe al conjunto del fenómeno urbano nacional. Consiste simplemente en "imaginar una formación social con un sector que acumula ganancia desde la producción directa de valor (respondiendo a la lógica de una escala espacial mayor) mientras se articula (en lo local) comercialmente con una economía mercantil simple asentada en actividades de comercialización y

servicios" (Piccinini, 2002, 117). Y sólo muy secundariamente, aquel sector orientado hacia la acumulación, se volcaría a ramas productivas de difícil penetración en las condiciones de un mercado semejante, como, ejemplo tal vez más notorio por sus propios antecedentes, gran parte de la actividad inmobiliaria vinculada a la construcción de viviendas populares o de pequeños locales económicos que quedarían también a cargo de las formas mercantiles simples.

Se desarrollarían así, y esto nada tiene de sorprendente en tanto es el modelo imperante en la mayor parte del Tercer Mundo, economías de subsistencia que por lo tanto ya no responderán (y de hecho ya no lo están haciendo) a las pautas del asalariamiento, o sólo lo harán de una manera muy marginal o en la medida que puedan alimentar intermitentemente a un pequeño e inestable sector capitalista no concentrado. Lo cual hace posible imaginar una forma urbana de "economía campesina" - si se nos permite una analogía un tanto provocadora para referirnos a las nuevas formas de producción mercantil simple - que, si bien tampoco es novedosa en nuestro país, en algún momento durante la segunda mitad del siglo pasado pareció que estaba desapareciendo. Al ser sin embargo refuncionalizadas por una lógica más global de reproducción del capital, esas formas no directamente capitalistas se revitalizan y se transforman en un engranaje mayor de la urbanización contemporánea, sin poder no obstante articularse siempre y sistemáticamente sobre el plano estrictamente productivo con el valor volcado al mercado mundial. Tanto menos que la industria, antes de recuperar e intentar seguir desarrollando el por cierto muy escaso capital tecnológico acumulado, optó por sacrificarlo en aras de rápidas respuestas de supervivencia, dejando afuera de esa manera no sólo al grueso de la mano de obra directamente explotada sino también en buena medida la posibilidad misma de generar mecanismos indirectos de subsunción productiva a partir de la difusión de tecnologías fácilmente accesibles. De ese modo el Frente, que antes estaba animado por una lógica unitaria en torno al mercado interno, se desdoblaría en la dualidad de una economía que eventualmente buscaría privilegiar su producción capitalista para el mercado externo - y para la cual la región es sólo una instancia de paso - mientras cohabita con una masiva población local cuya reproducción le es esencialmente ajena o al menos francamente marginal.

Es cierto que tales transformaciones aún no han terminado de concretarse, pero ya se están gestando en el seno de los despojos del modelo histórico

anterior y ese germen conlleva un estilo de urbanización cuyas características sólo pueden observarse a escalas geográficas aún menores.

### *II.3. Las grandes aglomeraciones del Frente Urbano Industrial.*

En la escala inmediatamente inferior ajustaremos el foco sobre las aglomeraciones que componen el Frente, dado el interés que resulta en detenerse en las principales de entre ellas para captar mejor el rumbo que, tal como adelantáramos, trazan sugerentemente las nuevas corrientes migratorias al interior de la región. Siguiendo entonces con el crecimiento poblacional, que es una variable vinculada de hecho a esos movimientos, y con la distribución territorial que escogimos para ilustrar las relaciones entre procesos temporales y espaciales dentro del fenómeno urbano argentino, es posible ver cómo se despliega en este nivel de desagregación el juego específico de impactos entre ambas dimensiones. De ese modo se hacen visibles fenómenos que no se comprendían de suyo en lo observado en el nivel agregado regional, aun si son perfectamente coherentes con las tendencias mostradas tanto en lo económico para esta última escala como en lo demográfico para la nacional.

Asimismo, al ganar en detalle se va encontrando naturalmente una complejidad creciente que, además de reclamar de instrumentos de análisis específicos a la escala, proporciona claves para comprender la forma concreta que toman aquellas tendencias. De hecho ya pudimos vislumbrar en la escala anterior la necesidad de acudir a los procedimientos que son competencia de la geografía regional - y que aquí no hemos podido ciertamente observar con demasiado detalle - para dar cuenta de los factores específicos que inciden en su evolución. Esto mismo se nos planteará obviamente ahora y, claro está, aún con mayor intensidad. No obstante es posible percibir en el asunto que nos interesa de las relaciones entre las series de tiempo y espacio una mayor simultaneidad entre los planos histórico y geográfico que en la escala regional.

Tanto por su magnitud demográfica como por su importancia histórica y económica resaltan dentro de la región las aglomeraciones de Rosario y Buenos Aires. Sus respectivas evoluciones deben entenderse simultáneamente a la luz de por lo menos tres dimensiones de análisis: la estructuración misma del Frente Urbano Industrial que las contiene, la crisis del modelo que lo conformara como región y por último las condiciones específicas en las que se desen-

vuelven las relaciones locales de cada uno de estos centros. Dado que, en tanto que elementos de la región, sus funciones se tornan significativas y consistentes con ella a partir del advenimiento de la fase de sustitución difícil de importaciones, no será necesario para dar cuenta de las transformaciones actuales reinventarse mucho más allá de mediados del siglo pasado, o sea a los años de auge de la fase de sustitución fácil. Así, si comenzamos por el Gran Buenos Aires, debemos hacerlo señalando que la aglomeración<sup>15</sup> venía cediendo participación demográfica ya desde 1947 dentro de lo que poco tiempo más tarde sería el Frente. A esta escala es interesante observar que su peso (tomando exclusivamente la población urbana de los partidos que hemos retenido para la región) pasa del 82,6 % en 1947 al 78,2 % en 2001 (Cuadro 3). Las modulaciones de esta tendencia sostenidamente decreciente muestran a nivel intrarregional un comportamiento muy similar al interregional. Mientras que la década de los 60 no aporta grandes modificaciones en las proporciones hasta entonces observadas, entre 1947 y 1960 ya se advertía no obstante una redistribución que, así como a nivel nacional se daba sobre todo a favor de la Patagonia, a nivel regional se dio en beneficio de los partidos y departamentos ajenos tanto al Gran Buenos Aires como a Rosario (ciudad esta última que entre esos años pasó de albergar el 8,7% de la población urbana regional al 7,9%).

De modo que si en consideración a otros factores geográficos y fundamentalmente productivos se puede afirmar que la región se consolidó a partir de 1960, la cifras demográficas muestran que lógicamente existe una dinámica previa que llevó más tarde a esa "desconcentración concentrada", tal como la definiésemos más arriba. Esos partidos y departamentos, que conforman lo que llamaríamos el resto del Frente Urbano Industrial, no van a dejar desde entonces de incrementar su participación dentro de la población urbana de la región. Pero resulta por cierto particularmente notable su dinamismo justamente entre 1947 y 1960, lo que va en sentido de lo señalado sobre la posibilidad de

<sup>15</sup> Tomaremos aquí como aglomeración al conjunto de la población urbana contenida en los partidos o departamentos que la conforman (es decir no estrictamente la localidad continua). Para el Gran Buenos Aires se toma la Ciudad de Buenos Aires y los 19, hoy 24 partidos más inmediatos. La ampliación al tejido urbano contiguo que conforma la aglomeración como localidad, y que implica considerar poblaciones de otros partidos tal como se hizo para el Cuadro 1, no modifica sustancialmente los comportamientos señalados.

considerar que si bien la región se consolida definitivamente como tal durante los años 60, los mecanismos conducentes a ello pueden ser legítimamente remontados a años anteriores al período de sustitución difícil, tal como lo hacían Vapñarsky y Gorojovsky para el conjunto del sistema urbano. De cualquier manera debe observarse que la caída más significativa de la contribución de Buenos Aires se da en el período 80-91, reflejándose en ello, a más del producto acumulado del incremento de las otras aglomeraciones de la región, el efecto disuasor de su crecimiento que la desindustrialización y la promoción industrial en algunas ciudades marginales del sistema urbano ya había por entonces introducido. Sin embargo, como veremos inmediatamente, este comportamiento del Gran Buenos Aires no es el mismo que, si los datos censales son correctos, habría presentado el Gran Rosario, lo que justifica el análisis específico de esta escala.

**Cuadro 3**  
**Distribución de la población urbana entre 1947 y 2001**  
**en el Frente Urbano Industrial, en miles de habitantes**

Año	Gran Buenos Aires		Resto Partidos FUI Bs. As.		Rosario		S. Lorenzo y Constitución		Frente Urbano Industrial	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	N
1947	4.621	82.6	446	8.0	485	8.7	46	0.8	5.598	100
1960	6.739	82.0	745	9.1	646	7.9	89	1.1	8.219	100
1970	8.314	81.9	952	9.4	773	7.6	113	1.1	10.154	100
1980	9.710	80.9	1.243	10.4	902	7.5	154	1.3	12.008	100
1991	10.897	79.4	1.579	11.5	1.061	7.7	180	1.3	13.717	100
2001	11.437	78.0	1.911	13.0	1.102	7.5	204	1.4	14.654	100

Fuente: Censos Nacionales de Población.

Nota: Para el Gran Buenos Aires se toma la Ciudad de Buenos Aires y la población urbana de los 19, hoy 24, partidos más inmediatos, que esté incluida o no en la aglomeración continua, algo que recién ocurre en su totalidad en el último censo. La consideración de la localidad Gran Buenos Aires *stricto sensu*, y que implica contar la población tal como se hizo para el Cuadro 1 (aglomeración continua que incluye también a los partidos exteriores a los hoy 24 PGBA), no modifica sustancialmente la tendencia que nos interesa observar aquí, como así tampoco lo hace la ligera modificación de los límites del territorio del conjunto de los PGBA que tuvo lugar en el censo de 2001.

El cuadro 3 nos muestra que entre alrededor de 1960 y 1980 la redistribución de la población urbana de la región se hizo sobre todo al interior de las ciudades menores del Frente, y precisando un poco más, no tanto en beneficio de los departamentos santafesinos, que mantuvieron en conjunto una proporción estable - aunque esto se debió sobre todo a la falta de dinamismo de Rosario más que a su área suburbana - como de los partidos bonaerenses del área exterior al Gran Buenos Aires (1960=9,1% contra 1980=10,4%). Las cifras pueden parecer por cierto poco impactantes, pero para evaluar el significado de las mismas debe recordarse la desproporción entre estas ciudades menores y las dos grandes aglomeraciones de la región. Entendido esto es posible suponer además que casi seguramente este subespacio regional (es decir los distritos exteriores tanto al Gran Buenos Aires como a la ciudad de Rosario) fue el que concentró la mayor parte de las innovaciones de la etapa de "substitución difícil de importaciones", tanto en las funciones urbanas como en la forma que tomó la urbanización misma.<sup>16</sup>

Por otro lado los datos de este cuadro nos sugieren, junto a lo visto en el sistema urbano y considerando lo mencionado para Buenos Aires entre 1980 y 1991, que la tendencia que a partir de 1980 tiene el resto del país y sobre todo la Patagonia a ganar población urbana (cf. Cuadro 2), se vincula con la crisis de ese modelo y de las funciones específicas que el mismo imprimía justamente al desarrollo del Frente. Con lo cual reafirmamos una vez más aquello de que el modelo de acumulación que reemplazó al de substitución de importaciones vino paradójicamente a fortalecer - al menos en un primer momento, ya que como en seguida veremos existen fuertes indicios de que esto puede muy probablemente revertirse - la tendencia heredada en lo que respecta a la redistribución de la población urbana nacional, reimprimiéndole de esa manera las energías necesarias como para poder continuar aún en una fase de la historia económica radicalmente diferente a la que le diera origen.

<sup>16</sup> Sin que ignoremos por ello el rol que también jugaron en ese aspecto algunas comunas del Departamento de Rosario y sobre todo ciertos partidos del Gran Buenos Aires y más particularmente los ubicados al norte de la aglomeración (Tigre, San Fernando) o en su borde inmediato, tal el caso de Escobar, que emergió sobre todo entre los 60 y los 70, y un poco más tarde, el de Pilar, cuyas dinámicas no son seguramente ajenas a la de la misma aglomeración.

Pero lo más sugerente que se observa en esta escala y en la variable que estamos considerando, es el comportamiento particular del Gran Rosario. Tal como lo hizo el Gran Buenos Aires, la metrópoli santafesina también comenzó perdiendo peso entre 1947 y 1970 al pasar del 9,5 % al 8,7 % de la población urbana de la región. Pero curiosamente, entre ese último año y 1991 su contribución aumentó hasta alcanzar el 9 %, pasando luego a 8,9 % en 2001 (aunque existen para esta aglomeración serias sospechas de subregistro en el último censo, de magnitud tal que, de corregirse, pudiera instalarse fácilmente en aquel 9% y aún tal vez superarlo). Parte del crecimiento que se dio desde 1970 se debió a los departamentos de San Lorenzo y Constitución, ya que el conjunto de la población del departamento de Rosario disminuyó su proporción hasta 1980 inclusive. Pero lo verdaderamente sorprendente es que en 1991 ésta volvió a incrementarse, de modo que el aumento de la participación de la aglomeración en la región correspondió exclusivamente al departamento de Rosario que muy probablemente, a pesar de los datos censales disponibles, haya mantenido esa tendencia en 2001.

Es bien conocido el dramático impacto que tuvo la desindustrialización en el Gran Rosario (Rofman, 1997), quien ya en 1980 había cedido el segundo lugar en el sistema nacional a la aglomeración de Córdoba - en su irresistible tendencia a aumentar vigorosamente su población por lo menos desde 1960 - que desde entonces ostentó regularmente tasas de desocupación más bajas que la ciudad santafesina. Era por lo tanto esperable encontrar en Rosario un comportamiento similar al que en párrafos anteriores observáramos en el Gran Buenos Aires. Tanto más que hacia 1991 la desocupación abierta, según la onda de octubre de la Encuesta Permanente de Hogares, alcanzaba allí el 9,4% mientras que en el Gran Buenos Aires era de 5,3%. Lo cierto es que no ocurrió así y muy por el contrario Rosario se transformó en un centro de creciente atracción poblacional. En la explicación que debiéramos encontrar a este comportamiento se ocultan tal vez pautas útiles para la interpretación de procesos novedosos y de más vasto alcance geográfico que exploraremos en seguida.

Es así que al llevar al espacio de la aglomeración el indicador de crecimiento poblacional que a escala nacional puede resultar operativo para describir la dinámica urbana, advertimos que el mismo, al estar afectado por terceras variables cada vez más específicas, introduce irregularidades inesperadas que

sólo pueden ser entendidas a partir de un análisis que reúna las cuestiones especiales de la escala. Así acontecimientos sociales ocurridos en el área de influencia<sup>17</sup>, cambios en las orientaciones de gestión social y urbana al interior de la ciudad (lo que se produce sobre todo a partir de las gestiones socialistas posteriores a 1989, pero que ya comenzaban a esbozarse con anterioridad), condiciones productivas locales y específicas (el boom de la exportación sojera, en este caso), etc. están detrás del comportamiento observado. Todo lo cual sin lugar a dudas se relaciona directamente con la idea de que el cambio de escala introduce una complejidad creciente y nuevas entradas temáticas que reclaman de instrumentos de análisis específicos. Pero, más allá de esto, lo que nos interesa aquí es plantear la hipótesis de que el comportamiento de Rosario puede estar prefigurando ya desde la década de los 80 algo más que un rasgo de idiosincracia, o sea que es posible que nos esté mostrando una dinámica espacial generalizable al nuevo modelo de acumulación que trasciende por lo tanto los factores locales. Dinámica que se distinguiría de los rasgos inerciales que dentro del sistema urbano mantiene todavía la espacialidad heredada del modelo de acumulación anterior.

Efectivamente, si bien no tenemos evidencia de que el comportamiento de Rosario esté en relación directa con un posible redireccionamiento más generalizado de los flujos migratorios al interior del sistema como efecto de la quiebra del modelo de desarrollo endógeno, no se puede descartar que los avatares locales que impactaron en el crecimiento de ese distrito estuvieron respondiendo en alguna medida a disparadores estructurales que se ciernen sobre el conjunto de la red urbana nacional. Ya en la década de los 90 algunas voces alertaban sobre esta posibilidad: "La agudización extrema de las situaciones de deterioro en los mercados de trabajo regionales puede llevar a una revitalización de las grandes migraciones hacia el Gran Buenos Aires. Esta 'migración desesperada' generada por situaciones críticas es un proceso que ya se ha visto en otros países del continente, como Brasil y Perú" (Reboratti, 1993:217). Como señala este autor existe normalmente un cierto desfasaje en

<sup>17</sup> En conversaciones con funcionarios locales se nos hizo notar la llegada y posterior permanencia de una cantidad aparentemente importante de evacuados de la inundación del Paraná de 1983.

el tiempo entre los cambios que se producen en los mercados locales de trabajo y la adecuación a ellos de las migraciones laborales. Pero esta "migración desesperada" representaría más que un simple desfasaje y sería en cambio la consecuencia retrasada de la crisis del antiguo modelo que en el caso del área de influencia de la ciudad santafesina (que llega hasta el NEA) se pudo haber visto acelerada por factores locales. Y desde ya que esta perspectiva llevada al conjunto de las aglomeraciones de la región es particularmente desoladora en la medida en que, como se señala allí también, el territorio de llegada no se presentaría justamente como un mercado masivamente demandante de mano de obra, sino sencillamente como un refugio de supervivencia.

La posible reactivación de los flujos migratorios hacia Buenos Aires desde la década de los 90 es una hipótesis que creemos debe ser seriamente retenida en tanto es acorde a la dinámica del modelo general de desarrollo del país y al impacto retardado que normalmente tienen las variables económicas sobre las espaciales, tal como pudo apreciarse al analizar el fenómeno urbano a escala del sistema nacional y como surge también de observaciones empíricas más puntuales realizadas por algunos analistas. "Los movimientos internos de mano de obra parecen haber recrudescido en los últimos años: la ampliación de los excedentes de mano de obra en los principales aglomerados - Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, Gran Rosario - estaría íntimamente vinculada al éxodo masivo desde las zonas menos desarrolladas del país. El ajuste al que actualmente están haciendo frente los sectores públicos provinciales y la crisis que padecen las economías regionales, no irán en otra dirección que la de profundizar aún más la tensión en los mercados laborales urbanos" (Montoya y Peticarà, 1995:150). Igualmente interesantes resultan observaciones hechas por otros autores sobre la evolución de la distribución geográfica del empleo industrial entre los censos económicos de 1985 y 1994. Este tema que guarda obvia relación con las migraciones por vía del mercado de trabajo estaría mostrando una reconfiguración de la actividad económica acorde a lo señalado. Así, se estaba ya al promediar los 90 ante "una reconcentración en retroceso, no en expansión, ya que no sólo cae el número de ocupados en Argentina, también lo hace la ocupación en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Al haberse registrado una mayor caída de la actividad en el resto del país y al concentrarse el grueso de la inversión en la región metropolitana, el peso relativo de esa región aumenta" (Borello y otros, 2000:53).

De hecho, los datos del Censo de 2001 (cf. indicador 4p del Cuadro 1) están mostrando para la población del Gran Buenos Aires un freno en la tendencia desconcentradora. Pero debemos ser cautelosos en esta afirmación ya que también juegan aquí la disminución más rápida de la natalidad en el interior del país y el efecto diferencial de coalescencia de nuevas localidades en las aglomeraciones otras que el Gran Buenos Aires entre los diferentes censos. Cuestiones éstas que requerirían de una vasta investigación para ser controladas, aun cuando en verdad no resulta muy plausible pensar que la larga tendencia a la desconcentración pueda atribuirse principalmente a un efecto puramente estadístico. De todos modos, y con estas reservas, se estaría en principio empezando a dibujar así un comportamiento similar al que se dió entre 1960 y 1970, pero ahora en sentido inverso. Mientras que en ese período intercensal se desaceleraba la velocidad con que el Gran Buenos Aires se separaba de la segunda ciudad del país, en el período 1991-2001 se frena la rapidez con que la segunda ciudad se acerca al Gran Buenos Aires, preanunciando probablemente de ese modo el final de un paulatino pero sostenido proceso de desconcentración o, más dramáticamente aún, una futura tendencia a la reconcentración metropolitana.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Desgraciadamente no están disponibles los datos referidos a la composición por origen provincial de la población de los Partidos del Gran Buenos Aires en el censo de 2001, mientras que por otro parte la variable "origen de la población" nunca es codificada por departamentos como para poder captar también las migraciones internas de la provincia. Fueron publicados en cambio los datos correspondientes al origen de la población por provincia para la Ciudad de Buenos Aires, que sin embargo, según señala el INDEC, estarían afectados por declaraciones incorrectas (aparentemente habría habido confusión entre Provincia de Buenos Aires y Ciudad de Buenos Aires). Sin duda de contar con todos esos datos y con la adecuada confiabilidad, podríamos compararlos con censos anteriores y aportar así una importante justificación para esta hipótesis. A pesar de las sospechas mencionadas sobre la calidad del dato, señalemos igualmente que la proporción de migrantes internos en la Ciudad de Buenos Aires era en 1991 del 22,7 %, mientras que en 2001 estaba por encima de ese valor en más de diez puntos porcentuales revirtiendo así la caída registrada desde 1980, cuando la cifra era 23,7% y por lo que, en términos absolutos, se agregaron alrededor de treinta mil individuos (no debe olvidarse que la población total censada en la ciudad fue en esta ocasión menor a la registrada en el censo de 1991). La diferencia, si bien notable, debe ser

En resumen, si en la primera de las escalas el impacto espacial del proceso económico que comenzó en la segunda mitad de los 70 aún no podía ser netamente observado en la evolución del poblamiento urbano nacional, en la escala regional ya podían percibirse, aunque todavía tenuemente, algunos indicios en ese sentido. Para ello fue necesario acudir a la consideración de factores económicos, mientras que por fin en la escala de la aglomeración ya se pueden detectar directamente algunos hechos demográficos que permiten establecer posibles tendencias congruentes con una transformación espacial acorde al nuevo modelo de acumulación.

Bajar a una escala aún menor al interior de la aglomeración, lo que podríamos llamar la escala del "lugar", nos llevará seguramente a percibir una aún más notable adherencia de la dinámica temporal a la distribución espacial y a precisar los mecanismos que sostienen las transformaciones a las que apunta la fase de transición en la que ya se encuentra la región que contiene a estas ciudades.

#### II.4. Los lugares metropolitanos.

Inevitablemente - y esto parece tornarse más necesario a medida que descendemos en la escala - deberemos empezar por varias precisiones conceptuales que requieren de algún detalle. En primer lugar cabe decir que mucho más pertinente para el tratamiento de esta escala será detenernos ahora

considerada no obstante con cautela a causa de las posibles declaraciones incorrectas indicadas y de los problemas de cobertura que el INDEC también reconoce como de importancia para la ciudad de Buenos Aires. De todas maneras el dato es congruente con la tendencia observada en las migraciones internas en general para el conjunto del país. Entre 1980 y 1991 la proporción de nacidos fuera de la provincia donde residen cayó de 22,6 % a 19,5 %, mientras que en 2001 esa cifra se mantuvo prácticamente estable al rondar el 20 %. Este freno en la caída podría estar señalando una posible reactivación de los movimientos interprovinciales que bien pudieron haberse orientado preferentemente hacia el área metropolitana y algunas otras grandes aglomeraciones; independientemente del hecho de que éstas también hubieran podido expulsar habitantes, sobre todo tenida cuenta de la aparentemente creciente emigración internacional; un sugerente análisis que cruza los datos censales provisionarios con las estadísticas vitales acaba de ser publicado al respecto (Lucero, 2003).

en la evolución del hábitat antes que en la simple variación de las magnitudes de la población; de hecho tanto este indicador demográfico como las consideraciones más generalmente económicas a las que hemos recurrido a lo largo de las páginas anteriores comenzaban ya a mostrarse insuficientes al abordar las explicaciones posibles de los fenómenos observados en la escala anterior. Desde ya que en el tratamiento de la dimensión habitacional también se podría introducir algún mínimo soporte estadístico para tratar de ofrecer las necesarias evidencias a las afirmaciones que vayamos haciendo. No obstante, aún un indicador estadístico muy grueso y sencillo, como los que vinimos utilizando, necesitaría a esta escala de un despliegue de recursos que no estamos ahora en condiciones de realizar, ni tampoco nos parece que se justifique para nuestro propósito más general. Esta opción, que nada tiene que ver entonces con ninguna supuesta adecuación metodológica a las variables objeto de análisis y, en rigor, ni siquiera a la escala, no debiera de cualquier manera impedir captar el más inmediato impacto espacial que revelan las transformaciones del hábitat en el menor de los niveles territoriales que consideraremos. Si bien el *lugar* es el horizonte predilecto de los abordajes fenomenológicos y en general subjetivistas, queda claro que sólo una economía de esfuerzo justifica nuestro tratamiento exclusivamente "literario". Por supuesto que no es imposible acudir, aunque sea parcialmente, a las estadísticas para dar cuenta de lo que queremos mostrar: los métodos cuantitativos para estudiar, por ejemplo, la segregación residencial son, como es muy sabido, diversos y provechosamente utilizables como recurso para describir fenómenos sociales que afectan a los lugares - y nosotros mismos los hemos aplicado en alguna ocasión para mostrar cómo en el territorio de la aglomeración de Buenos Aires se proyectaba la transformación de la estructura social entre los censos de 1960 y 1980 (Piccinini, 1988) -. Es claro que lo que hemos venido haciendo hasta ahora fue un análisis más verbal que numérico y no hubo sin embargo ninguna necesidad de apelar a la comprensión fenomenológica para interpretar las tendencias detectadas. Tanto más que nos parece que la misma no podría aclararnos demasiado sobre los determinantes de las relaciones que se tejen entre las transformaciones socioproducidas y el impacto de las mismas en el uso del suelo, las prácticas sociales y la consiguiente reestructuración de los espacios urbanos.

Pero en virtud de la cada vez más difundida preferencia que parece tener la geografía actual por la noción de lugar, la misma merece también una

muy breve definición previa que nos desmarque de cualquier tipo de enfoque subjetivista. Si el lugar se define geoméricamente por la ausencia de distancia - por lo cual devendría en un punto sin extensión- como lo hace por ejemplo J. Lévy<sup>19</sup>, entonces lo que nosotros trabajaremos no es necesariamente "lugar" ya que nuestro espacio puede ser visto como un punto en una red (mirada "topológica") pero es al mismo tiempo un área (mirada "topográfica") y por supuesto también un medio (a lo cual podríamos agregar una mirada "ecológica"). Nuestros lugares son tan materiales que nunca pueden dejar de tener extensión, posición y conexión en el plano del espacio que constituyen los diferentes lugares entre sí. Los barrios de la aglomeración - definidos ya sea en su vaga acepción "vivencial" o en los límites espaciales operativos que se necesiten, ahora poco importa - y el tejido urbano que los conforman son concretamente los lugares a los que haremos referencia. En resumen, nuestro lugar que no es por supuesto una abstracción ubicua en una red isotrópica, no es tampoco un "t(r)opo poético". De todas maneras, esto no nos impide concebirlo como el territorio de un vasto conjunto estructural, aún si físicamente inmediato de las experiencias cotidianas de los individuos, ni tratarlo en un lenguaje puramente literario. En este sentido, sin dejar de ser una posición en el espacio, es primordialmente un escenario (un *local* giddensiano deudor también en alguna medida del *locale* goffmaniano) y hace por lo tanto referencia directa al territorio material que sirve como marco de interacción cotidiana donde se plasman los roles sociales que se gestan en la sociedad más amplia y en el espacio más vasto que lo contiene.

<sup>19</sup> Jacques Lévy sostiene que la noción de lugar "resulta directamente de la asociación de la escala y la métrica. El lugar es una unidad espacial en la cual la distancia puede ser considerada como nula, lo que significa que, en una métrica dada, la escala es la más pequeña posible". Y más adelante se pregunta "¿Según qué métrica se puede hacer pasar este espacio de la escala 0 (*sic*) a una escala >0, o inversamente? (...) Una ciudad es a la vez un 'punto' y una 'superficie' y vale la pena preguntarse en qué caso, para qué tipo de fenómenos, según que dinámica es lugar o área" (Lévy, 1994:52 y 53). Páginas antes (Id: 50), propuso dos "métricas" para la geografía ("que ya eran más o menos utilizadas en este sentido por los geógrafos o no geógrafos"): la "topográfica" para los territorios y la "topológica" para las redes que corresponderían al área y al punto respectivamente. Conceptos que, como se recordará, ya tuvimos oportunidad de utilizar al tratar la cuestión general de la escala.

Por fin, y para terminar con estas muy rápidas precisiones conceptuales, señalemos brevemente lo que entenderemos por hábitat, es decir la categoría que nos servirá para describir las transformaciones ocurridas a esta escala. Si en ecología el término tiene una aplicación precisa en tanto espacio que reúne las condiciones necesarias para el desarrollo de una especie natural, en geografía humana la acepción no es tan clara aun cuando es utilizada desde siempre para describir, ejemplo clásico, el patrón de dispersión de las viviendas rurales (hábitat concentrado vs. hábitat disperso). Mantendremos entonces la alusión del término a la vivienda - en nuestro caso obviamente urbana - considerada como es de uso en el contexto de su ubicación relativa y, por lo tanto, en su inserción en el conjunto de los servicios de la ciudad. El hábitat es así no sólo el espacio exclusivo de la vivienda, sino también el de sus barrios (con sus calles y sus eventuales equipamientos) y, de últimas, establece en las relaciones entre ellos un continuo que hace al conjunto de la ciudad, objeto sobrevolado en la escala anterior.

Dadas las peculiares características de la organización social del capital bajo la tutela del cual directa o indirectamente se produce, el hábitat - en tanto espacio centrado en la vivienda - se separa, con el desarrollo de las relaciones de producción, de las instalaciones directamente productivas. Advertamos que en el caso de nuestro país si este hecho también se observa todavía de manera predominante, esto no debe llevar a perder de vista, menos aún que en otros países de desarrollo capitalista más avanzado<sup>20</sup>, la coexistencia, por otro lado creciente, de ambas instalaciones en un mismo sitio. A medida que se va derrumbando en Argentina el modelo de desarrollo capitalista más clásico basado en la producción industrial - y más ampliamente "empresarial" -, se produce un fenómeno consistente en el reemplazo de la vieja dicotomía entre la empresa y

<sup>20</sup> Aún cuando también en esos países el desarrollo del teletrabajo pueda, a término, volver a reunir gran parte de ambas "funciones" en los mismos lugares, eventualidad posible aún si todavía no muy difundida. De todas maneras se tratarían de fenómenos sólo comparables desde un punto de vista muy formal. Más original es, en todo caso, la figura - ésta sí muy difundida en América Latina - del "servicio doméstico" que hace del hábitat de una clase social, el espacio de producción de otra (tema ciertamente interesante a desarrollar desde la geografía social pero que ahora sale de nuestro propósito).

la casa (y más extensamente la calle) por una nueva forma de uso de la vivienda (y los espacios públicos).

La casa y sobre todo la calle, como sitios separados del espacio de producción, son los lugares comunitarios (en principio jurídicamente indiferenciados desde la perspectiva de la clase social, aun cuando la modalidad *gated communities* ahora arremeta también contra esta formalidad burguesa) que corresponden, el primero, a las familias y, el segundo, a los vecinos en particular y de los ciudadanos en general. Mientras que por su parte la empresa, como sabemos, es el espacio de las clases sociales *stricto sensu* y de sus cruciales conflictos para el sistema, ámbito donde por otro lado ni la propiedad ni las decisiones son ni pueden pretender ser comunes. Esta separación entre el dominio de la producción y la reproducción tanto de la fuerza de trabajo como de la "civilidad" es la que sostiene en la sociedad capitalista más típica a la calle (y consecuentemente al barrio) como "comunidad"; espacio que en principio se espera que se mantenga ajeno a los conflictos de clase y de allí la condena "democrática" a las concepciones políticas abiertamente clasistas. Sin embargo la expresión espacial de esta dicotomía va desapareciendo de a poco, al menos en la periferia del mundo, con la concentración monopólica del capital, y la calle deja de ser el espacio de convivencia de "ciudadanos abstractos" en la construcción de la *polis* - o también, causa no menor de ciertos conflictos, de circulación de mercancías - para pasar a ser el terreno de individuos en búsqueda de su subsistencia.

Tal vez desde una cierta corrección académica se pueda juzgar el "economicismo" de este planteo, pero aún cuando insistamos en expulsar estruendosamente las determinaciones económicas por la puerta trasera del conocimiento de lo social, sospechamos que igualmente se reintroducirán sin muchas consideraciones por la ventana de nuestra espacialidad cotidiana. Vendedores ambulantes, mandaderos, paseadores de perros, volanteadores, lavadores mendicantes de parabrisas y vidrieras, "cartoneros", prostitutas, porteros, ladrones, traficantes de todo lo que está al margen de la legalidad burguesa o en el corazón de sus propias instituciones policiales, van haciendo de la calle un espacio de habitación y al mismo tiempo de sustento económico que mezcla de ese modo lo que hasta ahora estaba, por lo menos, mucho más separado. Que la emergencia de esta espacialidad urbana pueda resultar en su

bullicioso colorido tercermundista sorprendentemente productiva a un observador extranjero, o plena de distinciones semiológicas a un refinado intelectual, no debiera hacernos olvidar que sobre todo preocupa a los administradores del capital, asusta al pequeño burgués - siempre buen ciudadano y mejor vecino - y desconcierta, por las nuevas expresiones políticas que genera abajo de la pirámide social, al personal del estado; y sus consecuencias en ese plano, bien se sabe, pueden ser enormes.

Por lo tanto el sentido de estos emergentes que hacen a esa abigarrada vida en la calle, puede entenderse mejor buscando - para emplear una expresión clásica del pensamiento sociológico realista - su "hecho social antecedente"; y éste sería el nivel de análisis en el cual el hábitat aparece más indirectamente, pero no menos estratégicamente, vinculado al espacio económico capitalista. O sea que hay que asomarse sobre la casa misma, sobre la vivienda hasta cierto punto separada de la calle por ser el lugar de la familia, la retaguardia de reproducción de la fuerza de trabajo y el espacio donde el trabajador cree, claro que erróneamente, estar sólo en su vida privada y ser único responsable de su conducta. Por eso nuestro acento caerá sobre el hábitat concebido como ámbito esencialmente residencial, de cuya transformación, acorde a la de las estructuras productivas, será posible derivar las nuevas formas de sociabilidad urbana.

De tal manera, y si definimos al sistema de integración territorial de una ciudad como al conjunto de agentes funcionalmente interrelacionados que concretan mediante sus procesos específicos de reproducción social la producción del tejido urbano, podemos observar que la mayor parte, si no la totalidad, del que se desarrollara durante el proceso de sustitución de importaciones se apoyó, para el caso puntual del hábitat, indirectamente en las necesidades de desarrollo de la estructura productiva y directamente en el salario debidamente combinado, vía autoconstrucción, con una porción de plustrabajo por fuera de las relaciones capitalistas de producción. Éste es el fondo explicativo (y si se quiere "funcional", para seguir en clave durkheimiana) de ese hecho social antecedente que debemos analizar.

Para el primero de esos factores, o sea el desarrollo del tejido productivo, la aserción se basa en que - y esto se hizo más cierto a partir de la década de los 50 - la inversión pública se fue canalizando cada vez más hacia la infraestructura de servicios a las industrias, cuando no directamente hacia su mis-

ma instalación. O, lo que es lo mismo, cada vez menos hacia el desarrollo de los servicios residenciales. En esas circunstancias, parte de estos últimos se propagaba sólo como derivación de los primeros: el asfalto de un camino, un tendido eléctrico de media tensión que facilitara la posterior distribución de energía, el drenaje pluvial o la red de gas de algunas áreas residenciales esencialmente suburbanas, se realizaban porque eran equipamientos necesarios a la localización de alguna planta industrial o de alguna infraestructura de distribución. En ese sentido, podemos decir que la producción del "espacio del capital" era en nuestro caso transparente, sin mediaciones ideológicas referidas al "derecho a la ciudad" como lugar "lúdico", de "fiesta" y "convivialidad" o a la "calidad de vida" del "habitante", contrariamente a lo que ocurriera con el urbanismo europeo desde finales de los 60 alimentado de un discurso legitimante de izquierda, en el fondo más preocupado por sostener la cohesión social que por conducir la revuelta contra la alienación capitalista<sup>21</sup>. Algo aparentemente in-

<sup>21</sup> Por lo cual tampoco es difícil de comprender que, cruzando el océano, ese discurso sociológico sea más tarde retomado en una geografía de "terceros espacios" y; ya expurgado de su mención central a la "clase obrera", se transforme en una crítica a la dominación cultural de las más diversas condiciones sociales: de raza, de credo, de nacionalidad, de género, de edad, de orientación sexual, y siguen las firmas "comuniaristas"... diluyendo de ese modo a la dominación que se refiere a la explotación de clase, condición "congénita" del propio capitalismo. Aunque también es cierto que para la misma época e incluso tal vez ya un poco antes, ese discurso europeo (más estrictamente francés) había perdido sus originales entonaciones clasistas (y de hecho esto es aún más evidente en Francia que, por ejemplo, en Gran Bretaña). Algo que seguramente tiene su explicación en un hecho estructural innegable: según Paul Claval "para un individuo de Europa Occidental [y es de suponer que en alguna medida esto sea válido también para Norteamérica] que vive hasta los ochenta años, el trabajo no representa más que el 12 % de la vida [y cabe preguntarse si en este cálculo se habrá descontado a la diversión, a la familia, a los amigos, etc. Por lo tanto los intereses están ampliamente concentrados en el consumo y la vida cultural]" (Claval, 1991:61). Otro ejemplo de cómo los procesos de pequeña escala, alcanzada cierta generalidad, impactan significativamente en la gran escala, que es en definitiva donde originalmente se gestaron. Y es así como llega Le Pen a la segunda vuelta de la última elección presidencial, habiéndose ido todos a pescar el fin de semana.

necesario entre nosotros, dada la escasa incidencia de una conciencia clasista entre los trabajadores y el abundante uso que por otro lado puede hacer nuestra clase dominante de procedimientos más drásticos de control social. Lo que permite de paso suponer también que ese mecanismo, de efecto indirecto y residual de las necesidades de infraestructura del sector productivo sobre el tejido residencial, debe asimismo haber concurrido a dar sustento a una representación social que respaldaba, desde una concepción acorde al patrón que tomaba el proceso de modernización, las exigencias del capital sin que importasen demasiado sus impactos sobre la salud de las barriadas obreras y el medio ambiente en general.

Para el segundo de los factores mencionados - la expansión del salario - que fue el que jugó el rol más importante en la cuestión, su resultado fue el desarrollo generalizado de procesos de autourbanización: financiamiento directo de los habitantes por medio de figuras jurídicas que acuden a la obligación del "frentista" a adherir al costeo de las mejoras públicas, promoción de obras y servicios públicos desde las "sociedades de fomento", realización al interior del predio particular o de su área inmediata de obras normalmente colectivas (drenaje de aguas negras, extracción de agua potable (?), construcción de veredas, incineración de residuos, arbolado urbano y, en ocasiones, hasta alumbrado público). Tareas todas estas que se financiaban directamente - o las primeras en concurrencia, sólo a veces, con los fondos oficiales - con los aportes particulares de los habitantes, que mayoritariamente provenían del salario directo, ya que dentro de una situación de relativo pleno empleo alrededor del 70% de la PEA era asalariada. El resultado no dejaba sin embargo de ser insatisfactorio en tanto que, si bien se aseguraba un mínimo de urbanización hasta cierto punto ordenada, su calidad era por demás precaria. Hacia la década de 1980 en América Latina y el Caribe sólo Paraguay, Honduras, República Dominicana y Haití habrían tenido una tasa de conexión a la red de agua corriente para la población urbana inferior a la Argentina, lo que es muy elocuente del histórico abandono de la inversión pública en el desarrollo del tejido residencial (Asociación Interamericana de Ingeniería Sanitaria y Ambiental, 1986). Lo mismo y de manera aún más firmante puede decirse para la construcción de las viviendas, donde el Estado siempre tuvo una participación muy minoritaria, sobre todo en las ciudades del Frente

Urbano Industrial<sup>22</sup>. Semejantes mecanismos de construcción del hábitat no podían producir más que una estructura urbana fuertemente fragmentada con notables contrastes entre las áreas que la conformaban, repitiendo en esto el habitual paisaje latinoamericano.

A medida que, por otro lado, el modelo de acumulación desarrollaba una creciente segmentación de los mercados de trabajo y que simultáneamente la inversión estatal orientada hacia las empresas no recuperaba los fondos invertidos (tanto en el caso de las privadas "vaciadas" como en el de las públicas subvencionadas), la segregación residencial se acentuaba perfilando vertiginosamente un clásico modelo ecológico en "dos ciudades" con fuerte oposición entre centro y periferia de la aglomeración. Estas transformaciones son patentes comparando los datos censales de 1960 con los de 1980, y muestran cómo ya entonces los cambios en la estratificación social que se daban por el pasaje del modelo de sustitución "fácil" al "difícil" repercutían de manera relativamente inmediata en la conformación del territorio captado a la escala del distrito departamental (Piccinini, 1988). Y es importante en este plano destacar, para remover cualquier impresión sobre la supuesta alta capacidad de inclusión social de la Argentina pasada, que en los procesos que tuvieron lugar durante la segunda fase del modelo de sustitución de importaciones, se estaba de esa

<sup>22</sup> La autoconstrucción fue efectivamente el mecanismo ampliamente dominante en la edificación de viviendas, aún si su modalidad difería en muchos aspectos a lo observado entre los países más pobres de América Latina: por lo general - salvo en el caso de las villas miseria y en algunas otras situaciones puntuales - existían títulos regulares o regularizables de propiedad del suelo, se seguía un trazado de vías públicas normalizado y oficial, los materiales eran de origen industrial y se hacía un cierto uso de mano de obra especializada. Se obtenía así un producto de factura fundamentalmente artesanal que, aún siendo de muy mediocre calidad, entraba sin embargo dentro del estándar culturalmente considerado como satisfactorio. Todo lo cual no puede de cualquier manera esconder la expansión que durante la segunda mitad del proceso de industrialización conoció la precariedad habitacional: En particular con la extraordinaria difusión de las villas miseria, hábitat sobre todo destinado a los inmigrantes internos y limitrofos menos regularmente integrados al mercado laboral. El irresistible crecimiento de esta precariedad laboral fue empujando inexorablemente la del hábitat cuya consolidación dentro de aquellos estándares considerados normales no logró finalmente concretarse a pesar de los esfuerzos que empezaron a realizarse en ese sentido desde algunas ONG e incluso, en algunos casos y siempre tímidamente, desde los organismos públicos competentes.

forma echando las bases para la tendencia posterior hacia una creciente desintegración social. De hecho, si bien el lapso entre los censos económicos de 1964 y 1974 fue el de un constante crecimiento del producto bruto, al mismo tiempo fue también el de una fuerte regresión en la distribución del ingreso. A lo largo de las décadas del 50 y el 60 el PBI se duplicó pero la participación de los salarios habría pasado del 50,5 % en 1951 (Basualdo, E. 2004: 8) al 35 % en 1969 (Gastiazoro 1973: 140), aún si luego, a comienzos de los 70, hubo una leve mejora que finalmente se derrumbaría estrepitosamente desde mediados de ese decenio. De la misma manera la tasa de incremento del empleo asalariado fue inferior al crecimiento de la población en edad de trabajar y si la desocupación no se expresó durante el periodo de manera aún más aguda - aunque según las Encuestas de Empleo y Desempleo que por entonces realizaba el INDEC en el Gran Buenos Aires, la misma oscilaba entre los no despreciables, para un país sin seguro por desempleo tal como lo hace notar José Nun, 4 a 7 % de la PEA (Nun, 1989: 88) - sólo fue porque la oferta de mano de obra se retrajo después de haber encontrado refugio en un rápidamente saturado empleo público o en un explosivo cuentapropismo de limitada productividad. Conviene recordar al respecto que el periodo intercensal 1960-1970 es el de mayor crecimiento de dicha categoría ocupacional pasando de 11,9 a 16,2 %. Una magnitud de incremento relativo tal que no se registrará ni siquiera en censos posteriores y que si bien no se vincula tan abiertamente como sucederá más tarde a actividades de casi nula productividad, expresa de todos modos las limitaciones del modelo para asegurar un desarrollo auténticamente capitalista. Todo lo cual impactó por supuesto en la vida cotidiana de la población, lo que se reflejó en el incremento de la urbanización subintegrada de villas miseria pero también de vastos barrios infraservidos con viviendas autoconstruidas, cuyo régimen en propiedad (resultado de la casi desaparición del mercado locativo y de la expansión de casas precarias) no puede ocultar, como pretendían los comentarios vertidos en la publicación del Censo de 1980, el deterioro general de las condiciones de vida. Algo que por otro lado se expresó también en el impactante estancamiento - e incluso ligera caída - de la esperanza de vida en el periodo que va de mediados de los 50 a mediados de los 70 (Muller, 1984). El evidente fracaso social del desarrollismo de aquel entonces debiera por lo tanto hacer revisar algunos discursos que añoran a veces la actuación en esa época de un, en realidad, inexistente Estado de Bienestar.

El salto siguiente desde el modelo de substitución difícil al de aperturismo y desregulación que se produce a partir de la segunda mitad de los 70, prolongándose hasta la actualidad, retiene lo fundamental de esa estructura espacial dual de la aglomeración metropolitana, pero agrega rápidamente rasgos propios bastante difundidos que acentúan aún más la fragmentación social del territorio. Rasgos que al mismo tiempo comprometen, por la quiebra del sistema productivo y la contracción de los montos y de la difusión del salario, los mecanismos conocidos y probados de autourbanización y autoconstrucción.

La ciudad, que hasta ese momento, se sostenía al interior de una región estructurada en torno a una integración industrial limitada pero eficaz, dejó de situarse en ese marco y, desde las mutaciones que se registran en diferentes lugares de su territorio, se observa la acción de nuevas fuerzas sociales morfogénicas que van rápidamente modificando el paisaje sobre la huella progresivamente esfumada de la época industrial. Apareció entonces una normativa urbana detallada que, extrañamente para un régimen imperante de desregulación económica, vino a subsanar la casi ausencia de la misma (Código de Urbanismo de la Ciudad de Buenos Aires, Ley provincial 8.912 para el área suburbana bajo jurisdicción de la Provincia de Buenos Aires) y que coadyuva a una mayor distinción social de los diferentes sectores de la ciudad. De la misma manera se realizaron grandes obras de infraestructura (autopistas, Cinturón Ecológico) que separan y simultáneamente vinculan espacialidades sociales emergentes que se expresan en la difusión de verdaderos hábitats obsidionales, ya sea por el lado de la pobreza mediante nuevos asentamientos precarios, ya sea por el lado de la riqueza por vía de la difusión de barrios cerrados. El mismo sentido tomó la decadencia de antiguos espacios productivos transformados en baldíos industriales que, siendo objeto de disputa entre los pobres urbanos y el capital inmobiliario, se transfiguraron algunas veces en asentamientos precarios y otras en pseudo lofts de lujo o en grandes superficies comerciales generalmente en manos de capitales transnacionales que hasta entonces se habían mantenido ajenos a las redes de distribución de bienes de consumo. Son todos factores que cuando no expulsan del centro a los más pobres - que acuden a sus propios mecanismos de resistencia: ocupación de inmuebles vacíos y terrenos centrales - sobreimponen al modelo aureolar anterior un archipiélago de consumo ostentoso que convive en tensión con las áreas ocupadas por una población cada vez más pauperizada, producto ésto de una

desocupación estructural que es consecuencia de la quiebra del frágil modelo anterior y de su reemplazo por un capitalismo siempre más monopolístico y crecientemente orientado, cuando no a la especulación financiera, a la elaboración en gran escala de commodities exportables.

Igualmente las huellas relativamente recientes de vandalismo, tan evidentes en el paisaje porteño por sus manifestaciones directas (destrucción de mobiliario urbano, robo de piezas funcionales o artísticas hechas en materiales comercializables, etc.) o indirectas (monumentos enrejados, mucho cemento y canteros sobreelevados en los parques, tapas plásticas, vagones ferroviarios simplificados y robustecidos, etc.), no sólo están expresando una forma de "profanación ceremonial" - parafraseando de nuevo a Irving Goffmann - respecto a las reglas de integración comunitaria acorde a la contrastadísima estratificación social que se cristalizó en los últimos años, sino que además y en primer lugar reflejan la generalización del saqueo al patrimonio público. Rapiña que, si bien también se observa en otras escalas, promovió para su propio beneficio la burguesía local y que debiera, de ese modo, ser considerada tal vez como el verdadero agente responsable del desprecio por las llamadas "normas de urbanidad" que habitualmente ella carga sobre las espaldas de marginales e indigentes. "Inversión de la carga" que ilustraría, por ejemplo, la actual reforma al código contravencional porteño que, bajo la exhortación a la convivencia, pretende que los que fueron expulsados de las fábricas donde eran superexplotados en la "época dorada" de la industrialización, lo sean también de las calles en donde ahora se los transforma llanamente en delincuentes. Un proceder político previsible si se lo interpreta como el resultado del reducido margen de maniobra de una burguesía periférica que no puede dejar de echar leña a la hoguera de la inseguridad, para luego tener indefectiblemente que acudir a un sistema policial - cada vez por cierto más difícil de controlar - que sofoque ese fuego con el que marcó el paisaje urbano.

Es así que todos los lugares de la aglomeración susceptibles de aparecer en la escala menor de nuestra panorámica por el espacio urbano llevan hoy la impronta fresca, por su inmediata temporalidad de pocos lustros, de este modelo que modifica el paisaje con el surgimiento de grandes supermercados y de vendedores ambulantes instalados en sus veredas; con la aparición de un "relieve colinéano" de basuras enterradas en algunos sectores del suburbio atravesados por veloces autopistas o por trenes especiales - "rigurosamente vigila-

dos" - que a veces aseguran, con aire acondicionado y butacas mullidas, las migraciones pendulares de los suburbios acomodados y otros transportan, con ventanillas enrejadas, a desocupados con sus cargas de residuos comercializables: con la proliferación de *country clubs* o garitas de vigilancia privada, aun incluso al interior de los jardines particulares, mientras a pocos metros someras casillas construidas con desechos invaden súbitamente los intersticios de la ciudad en parques, puentes y taludes ferroviarios.

La mirada en la escala menor pone finalmente en evidencia que la mixidad territorial de manifestaciones de riqueza y de pobreza confirma una vez más que la proximidad topográfica urbana es compatible con la distancia topológica social. Aun si de todos modos conviene no olvidar las relaciones funcionales que seguramente también se entretienen por el efecto de vecindad entre pobres y ricos. Así a mediados de los 90 un intendente de Moreno - uno de los municipios suburbanos más pobres del Gran Buenos Aires - ponía el eje del desarrollo local en los barrios cerrados: "Diez mil emprendimientos de vivienda para gente de buen nivel adquisitivo, que primero generen trabajo alrededor de la construcción y una vez establecidos generen servicios" (entrevista al intendente Mariano West, *Página 12*, 23/11/97). La idea no era por cierto muy original ya que tomaba como referente implícito el "exitoso" modelo de desarrollo local de la municipalidad de Pilar que seguramente provee más empleo en su profusa red de *countries* que en su publicitado parque industrial. Dualidades que no dejarán de originar por supuesto nuevas vivencias cotidianas, porque ellas también crean una espacialidad concreta - más difícilmente cartografiable pero no imposible de hacerlo si se desea - que insinúa las formas de un futuro próximo para los lugares de una ciudad que, según nos advertía la escala anterior, es susceptible de conocer una reactivación de inmigraciones internas desesperadas.

No cabe duda que la perspectiva fenomenológica podría muy bien narrar la violencia y las crueles "pregnancias" del "habitar" cotidiano de un capitalismo triunfante, que si bien repite con diferentes imágenes formas parecidas de urbanidad en todo el mundo, en los países periféricos como el nuestro lo hace con una aún más acentuada brutalidad. Hogares, lugares cotidianos y *habitares* que serán seguramente espacios vividos con una poesía feroz que Bachelard no hubiera podido por supuesto imaginar. Una poética sin duda con más rejas en las ventanas pequeñoburguesas y cruces funerarias pintadas en

las esquinas de los barrios marginales que rayuelas infantiles en las veredas de la ciudad. Letanía de una elegía popular que, forzosamente es reconocerlo, ya empezó a resquebrajarse, con su alienada invocación a la represión, las promesas de dignidad del usualmente correcto discurso de los mandatarios del orden establecido.

### III

.....

#### EL SENTIDO DE LAS TRANSFORMACIONES Y DE LAS VINCULACIONES MULTIESCALARES EN EL ESPACIO URBANO ARGENTINO

El análisis empírico de toda la sección anterior permitió observar como espacios y procesos sociales se despliegan en los años recientes de la urbanización de la Argentina mostrando distintas transformaciones (económicas, sociales y demográficas) en ciclos diferenciados según la escala adoptada, pero que obviamente concurren, cada una con su propia temporalidad, a tejer la trama del territorio como totalidad presente. Esto nos debería ahora permitir recoger algunas conclusiones, tanto teóricas respecto de la capacidad del análisis multiescalar para dar cuenta de ciertos aspectos particulares de la relación espacio-tiempo en geografía, como fácticas relativas a la dinámica del espacio urbano argentino y a algunas de las disyuntivas políticas con las que actualmente se enfrenta. Sobre estos dos aspectos nos volcaremos en lo inmediato esperando poder vincular así los anteriores momentos teórico-metodológico y empírico en una reflexión útil al conocimiento práctico.

### III.1. Continuando con la relación escala-duración...

La primera constatación de índole general que podemos hacer luego de nuestro anterior paneo de escalas es que a mayor escala más largo es efectivamente el tiempo que requiere una transformación para cristalizarse en el espacio. O dicho de otro modo, que los procesos vinculados a objetos de mayor extensión espacial suelen (para enunciarlo en un tono más probabilista que justificaremos más adelante) progresar en tiempos más prolongados. En consecuencia las escalas menores dan por lo general cuenta más rápidamente de los cambios que ocurren y que pueden eventualmente colisionar con las estructuras observables en la escala mayor, posibilitando de esa manera un enfoque dialéctico no sólo entre escalas sino también entre espacio y tiempo. Es seguro que este postulado, que acabamos de constatar en la geografía urbana argentina, puede ser aceptablemente admitido para la mayoría de los análisis geográficos y erigirse por lo tanto en una banalidad o en una útil proposición general, según el uso que se haga de ella. Pero en todo caso lo que interesa ahora es tomar nota de que las secuencias temporales conocen cadencias que en principio el análisis geográfico puede enmarcar en una serie de escalas espaciales, lo que sin duda ofrece una perspectiva del tiempo que puede ir más allá de las épocas pasadas y proyectarse al futuro.

En suma, con el cambio de escala no sólo cambia, o se construye de otra manera, el fenómeno estudiado - ya que "es cada vez más evidente que la escala es un problema no sólo dimensional, sino también, y profundamente, fenomenal" (Elías de Castro op.cit. 130) - sino que simultáneamente se modifica la temporalidad correspondiente en un sentido que puede establecerse de antemano: la escala espacial es *por regla general* directamente proporcional a la escala temporal, o dicho de otra manera, la duración tiende a seguir a la extensión. En la medida en que adoptemos una concepción realista del conocimiento, podemos afirmar que esto no es ajeno a la naturaleza misma de lo territorial, lo que en definitiva se vincula con los viejos problemas relacionados a los fenómenos de difusión espacial y también, por supuesto, a las nuevas cuestiones referidas a la contracción del tiempo-espacio que le están directamente emparentadas. Pero, independientemente de estas discusiones, lo que a nosotros nos importa ahora es advertir esa diferencialidad de ritmos que las escalas espaciales hacen legible más allá de que se registre simultáneamente

en la unidad material del tiempo y del espacio. A partir de esa diferencialidad se compone justamente la síncopa geográfica que interesa desentrañar para poder adelantar el tiempo de los acontecimientos que pueden afectar al espacio futuro. Y el recurso a la escala y sus variaciones es precisamente el principal medio de que dispone el geógrafo para lograr ese objetivo. "La multiplicación y la frecuencia de los plazos de adaptación entre las estructuras espaciales y las estructuras funcionales (es lo que) permite descubrir, para un mismo territorio, periodos intermediarios entre dos sistemas espaciales" (Elissalde, 2000:233). Multiplicación y frecuencia obviamente tanto de adaptaciones como de rupturas, pero sobre todo engranaje entre tiempo y espacio en la conexión de diferentes escalas. Mecanismo que si, tal como se afirma, permite descubrir las fases intermedias en el pasado, también debe ayudar a reconocer las fases de transición en el presente. Estamos entonces ante unos de esos procedimientos que no por clásicos son menos útiles para captar los factores de complejidad que debe retener la investigación geográfica. Probablemente el recurso metodológico no presente mayores ambigüedades ni obstáculos a las investigaciones de la geografía física, y en particular a la geomorfología, que pueden prever con un grado aceptable de certidumbre los procesos futuros más inmediatos, pero en cambio es un punto que merece una más cuidadosa reflexión en la geografía social, dada la mayor contingencia de sus fenómenos, para mejor delimitar la perspectiva en la que deben enmarcarse los mecanismos socioterritoriales que estudia y cuyos efectos pretende adelantar.

Pero antes de volver sobre esta cuestión de las diferencialidades de ritmos que ocurren - y por lo tanto inciden - simultáneamente en el territorio, queremos detenernos un momento en la proposición general previa que llevó a sostener que el estudio de los detalles nos indicaría la dirección del conjunto. Es decir que a partir del análisis de lo que sucede en las escalas menores podría explicarse y en cierta manera adelantarse lo que ocurrirá en las escalas mayores. Con lo cual el análisis explicativo iría, para expresarlo sencillamente, de lo "micro" a lo "macro" y con esto se encontraría respuesta a la interrogación que habíamos dejado abierta en el primer capítulo sobre el orden de las determinaciones. Desgraciadamente las cosas no parecen ser tan sencillas. Más allá de que el recurso al análisis de la gran escala permite detectar con cierta rapidez los puntos mayores de inflexión en la evolución de las configuraciones espaciales, develando así los lugares donde hacer recaer el análisis a

menor escala - lo que de últimas es sólo una cuestión de método para evitar los elementos azarosos o simplemente efímeros que proliferan en la escala menor - lo cierto es que las escalas mayores plantean condiciones de desarrollo a las menores. Y de hecho eso fue lo que oportunamente justificó el orden de exposición de nuestra segunda parte. La más consistente adherencia espacial de las escalas mayores a los procesos pasados expresa indudablemente la presencia de ciertas "externalidades" para las escalas menores que se manifiestan como inercias que condicionan los fenómenos que se despliegan en el interior de los espacios más reducidos. Se revela entonces la capacidad de las escalas mayores para dar cuenta de las condiciones, ya que no estrictamente hablando de una legalidad, que se imponen a los procesos observados en las escalas menores.

Desde luego cabe también pensar que en realidad lo que hacemos al proceder así es recurrir a las escalas mayores para interpretar las menores ya que aquéllas, por su temporalidad más prolongada, tienen un comportamiento mejor conocido y éstas son en cambio más lábiles y por lo tanto la determinación de sus causas es más variable y sobre todo más compleja. O sea que en realidad el argumento a favor de la preeminencia de la escala mayor no saldría del plano de lo estrictamente metodológico y aun más, hablando en esos términos, se podría incluso llegar a reprochar que de esa manera se evita estudiar la complejidad y eventual autonomía de los fenómenos locales empobreciendo así nuestra capacidad de conocimiento. Todo lo cual desemboca en la vieja cuestión, ya más arriba también mencionada, de la tensión irresuelta entre holismo e individualismo metodológicos. Nada nuevo por cierto, sin embargo la consideración del problema de los vínculos existentes entre escala y duración deja al descubierto algunas particularidades a este respecto que si no escapan a esa discusión más general, plantean de todos modos algunos de los términos en que puede ser problematizada la indagación sobre la relación espacio-tiempo. Veamos esto con un poco más de detalle.

Acabamos de afirmar que, como regla general, podemos sostener con bastante seguridad que la escala espacial es directamente proporcional a la duración, por lo cual a escalas mayores corresponden, para decirlo rápido, duraciones mayores y a la inversa. No obstante esta primera constatación no puede descartar la posibilidad de que se den procesos de corta duración que modifiquen substancialmente las escalas mayores. Esto ha sido ampliamente

reconocido dentro de la geografía física (con, por ejemplo, la noción de umbral o, desde otra perspectiva originada en la teoría matemática, el rol de las catástrofes tanto en lo geomorfológico como en lo biogeográfico) y es sin duda fácilmente constatable en la geografía social. En este último dominio esto parece ser bastante frecuente por ejemplo a nivel de las estructuras políticas; la geopolítica mundial y la europea en particular de finales del siglo XX son por demás elocuentes al haber introducido súbitas rupturas nacionales que reformaron radicalmente organizaciones territoriales de bloques y reorientaron la dirección de diversas áreas de influencia y flujos de intercambio dando lugar a una dinámica que está modificando notablemente las relaciones de poder en el conjunto del planeta.

Por supuesto que el umbral de transformación de la gran escala no es tan sólo - aunque también lo es - el resultado de la acumulación de cambios en la pequeña escala, sino en primer lugar el producto de la acumulación de condiciones de cambio en los aspectos propiamente constitutivos de lo territorial que trascienden ampliamente lo puramente espacial; acláremoslo por las dudas para evitar la reificación tanto de la escala en particular, como del espacio en general. Con todo, si el espacio *per se* no contiene las determinaciones de las estructuras territoriales que la geografía estudia - razón por la cual el interés del geógrafo está tan lejos del interés del geómetra - la escala introduce una necesaria mediación entre el fenómeno y su constitución como problema propio del conocimiento geográfico. De allí la indispensable atención que merecen en sí mismos los aspectos espaciales de los fenómenos de cualquier índole, lo que desde luego no significa - por un supuesto interés de justificar la autonomía de la geografía como disciplina - que no haya correspondencias entre las rupturas de las corrientes históricas o de los objetos naturales y las cesuras en la organización del espacio, en la medida en que ambas expresiones son tributarias de las determinaciones sustantivas de lo social o lo natural, según se trate. Por lo tanto, todo lo sostenido anteriormente apuntó justamente a alcanzar una aprehensión necesariamente simultánea del tiempo y el espacio, cuyas transformaciones y sus causas sustantivas se alojan en una misma esfera: en nuestro caso, la sociedad. Lo que, por supuesto, nada quita a la geografía ya que como es evidente, la organización espacial de una sociedad siempre se explicó, naturalismos aparte, por la organización social de su espacio. Consecuentemente la resolución temporal de esa organización depende directamente de su

propio entramado social y de la dialéctica que la anima. Algo que si bien siempre está presente en un territorio cualquiera sea su extensión - incluso en el de las relaciones interpersonales que estudia la proxémica - se hace, según nos parece y para concluir así con la cuestión de la prioridad de escalas que veníamos tratando, mucho más inmediatamente patente cuanto más extenso es el espacio con el cual se trabaja. Claro que, aceptado este principio, al mismo tiempo que se gana en generalidad también se van perdiendo de vista aquellos procesos menores que pueden sin embargo resultarnos significativos por las potenciales consecuencias más amplias que albergan en su seno. De modo que estamos ante una disyuntiva metodológica que sólo puede resolverse puntualmente en cada caso en particular y ante cada cuestión específica, haciendo que cuente más la solidez de la justificación adelantada que cualquier prescripción general.

Ahora bien, más allá de la menor o mayor dificultad que presente el manejo de una determinada representación del espacio para desentrañar los desarrollos y contradicciones de la organización del territorio - algo que en definitiva es una cuestión de pertinencia en la elección de la escala - lo cierto es que, repetida fórmula, su lectura no se escande siempre con la métrica de una sola escala. Y de allí la posibilidad de encontrar, como viéramos en el caso de la geografía urbana argentina, que los tiempos de los procesos económicos de un territorio no son, por ejemplo, exactamente iguales a los de los procesos demográficos (ya que con esas dimensiones hemos trabajado). A partir de esto podría pensarse que tal vez sea posible establecer con cierta generalidad relaciones de tiempo, y luego de escala, para diferentes dimensiones de lo social, pero nos parece que hay por lo menos tres cuestiones que también impiden aquí una generalización estricta. Primero, la autonomía de las distintas estructuras de la realidad (si se nos permite expresarnos en este lenguaje) que pueden modificar en cada caso la relevancia de los criterios de análisis retenidos para una misma y determinada escala en función del carácter contingente de, al menos, muchos de los fenómenos geográficos. Segundo, lo que es propio al objeto: muy probablemente no tengan la misma flexibilidad, al menos bajo el capitalismo, los procesos que se desenvuelven en el espacio urbano que los que se dan en el espacio rural, donde la difusión de los cambios, aún si es cada vez más acelerada, pareciera darse a otro ritmo. Y por fin, en tercer lugar y en directa relación con el primer punto, encontramos la famosa singularidad de la

localización geográfica que aportará siempre modulaciones específicas a cualquier generalización, singularidad que al limitarla por cierto tampoco la invalida; pero ya se sabe que si la geografía tiene en buena medida sentido de ser, es justamente por esta última cuestión, algo que aunque sea difícilmente admisible para una visión demasiado positivista no es menos cierto ni menos necesario para el conocimiento científico.

Lo dicho, sin desautorizar en consecuencia el recurso a los modelos y a las generalizaciones que los sustentan, invita no obstante a buscar las claves de interpretación de los fenómenos socioespaciales tanto en las situaciones específicas como en la combinación contingente de las explicaciones abarcadoras que las puedan contener, siempre con la cautela de quien debe enfrentarse a un entramado complejo de procesos interrelacionados y al mismo tiempo relativamente autónomos. La interpretación de los objetos observados en las diferentes escalas de la urbanización reciente de la Argentina, necesita de un recaudo semejante si pretende acercar una inferencia aceptable sobre las tendencias susceptibles de desarrollarse en el futuro, bosquejándolas tanto a partir de las dinámicas estructurales identificadas como también de los acontecimientos particulares.

Esta perspectiva geográfica es la que retendremos para cruzar lo particular de la urbanización argentina, y por lo tanto de su irreplicable historia, con lo analíticamente propio de cada escala espacial, mostrando las múltiples temporalidades que se entretajan en su plexo social. Operación que eventualmente posibilitaría detectar al menos parte de la complejidad de los fenómenos involucrados a partir de las dinámicas relativamente autónomas de las manifestaciones observadas a diferentes escalas, otorgando a su vez un marco propio para formular algunas hipótesis sobre evoluciones posibles. Esto puede hacerse, según nos parece, teniendo en cuenta los tres rasgos señalados en cuanto al vínculo entre tiempo y espacio que se propusieron oportunamente para el análisis multiescalar: a) que las escalas mayores dan cuenta de procesos más largos; b) que un evento - fenómeno excepcional y de corta duración - puede, funcionando como una disrupción percibida en la escala mayor, modificar la proposición anterior; c) que si bien los fenómenos detectados en las escalas menores prefiguran las tendencias futuras de las escalas mayores, estas últimas imponen condiciones de desarrollo a las primeras (aún incluso en las expresiones excepcionales).

Refiriéndonos al primero de estos rasgos, y a la constatación que hemos hecho de la persistencia en las escalas mayores de factores cuyos orígenes están en fases históricas ya terminadas - sobre lo cual ya hemos tenido oportunidad de explayarnos anteriormente -, cabría agregar una precisión suplementaria que recogeremos inmediatamente después por estar en relación con el segundo de los puntos enunciados y sobre el cual volveremos para su consideración en clave política. En virtud de una búsqueda de particularidad explicativa para cada escala (proposición coherente con aquello de que el cambio de la escala no sólo cambiaría el tamaño observado sino también el fenómeno que se observa), podría efectivamente hacerse la pregunta siguiente: hasta dónde cada escala retenida no estará revelando distintas instancias de determinación que, sin ser exclusivas, pueden ser adoptadas en cada caso como las de mayor capacidad explicativa y proveer así una guía sobre la lectura que debe hacerse en el encastramiento de escalas según el problema estudiado. En rigor creemos que un análisis multiescalar como el que hemos esbozado no autoriza en realidad a generalizar nada en ese sentido. A lo sumo nos muestra que para una proyección prospectiva de el espacio urbano argentino el análisis demográfico resulta más pertinente en la escala mayor, el económico en la mesoescala y el más estrictamente sociológico en la menor, sin embargo no podríamos afirmar que esas correspondencias, que en este caso resultaron apropiadas, sean siempre las más pertinentes. El análisis sólo nos sirvió, en todo caso, para confirmar que en general determinaciones de distinta índole expresan temporalidades diferentes a cada escala, y nos hizo percibir que, al menos en nuestro caso específico, en las escalas mayores las determinaciones económicas tuvieron una menor inercia que las evoluciones que se dieron en los comportamientos migratorios y mayor que las que se operaron en las instancias estrictamente sociológicas. Pero no se podría deducir de esto comportamientos generalizables, ya que en realidad estamos ante una de esas cuestiones que se vinculan con las condiciones particulares de cualquier investigación fáctica que no puede, tanto en geografía como en cualquier otra disciplina social, ser respondida en abstracto. "La cuestión de saber en que campo de validez la explicación puede situarse en función de la escala de observación elegida no tiene quizás más que una solución práctica" (Lepetit, 1996:92).

Esta conclusión nos interesa para vincular ahora el análisis de los procesos sociales a diferentes escalas con la evolución política y la gobernabilidad

democrática que aquéllos suponen (ya que a esto nos interesa finalmente llegar), sin tampoco pretender generalizar pero sin por ello dejar de observar posibles regularidades. A partir de esto, y reflexionando sobre las dinámicas políticas del período en las diferentes escalas trabajadas, también podría uno preguntarse, a la inversa de la pregunta anterior, si no existen para los procesos políticos escalas determinantes. Y la respuesta, una vez más, sólo parece tener una "solución práctica", ya que así como no habría una materia específica de determinación de los procesos observables en cada escala, tampoco se podría plantear a la inversa una escala *a priori* determinante para un nivel sustantivo de análisis. Así, para nuestro caso, puede observarse que en la mayor de ellas, las entidades provinciales y sus formaciones partidarias hegemónicas tuvieron una notable permanencia y esto nos hace pensar que la sucesión de regímenes dictatoriales y democráticos no fue tan importante como para afectar la estructura nacional, debiendo por lo tanto buscarse los procesos políticos más susceptibles de producir impactos territoriales en otras escalas menores, tal como lo sugieren algunas de las indicaciones que hemos realizado a nivel de las aglomeraciones (cf. el singular comportamiento migratorio de Rosario desde los años 80). Sin embargo no puede desecharse tampoco la idea - y volvemos así a la segunda de las tres proposiciones antes enunciadas - de que un evento mayor llegue eventualmente a trastornar radicalmente la geografía política del país, no sólo porque toda prospectiva tiene siempre una especial preocupación por pensar las discontinuidades, sino porque efectivamente estas rupturas no son tan raras. La historia abunda en ejemplos en este sentido, piénsese en las transformaciones a finales del siglo XX del mapa político de la República de África del Sur. Ejemplo tanto más interesante que muestra cómo los efectos de tales cambios súbitos pueden llegar a ser más radicales en la mayor que en la menor de las escalas ya que mientras en ese país configuraciones estaduales y dominaciones de partidos se transformaron radicalmente, perdura la geografía de la segregación urbana a pesar de la abolición formal del *apartheid*. La consideración de un evento de estas características se orienta hacia la detección de umbrales críticos en fenómenos que a menudo se desarrollan en otras escalas espaciales (vg. la segregación residencial) pero que, por paradojas de la misma complejidad de la cuestión, pueden sin embargo no verse ellas mismas tan decisivamente afectadas en un primer momento, como lo mostraría justamente el ejemplo que acabamos de dar. En definitiva, los procesos socia-

les percibidos a diferentes escalas hacen interactuar a éstas dialécticamente porque, sin ser absolutamente independientes unas de otras, desarrollan autónomamente dinámicas que le son propias y a veces exclusivas.

Por fin, para terminar con estas reflexiones sobre lo político con respecto al tercero de los puntos anunciados sobre el análisis multiescalar y la relación tiempo-espacio, agreguemos que los procesos determinantes pueden ser también externos y por lo tanto analizables en escalas aún mayores a la nacional. Para nuestro caso - en el cual no hemos incursionado más allá de esta última - los procesos en las escalas menores del espacio urbano si bien no parecieran en sí mismos ser suficientes como para desatar en lo inmediato una ruptura política que afecte al sistema ni a la situación geopolítica del país en su conjunto, dan lugar a un cúmulo de hechos que son sin embargo factores potenciales en ese sentido. El ejemplo sudafricano al que recién hemos recurrido, si bien está lejos de la experiencia argentina, no es por supuesto casual. Sin embargo no es fácil establecer hipótesis demasiado sólidas en este terreno y probablemente sería más fructífero prestar atención entonces a evoluciones políticas que se están dando en escalas superiores a la nacional y que podrían concurrir al refortalecimiento de la concentración en el área metropolitana, apuntalando así el curso posible de los procesos que tienen su origen en las escalas inferiores pero a su vez imponiendo condiciones para su desarrollo. Esta es la "externalidad" - en virtud de la recién señalada dinámica autónoma de las escalas - que bien podrían imponer las escalas mayores y que significaría una reducción del margen de autonomía de las políticas nacionales que apunten a modificar una eventual tendencia a la reconcentración metropolitana. Los matices que tome ese eventual proceso de reconcentración demográfica, producto en última instancia de la liquidación de un desarrollo centrado en el mercado interno y de un eventual redespigüe a los mercados internacionales, dependerán también en una medida no despreciable de cuáles sean los espacios externos hacia los que se oriente el nuevo patrón de desarrollo; algo que como ya vimos a la larga modela decisivamente, si bien no exclusivamente, la organización del sistema urbano de un país dependiente. Si ese espacio es el mundo (o el ALCA), la profundización de la reprimarización ya en curso parece una tendencia más segura que si es, por ejemplo, el Mercosur o cualquier otro espacio económico latinoamericano o periférico. Y por lo tanto las consecuencias urbanas serían necesariamente diferentes, aún si continuando dentro

del mismo marco sistémico y de las pautas más generales de exclusión que le son propias. Una orientación menos industrialista es más susceptible - dado el irresistible afianzamiento de una agricultura muy poco demandante de mano de obra - de alimentar la tendencia a la reconcentración de la población urbana, aun si por supuesto no es ésta la única condición decisiva. En buena medida entonces, pero sólo en cierta medida, el destino inmediato del sistema nacional de ciudades se juega también en las relaciones económicas internacionales y en el alineamiento por el cual opte la Argentina, tanto más que el Frente Urbano Industrial no parece poder conectar con facilidad a la exclusiva red de las grandes regiones urbanas mundiales<sup>23</sup>.

Pero esto ya nos trasladó a una escala que va más allá del territorio nacional, escala sin ninguna duda estratégica pero que por el momento cae fuera de nuestro análisis ya que nuestra intención ha sido aquí limitarnos al espacio argentino, al interior del cual se reparten otras cartas que inciden aún más directamente en la evolución del sistema urbano y cuyo juego es el que nos interesa ver en esta ocasión. Volviendo entonces a los límites geográficos que nos hemos dado, y sin ignorar que el sistema de relaciones que inciden en nuestra cuestión no se detiene en absoluto en las fronteras nacionales, las consideraciones desarrolladas a lo largo de las páginas anteriores permiten enun-

<sup>23</sup> Probablemente ningún otro geógrafo ha hecho más hincapié que Peter Taylor en la determinación de los procesos políticos territoriales por los ciclos de acumulación a escala mundial, afirmando que al fin de cuentas "Sólo hay un sistema: la economía-mundo" (1994:43). Esto le permite sostener la existencia de algunas relaciones sistemáticas entre tiempo (que, siempre siguiendo a Wallerstein, remite a los ciclos Kondratieff) y espacio (desplegado en tres escalas), con un orden de las determinaciones que va de lo global a lo local. Sin embargo no deja por ello de reconocer que "tenemos que prestar atención a las localidades para poder comprender todos los aspectos de la política estatal y mundial" (281). Los avatares políticos de la escala local estarían también rimados por los grandes ciclos mundiales, pero sus formas precisas y sus diversas consecuencias son atribuidas a los variables contextos sociales y a un finalmente reconocido margen de respuesta autónoma de las localidades: "A pesar de no tener autonomía formal, los aparatos de Estado local y regionales disponen, en realidad, de una maniobrabilidad que les convierte en instrumentos potencialmente poderosos" (304). De allí la necesidad de su control por parte del Estado nacional, ya que "la última razón de ser de la política en esta estructura es servir de filtro entre la economía-mundo y las comunidades locales" (41).

ciar algunas condiciones estructurales de índole territorial a partir de las cuales es posible esbozar un escenario para el horizonte inmediato de nuestra sociedad que hace tanto a su desarrollo urbano como a sus eventuales consecuencias y dilemas políticos.

### *III.2... para terminar explorando los territorios futuros.*

En el análisis multiescalar realizado, la escala del sistema urbano permitió apreciar una evolución demográfica general donde los ritmos de la desconcentración de la población, si bien están directamente vinculados a los grandes ciclos de la historia económica del país, responden en la distribución espacial con cierto retraso y muestran así su propia autonomía respecto de la dinámica económica. La escala regional, que retuvo nuestra atención en el Frente Urbano Industrial, comenzó sin embargo a reflejar las tendencias de un proceso de fragmentación espacial, social y productivo cuando aún en la escala anterior seguía vigente el patrón de comportamiento poblacional de ese modelo económico que había dado origen a la región y que ahora entra en un proceso de resquebrajamiento. Mientras tanto, la escala de las aglomeraciones de la misma región empezaba a dar indicios de dinámicas demográficas opuestas a las de la primera escala, dinámicas que quizás prefiguren lo que más tarde podría suceder en ésta. Por fin, la escala de los lugares de las principales aglomeraciones de la región y del país dió inmediata cuenta de los efectos socioespaciales del nuevo modelo que la perspectiva demográfica del sistema urbano aún no acusaba y presentó el marco social en el cual podría llegar a desarrollarse un proceso de reconcentración de la población urbana argentina. Algo que aparece como una posibilidad verosímil vista la lentificación de la desconcentración durante el último período intercensal o que, al menos, merece ser considerado seriamente a la luz de lo observado en las escalas intermedias.

Hemos constatado de ese modo que el Gran Buenos Aires, así como la región urbana más vasta que lo contiene, gozó durante el último cuarto del siglo pasado de un comportamiento demográfico migratorio heredado de las cuatro décadas anteriores que se caracterizaron por un desarrollo económico predominantemente endógeno y progresivamente orientado hacia su redistribución

territorial. Ese modelo, que llegó a su fin a partir de mediados de los años 70, había combinado una cierta industrialización - que aún si deficiente en su performance productiva fue eficaz en la estructuración de la geografía urbana del país - con una indiscutible influencia del sector público para sostener entre ambos una demanda de mano de obra asalariada que aseguraba un piso de empleo, y por lo consiguiente de ingresos, a una masa considerable de la población en distintas ciudades del territorio nacional. En consecuencia se fueron redireccionando y lentificando gradualmente los flujos migratorios que, entre mediados del siglo XIX y la tercera década del siglo siguiente, hicieron del área metropolitana nacional el principal centro de confluencia de los movimientos que poblaron a la Argentina. Pero, si bien durante el período de substitución de importaciones comenzó a vislumbrarse la desconcentración de la población del área pampeana y de sus ciudades, los problemas sociales e institucionales que hubo de enfrentar el país en aquellos años siguieron marcados en gran medida por la extraordinaria primacía de su sistema urbano y por la importancia política que en consecuencia tomaban la aglomeración de Buenos Aires primero y las ciudades del Frente Urbano Industrial después. Sólo Córdoba se erigió hacia finales del proceso de substitución de importaciones en un nuevo escenario político urbano, producto de la desconcentración económica territorial que había ido tomando el modelo, si se quiere ya desde finales de la década del veinte, pero que se aceleró sobre todo al doblar el siglo. La historia del movimiento social del siglo XX, que es fundamentalmente la historia del movimiento obrero y de las expresiones políticas en las que participó, fue transitando históricamente los escenarios urbanos justamente en ese orden.

Ahora bien, las tendencias de las corrientes migratorias que introdujo paulatinamente el modelo de crecimiento "hacia adentro", empezaron a cristalizarse en un nuevo sistema urbano sólo cuando el mismo ya estaba llegando a su fin. De manera que es recién durante el modelo aperturista siguiente que la desconcentración del poblamiento urbano se fue haciendo más patente sobre todo por la pérdida relativa de la primacía del Gran Buenos Aires. Comportamiento que puede ser descripto como una especie de resonancia demográfica de la lógica económica mercado-internista anterior, reforzada además desde el mismo estado con procedimientos destinados a ayudar a sectores locales del capital a capear la crisis de acumulación (vg. sistemas provinciales de promoción industrial). Esto probablemente permitió que la crisis del modelo anterior

se hiciera, a pesar de todo, un poco más gobernable en la mayor concentración urbana del país, al reducir en ella, al menos en cierto grado, el impacto inmediato de la exclusión y la marginalidad que acarrea el nuevo modelo. Si la población de la aglomeración de Buenos Aires, y el Frente en general, hubiesen continuado creciendo como lo habían hecho hasta mediados del siglo XX, los efectos sociales y políticos del nuevo modelo liberal hubiesen seguramente tenido un dramatismo aún mayor. Y en definitiva, esto sólo empezó a expresarse con mayor fuerza cuando comenzó el siglo siguiente.

En resumen, el desfasaje de las corrientes demográficas respecto de las nuevas pautas económicas y sociales permitió atenuar las crisis de gobernabilidad del país durante la fase neoliberal. La hipótesis consecuente es que cualquier salida que eventualmente se produzca ahora de ese modelo, que aparentemente goza ya de menos prestigio ideológico, tiene una fuerte probabilidad de enfrentarse con una evolución demográfica de signo inverso; ya que existen indicios que muestran la posibilidad de que sobrevenga una nueva estructuración del sistema urbano argentino en beneficio de un aumento del peso poblacional del Gran Buenos Aires y/o del Frente Urbano Industrial; proceso demográfico presumiblemente más acorde a los cambios económicos ocurridos hace más de dos décadas.

Se debiera por lo tanto contemplar atentamente la posibilidad de un típico caso de histéresis espacial cuya verosimilitud se sustenta en parte en el hecho de que este fenómeno ya se verificó durante el último cuarto de siglo - aunque entonces con signo inverso - aún si el mismo estuviese atenuado ahora por la existencia de algunas ciudades relativamente grandes con cierta capacidad para absorber parte del movimiento; lo observado en Rosario va efectivamente en este sentido. La hipótesis debe ser retenida para considerar que si nada se hace para sostener el tropismo de las metrópolis secundarias, la magnitud misma de Buenos Aires impondrá su mayor capacidad de atracción. La posibilidad de este escenario no sólo se funda en los efectos espacialmente retardados de la evolución de los mercados de trabajo, tal como ya fuera demostrado para nuestro país por otros autores (Reboratti, 1993), sino también y sobre todo en los indicios que hemos ido relevando. Estamos en definitiva ante una espacialidad demográfica cuya dinámica se desliza con retraso respecto a la de la estructura económica, y lo que dio lugar en su momento a una amortiguación de los efectos sociales que produjo el cambio de modelo, bien podría

ahora producir, inversamente, una suerte de colisión de los planos económico y demográfico que supone condiciones críticas para la misma gobernabilidad de la sociedad nacional.

Es esta última constatación, que vincula lo demográfico, lo económico y lo político, lo que nos proyecta de lleno a una cuestión que está en directa conexión con, por un lado, las vicisitudes de los mercados de trabajo y la naturaleza de las relaciones laborales que allí se establecen y, por otro lado, la posible evolución del espacio urbano. En el centro de la misma se ubican los movimientos espaciales de la población que, en este marco, deben ser sin embargo considerados con prudencia. En principio un comportamiento muy esperable en pleno auge de la desocupación estructural y sobre todo cuando la misma es más plenamente percibida, parece ser - siguiendo la observación de otros casos sobre los que inmediatamente volveremos - el aumento de la movilidad cotidiana, simultáneo a una reducción de la movilidad residencial (y por lo tanto también de los movimientos migratorios permanentes de larga distancia). Eso es producto de la baja expectativa de estabilidad laboral en cualquier punto del país, lo que se vincula por otro lado, en nuestro caso - aunque ahora al margen de nuestra consideración - con una emigración internacional aparentemente cada vez más importante. No obstante es seguro que para que se concrete la reducción de las migraciones internas permanentes se requiere de la existencia, aunque sea precaria y transitoria, de alguna forma de actividad que procure ingresos y sobre todo de mecanismos institucionales - éstos en cambio sólidos y permanentes - que cubran la subsistencia del desempleado entre dos ocupaciones eventuales en su actual lugar de residencia.

Dado que nuestra sociedad no parece poder garantizar lo último y que el mercado de trabajo tiene por su parte muy serias dificultades para sostener lo primero, la hipótesis anterior que supone la reanudación de las migraciones internas de largo alcance, aun si debe ser contemplada con parsimonia, no puede en absoluto ser desechada. Tanto más que una gran parte de la población urbana se ha visto obligada desde hace ya rato, justamente por la ausencia de un sistema de seguridad social para los desocupados y por la insuficiencia productiva de la estructura económica de nuestro país, a sostenerse por la vía del autoempleo marginal cuya espacialidad tiene una lógica muy diferente a la propia de la relación salarial. En un contexto de absoluta penuria de recursos, los diversos residuos y los variados intersticios de supervivencia más o menos

legales que ofrece una gran concentración de población se transforman en valiosos medios de vida que lógicamente otorgan una apreciable ventaja residencial comparativa a las ciudades más grandes.

Estando entonces muy probablemente ante un eventual recrudescimiento de las migraciones internas hacia el área metropolitana, en un contexto en que la misma no podría responder de inmediato con la correspondiente creación de puestos de trabajo en proporción suficiente, sería aleccionador observar los comportamientos migratorios en situaciones de crisis durable de empleo, tanto de los países comparables al nuestro como de los que cuentan con políticas de seguros de desocupación y promoción local de fuentes de trabajo, a fin de observar cómo reaccionaron en cada caso los patrones de distribución de la población urbana.

Entre los primeros, los latinoamericanos son por su similitud con Argentina los países que obviamente más atraen nuestra atención. No obstante, desde la información disponible hasta 1990, sólo se apreciaría "una tendencia general en América Latina hacia la disminución de la concentración espacial de la población y de la actividad económica" (Cuervo y González, 1997:278) y esto "a pesar de las diferencias y particularidades nacionales" en el orden político-económico, en virtud del cual nuestro país aparece en el concierto neoliberal general como el más francamente aperturista y desindustrializador de la región, comportamiento que como se sabe se profundizó durante la última década del siglo. En ese sentido, la experiencia reciente de la Argentina ha sido tan peculiar en cuanto a las políticas económicas adoptadas que limita seriamente el alcance y la validez de su comparación en lo que hace a la cuestión con los restantes países latinoamericanos. Así, al menos hasta 1990, y siguiendo a los autores mencionados, los únicos que mostraban una franca tendencia al aumento de la primacía eran países muy pequeños - a excepción de Chile que, por otro lado e inversamente a la Argentina, tuvo una evolución positiva en cuanto a industrialización y empleo - y que, además, no habían pasado por una fase previa de desconcentración demográfica. La cuestión merecería, por supuesto, un seguimiento con información más reciente y con un instrumento un poco más fino para ver si diez años después existe algún otro país con un comportamiento similar al que mostró Argentina en el censo del 2001, aún si, como señalamos, nuestro caso es de cualquier manera bastante particular por la profundidad que tomó el proceso de apertura y desindustrialización.

Por esta misma razón, la consideración de las experiencias en países desarrollados que cuentan con seguros nacionales contra desocupación y programas de promoción regional de fuentes de trabajo, también es un ejercicio sugerente, desde luego más por lo que puede mostrar en lo afín a las relaciones generales entre migración interna, empleo y asistencia a los desempleados, que por su estricta comparabilidad societal respecto de la Argentina. Y es significativo señalar que por lo menos algunos de ellos muestran, en un contexto de fuerte inestabilidad laboral, una marcada ampliación de las distancias de los movimientos cotidianos concomitante a una reducción de las migraciones permanentes, lo que se contrapone a eventuales tendencias a la concentración espacial de la población. El caso de Francia presenta un interés particular por su estructura urbana tradicionalmente muy primada y por los esfuerzos de posguerra (las *metrópolis de equilibrio*), de alcances ciertos pero bastante circunscriptos, para aprovechar la nueva fase de expansión industrial - que en alguna medida se detiene a mediados de los 70 - con el fin de reequilibrar el sistema de ciudades, así como también por las relativamente altas tasas de desocupación que presenta desde esos últimos años. "Los censos de población muestran en casi todas partes que si la movilidad cotidiana de los habitantes progresa, por el crecimiento de las distancias entre los lugares de residencia y de trabajo, la movilidad residencial, por el contrario, se estabiliza. Casi no aumenta más en la medida en que el exilio por el empleo se revela cada vez más aleatorio y no garantiza a nadie encontrar trabajo sobre un mercado que se encoge y ofrece sobre todo puestos precarios (...) Relativamente reducida, la movilidad residencial diseña pues, más que nunca, áreas regionales, a veces zonas de convivencia cada vez más estrecha cuya permanencia y estabilidad histórica sorprende a la mayoría de los investigadores que las ponen en evidencia" (Di Méo, 2001: 279). A mediados de la década de los 80, en ocasión de realizar una investigación sobre la evolución de la población de las viviendas sociales locativas (*HLM*) de la región parisina, nosotros ya habíamos observado como desde la segunda mitad de los años 70 se reducía la rotación de los inquilinos, al mismo tiempo que se extendían sus áreas de empleo (Piccinini, 1984). Este comportamiento iba al encuentro de la opinión por entonces general según la cual la crisis ocupacional alentaba una mayor movilidad residencial al imponerse la búsqueda de nuevos horizontes laborales. Pero para que esta menor movilidad migratoria fuese posible, los habitantes de ese país

contaban con un sistema de vivienda social altamente subsidiado y con el reaseguro inmediato de ayuda económica contra el desempleo que otorgaba a su vez derecho al seguro social de salud, entre otras asistencias más focalizadas. Condiciones éstas que si no impiden que el malestar estalle episódicamente entre los más marginados de la sociedad de consumo, aseguran por lo menos la estabilidad espacial de la población y ciertos marcos de convivencia que, si bien no están exentos de conflictos, limitan la violencia de la delincuencia cotidiana. Con posterioridad se introdujo un contrato de ingreso básico para los desocupados de muy larga duración y para los subocupados (*Revenu Minimum d'Insertion*) y más tarde la absoluta universalización del seguro de salud según la modalidad de libre opción de prestadores convencionales que regía para la población ocupada. Todo lo cual, a juzgar por la cita anterior, debe haber fortalecido el efecto geográfico observado. El caso es interesante en tanto que muestra el impacto espacial que tendrían las políticas universales de seguro de desempleo que, de acuerdo con este ejemplo, tienen tendencia a retener a la población en sus lugares de residencia.

Las corrientes migratorias responden, por lo esencial, a las necesidades de los mercados de trabajo y el principal problema que hoy los afecta es indudablemente el desempleo. Esta es la cuestión sobre la cual hay por consiguiente que detenerse para entender qué posibles mecanismos de regulación de aquellos mercados son los que preservarían las direcciones migratorias de las últimas décadas o llegado el caso moderarían su eventual inflexión. Siguiendo este argumento, e independientemente de la prioridad que desde luego deba dársele al crecimiento del empleo, una sistemática asistencia económica a los desocupados en las ciudades del interior del país - que siendo además las que tienen mayores tasas de crecimiento vegetativo reclaman también de una estrategia al respecto<sup>24</sup> - sería muy probablemente, y a la luz de la experiencia relatada, una política que permitiría frenar en lo inmediato una ola migratoria que podría acabar en poco tiempo con el reequilibramiento demográfico que

<sup>24</sup> Cabe señalar que por primera vez en la historia de la Argentina se puso en marcha en el año 2003 un Programa de Salud Sexual y Reproductiva que lleva adelante, aunque de manera descentralizada, el gobierno nacional.

lleva años desplegándose dificultosa pero efectivamente. No obstante, una propuesta de este tipo encontraría en la sociedad argentina una larga serie de obstáculos que pone seriamente en duda su factibilidad.

Comencemos con un hecho tal vez secundario pero no menor. Parece existir en "la opinión pública" un rechazo generalizado a cualquier sistema universal de subsidio a los desocupados y más aún, por supuesto, a un sistema de ingreso ciudadano incondicional no sujeto a test de recursos, figura que ahora ni siquiera estamos considerando. Ese rechazo está fundado más a menudo en un discurso moral a propósito de la dignidad del trabajo - que curiosamente no concuerda con las condiciones que se aceptan para el mismo - que en un argumento técnico que, a la luz de lo ocurrido durante los últimos años de ganancias monopólicas, no puede demostrar que la aplicación de los montos que eventualmente no se destinasen a ello, vayan efectivamente asignarse a la creación de nuevos puestos. Pero conviene ser conscientes de que, ante la perspectiva de tasas de desocupación muy elevadas que los especialistas acuerdan en prever para los próximos lustros o quizás décadas, la ausencia de un sistema de asistencia a los desocupados induciría no sólo a una reconfiguración no recomendable de la geografía de la población del país, sino también obviamente, a una serie de secuelas sociales indeseables que ya han comenzado a percibirse en los espacios de la vida cotidiana. El contraargumento moral en este caso sería entonces que si un mercado laboral completamente libre no sirve para garantizar una sociedad civilizada, sencillamente no sirve. No se trata por supuesto de establecer de pronto un Estado de Bienestar de corte europeo, algo muy poco factible en un país periférico, con mercados de trabajo muy inestables y mayormente constituidos de empleos precarios; menos aún cuando los países que sí lo tienen empiezan a oponer al *welfare* la alternativa (por otra parte de sorprendentes matices victorianos) del *workfare*. Pero el hecho es que, de no adoptarse algún sistema regular que funcione como un seguro universal de desempleo (y no un simple fondo individual de capitalización) y que debiera desde luego necesariamente adecuarse a las características de inestabilidad generalizada que acabamos de indicar, el redireccionamiento de las migraciones hacia Buenos Aires produciría, en las circunstancias en que se encuentra la estructura económica del país, un proceso de marginalización extendida en el principal espacio urbano de la Argentina que reduciría toda expectativa de mantenimiento de una democracia real.

Dada una cultura política, más manifiesta que latente, poco afecta a considerar como legítima la protección de los más débiles, salvo como misión de caridad<sup>25</sup>, es previsible entonces que una acción semejante no sólo enfrentaría la oposición de los sectores económicamente poderosos y de sus medios ideológicos de acción - tan poco proclives a respetar la institucionalidad democrática cuando de ceder aunque sea momentáneamente parte de sus beneficios se trata - sino también de la mayoría de una clase media sometida a la hegemonía de esos mismos sectores. Hegemonía que se encontraría además reconfortada por otras dificultades del proceso mismo de institucionalización del sistema de asistencia - sobre las que ya volveremos - abriendo así una serie de dilemas para la acción entre lo posible y lo deseable. Para superar esas dificultades se necesitaría de una improbable, al menos en la perspectiva inmediata, fuerza política ampliamente mayoritaria que se enfrentase decididamente a la exclusión social y en donde aquella "clase media" también debiera participar. Las derivaciones de la inevitable protesta social que asomó con el siglo XXI, de amplitud y profundidad ciertamente muy variables según los objetivos de la movilización, son elocuentes de las posibilidades actualmente abiertas en este sentido. Si bien la misma aparece políticamente desarticulada e ideológicamente poco comprometedor para la estructura misma del sistema, a pesar de esto se ha ido transformando lentamente en un factor de conflicto agitado por los sectores más militantemente represivos y menos afectos al formalismo

<sup>25</sup> La legitimidad del espíritu caritativo es algo que va desde las antiguas Sociedades de Beneficencia, siempre vinculadas a la Iglesia, hasta buena parte de las actuales ONG, pasando en su momento por la mítica Fundación Evita. Es verdad también que durante esa evolución, la filantropía se fue horizontalizando al salir progresivamente de la esfera del paternalismo aristocrático. De allí un uso extendido - y entendido por los sujetos como legítimo - del término "solidaridad" para referirse a dicha práctica que queda en el terreno casi exclusivo de la sociedad civil y en gran medida de las iglesias. Así, los derechos sociales ("principios que Perón ha establecido") no lograron, como sucediera durante el siglo pasado en los países más modernos, desplazar la centralidad de la caridad respecto a las obligaciones públicas con los ciudadanos, sobre todo cuando éstos estaban al margen de las relaciones de producción, en cuyo caso el Estado concurrió sólo accesoriamente a la acción regular de las mutualidades étnicas durante el período de las grandes migraciones y, más tarde, de las corporaciones gremiales durante el proceso de industrialización.

institucional, montándose para ello en la tradicional identificación con el poder de la angustiada clase media. Hay entonces, por lo pronto, fuertes condiciones subjetivas en la cultura argentina que obstaculizarían una acción social acorde a una estrategia de política demográfica que permitiese mantener una distribución territorial de la población capaz de amortiguar los costos que induciría una mayor concentración de la pobreza. En realidad no faltan razones para sospechar que el origen de la difundida moral antiasistencialista - así como del repudio a la movilización de los desocupados que obstruye la circulación en el espacio público e inquieta a la seguridad del ciudadano decente - no es otra cosa que un profundo y, para esa pequeña burguesía seguramente torpe, interés de clase travestido de las consideraciones de una ética de la responsabilidad individual. La creación de un real seguro nacional de desempleo requeriría, en efecto, de una capacidad económica del estado que reposa fundamentalmente en la supresión de un endeudamiento nacional cuya magnitud imposibilita cualquier iniciativa. Pero una vez removido este obstáculo, también se necesitaría de una política impositiva progresiva que genere los recursos para sostenerlo, algo tal vez aún más difícil de lograr que lo anterior. Este es en definitiva uno de los dilemas de fondo de cuya solución depende el destino de una sociedad golpeada por las conflictivas exigencias de sus históricas y socialmente muy contrastadas formas de reproducción y lo que sórdidamente está detrás de los fundamentos morales del discurso antiasistencialista.

Sin lugar a dudas, el problema de la desocupación es extremadamente complejo y su solución requiere en primer lugar de lo que habitualmente se denominan políticas "activas" de promoción de fuentes de trabajo. Y, dentro de ellas, las que actúan sobre la demanda de empleo mediante la reducción de la jornada de trabajo y de la vida activa, antes que las que lo hacen sobre el abaratamiento del costo de la mano de obra. Estrategia ésta que, durante los últimos quince años, ya se manifestó ineficaz como generadora de nuevos puestos, sobre todo en un país donde la fuerza de trabajo ya es de por sí muy barata. Pero sobre todo, y más que una política focalizada sobre la propia relación laboral, es necesaria también una estrategia macroeconómica capaz de sustentar el crecimiento para que quienes son objeto de las políticas pasivas no caigan en "la trampa de la inactividad" y para posibilitar asimismo los necesarios incrementos de producción que requieren las políticas activas que apuntan a la propia relación laboral. En este sentido, y dado lo limitado de la capacidad

productiva de la burguesía nacional y la inevitable reversión de beneficios que implicaría la alternativa de sostenerse en la inversión extranjera, parece inneludible volver a considerar el rol que muy probablemente tendría que jugar el Estado en la producción directa de bienes y servicios. Pero a pesar de toda esta complejidad, y de las limitaciones que son propias a un país endeudado y periférico como el nuestro, un subsidio sistemático a los desocupados sería muy probablemente el mejor mecanismo para comenzar urgentemente con una política sobre la cuestión y para, al mismo tiempo, asegurar las normas de convivencia social que requiere una sociedad auténticamente democrática; más aún cuando esa desocupación afecta a un elevado número de ciudadanos que quedarían de otro modo sujetos a explotaciones abusivas o empujados a escapar de ello recurriendo a la delincuencia.

No obstante, es necesario reconocer que otros obstáculos más importantes que la ideología dominante, la situación financiera del endeudamiento o la resistencia a la recaudación impositiva pueden estar erigiéndose de manera irreductible para cualquier institucionalización de una asistencia social universal en la Argentina. La distribución de la riqueza que se impone a partir de un seguro universal de desempleo, además de paliar los más graves problemas sociales de un capitalismo típico (al menos de estilo "renano"), obliga también (por numerosas causas: nivelación de la carga, legalización de las relaciones laborales, consecuente constitución de un sector de representación colectiva de los trabajadores, etc.) a construir la negociación de clases que permite sostener el crecimiento económico en el cual aquella distribución fundamenta buena parte de su legitimidad. Claro que si no hay una clase de empresarios - y esto es por lo general así en la periferia capitalista donde impera la hegemonía del capital multinacional - que esté dispuesta a asumir ese diálogo, todas las especulaciones académicas y políticas en ese sentido son vanas. De modo que el principal escollo que se presentaría a una política de sostenimiento económico para los desocupados de las ciudades del interior de la Argentina no sería tanto, en última instancia, de índole ideológica o inmediatamente financiera, aún si éste es un factor que no puede ser despreciado, sino de carácter inherente a nuestra misma estructura capitalista dependiente.

En una sociedad en pleno proceso de involución de las relaciones clásicas de producción capitalista y con un horizonte, como viéramos, de creciente expansión de formas domésticas de producción, donde el asalariamiento for-

mal se diluye en una economía informal de subsistencia, no parece posible organizar un sistema institucionalizado de seguridad social. Un seguro universal de desempleo supondría resolver ya por lo pronto y en primer lugar una cuestión fundamental: la legalización y el control de las relaciones laborales, sin lo cual no habría fuentes seguras, y sobre todo políticamente legítimas, de financiamiento del sistema (más allá de que también pueda para ello echarse mano a otras fuentes fiscales como las retenciones a las exportaciones, sobre todo cuando su producción se basa en la renta del suelo) ni, por supuesto, modo de evitar eventuales fraudes. Y dada la formidable dimensión que alcanza ya en la actualidad la actividad informal y el consiguiente empleo *en negro* y la precariedad en el régimen asalariado en general, además de la perspectiva a futuro de un incremento del sector doméstico de producción con ingresos discontinuos, la posibilidad de aquel sistema se encuentra por lo menos gravemente comprometida. Pero cabría por eso mismo preguntarse si, con ello, no se fragilizan seriamente las condiciones generales de gobernabilidad democrática.

Ése es sin duda el escollo mayor para una intervención del Estado en esta cuestión, ya que superarlo supone nada menos que una transformación profunda de nuestra sociedad. Transformación que, si bien no tiene por qué discutir formalmente el orden capitalista vigente, cuestionaría en los hechos su capacidad de establecer, al menos en la periferia del mundo, una seguridad social universal y por lo tanto desmentiría su carácter civilizado. Es muy probable entonces que no existan las condiciones necesarias para resolver de esta manera el dilema que hemos planteado. Y sin embargo sería conveniente hallar algún tipo de asistencia inmediata, estable y lo más amplia posible a la enorme masa de desocupados, por lo menos hasta encontrar la manera de expandir el empleo en las ciudades del interior. Caso contrario va de suyo que habrá que aceptar una profundización y concentración de la pobreza con los costos correlativos. Costos que tal vez ya no podrán ser más revertidos si no es al precio - aparentemente hoy inalcanzable - de uno de aquellos acontecimientos capaces de trastornar radicalmente la estructura social y política del país.

De todos modos, aún si a pesar de estos obstáculos se lograra adoptar alguna forma sistemática de asistencia y promoción social para aquellas ciudades, aparecerían otros nuevos dilemas de ardua resolución en países que, como el nuestro, no gozan de convenciones arraigadas de gestión democrática. Uno

de ellos se relaciona con la necesidad de organizar un sistema de gestión de la ayuda que sea democrático tanto en la descentralización necesaria para garantizar su transparencia, como en la fiscalización centralizada para asegurar el control de esas transferencias. De otra manera no se podría evitar que éstas sean utilizadas como instrumento de manipulación clientelística por parte de grupos locales de poder, fenómeno que ya se observa en los actuales programas provisorios y muy parciales de ayuda a los desocupados<sup>26</sup>. Una cosa así

<sup>26</sup> Por la ley 24.013 de flexibilización laboral, conocida entonces como "Ley de Empleo", se creó en 1991 un Fondo Nacional de Empleo con el aporte patronal del 1,5 % sobre la masa salarial, utilizado principalmente para abonar un seguro de desempleo; alícuota que, junto a la de otros aportes patronales, sufrió importantes reducciones entre 1993 y 2001. Se trata en realidad de un paliativo de alcance muy limitado ya que para acceder a él se debe haber cotizado durante por lo menos 12 meses; el beneficio que, en el mejor de los casos no puede exceder un año, tampoco puede superar los \$ 300 por mes y se reduce progresivamente hasta el 70 % de su monto inicial (la línea de pobreza de un adulto se estimaba en Buenos Aires hacia junio de 2004 en \$ 234,07 o, dicho más expresivamente, en 85 kg. mensuales de pan). A los trabajadores eventuales que hayan cotizado durante menos de un año les corresponde un día por cada tres de servicio. Por fin sólo abarca a los empleados del sector privado en relación de dependencia (o sea, ni públicos, ni autónomos), excluyéndose figuras tales como el personal docente privado y el servicio doméstico y, además, los trabajadores rurales y de la construcción que gozan de regímenes específicos con participación gremial de muy reducida eficacia. Todo esto a condición, claro está, de tener un contrato en regla y de haber sido licenciado según las formas prescriptas (conviene señalar que según el censo del 2001 casi el 40 % de los asalariados del sector privado estaban contratados en negro). No es sorprendente que en septiembre de 2004 sólo hubiera 59 mil beneficiarios (menos del 5 % de los desocupados). En consecuencia, el principal programa de asistencia a los desocupados es actualmente el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados creado a partir de una suma de pequeños programas focalizados que fueron desarrollándose en los 90 y que centralizó y expandió el Ministerio de Trabajo después de la crisis del año 2001. Este plan favorece a quienes no cobran el subsidio anterior y tienen hijos a cargo y ningún otro ingreso en el hogar (es decir que quedan afuera no pocos desocupados), lo que permite alcanzar una cobertura más amplia (1.6 millones de beneficiario en noviembre 2004). Pero su monto es de sólo \$ 150, estando sujeto en principio a que el titular realice alguna prestación laboral por el derecho a acceder a semejante suma, por lo que en rigor no es entonces un subsidio aún si a menudo esa contraprestación lógicamente no se cumple. Su distribución ha sido producto a veces de controvertidas negociaciones políticas dando también lugar a algunos cuestionamientos públicos que juzgaban la moralidad de los beneficiarios que podrían haber llegado a tener otros

impugnaría la legitimidad de la política de asistencia, volvería aún más frágil a la administración central que la sustente y dejaría por allí la posibilidad de un regreso al antiguo sistema de exclusión. Un segundo dilema se plantearía en términos semejantes, aunque probablemente su resolución sería menos dificultosa gracias a una mayor experiencia institucional en el tema, y tiene que ver con los litigios que necesariamente surgirán en torno a los criterios de reparto provincial de los recursos públicos y al reconocimiento de las pautas locales de gestión de la inversión social. De no establecerse criterios consensuados, pero al mismo tiempo ajustados a las necesidades reales de intervención, los programas encarados no gozarían de la suficiente garantía como para desarrollarse eficazmente y también atentarian a la larga contra la estrategia de redistribución económica necesaria al mantenimiento de la dispersión geográfica de la población.

Pero al mismo tiempo está claro que una asistencia regionalmente focalizada con el solo objeto de retener a los desocupados del interior en su residencia actual, atentaría contra la universalización de la seguridad social al ir en detrimento de las ciudades del Frente. Éstas son justamente las que presen-

recursos (parece sin embargo obvio que no se puede mantener una familia con el equivalente mensual a 42 kg. de pan). Pero lo más importante es que el programa fue concebido como un sistema transitorio hasta que las autoridades consideraran superada la crisis de empleo. Aprovechando el aval moral de una Iglesia tal vez recelosa de perder el monopolio de la caridad y según quien "ese subsidio desalienta la cultura del trabajo y favorece el clientelismo" ("Nueva etapa superadora sobre los planes sociales", *Página/12* del 29/10/04), se descartan nuevas incorporaciones a partir de 2005 - aun si de hecho ya estaban congeladas - y se prevé el traspaso a un nuevo plan (Plan Familias) de sólo una parte de los actuales beneficiarios: las madres con tres o más hijos, siguiendo de esta manera el modelo más asistencialista que asegurador del AFDC (*Act to Families with Dependent Children*) norteamericano. A pesar de sus limitaciones, el mayor alcance del Plan Jefes y Jefas de Hogar con respecto al subsidio otorgado por el Fondo Nacional de Empleo, debe haber incidido en una cierta retención de la población en sus lugares de residencia. Si bien casi el 40% de los beneficiarios se encuentra en la provincia de Buenos Aires, y seguramente sobre todo en la aglomeración metropolitana, es de suponer que la desaparición del Plan no dejará de tener efectos sobre las migraciones hacia las ciudades más grandes, dadas las previsibles dificultades de absorber en el mediano plazo la desocupación, sobre todo en las poblaciones más chicas.

tan las más elevadas tasas de desocupación y una agudización de la conflictividad sería entonces inevitable. No podría desde luego instrumentarse un sistema de seguridad social que discrimine a los desocupados de la región más poblada del país ni a los de ninguna otra. Es evidente, pero conviene recordarlo, que la cuestión regional planteada desde los avatares a que se expone el sistema de dominación por la actual forma de distribución espacial de la población, toma su sentido en los riesgos de ingobernabilidad que acarrea la concentración de excluidos en la mayor aglomeración urbana. La cuestión de la distribución regional de la población es una cuestión nacional y dado que los argumentos espaciales no pueden separarse de sus condiciones sociales más generales, cualquier iniciativa del orden de las que estamos examinando no podría dejar de tener en cuenta al conjunto de los habitantes del país. Una política de asistencia a los excluidos del mercado de trabajo trasciende cualquier justificación en términos meramente geográficos y coloca el tema en el espacio más amplio de los conflictos de clase que se desarrollan a nivel nacional. Las restantes consideraciones, como las que realizamos más arriba, son desde esa perspectiva obviamente secundarias.

Ante esta larga serie de obstáculos para darse una política social nacional, se explica finalmente la nueva invocación a la escala local buscando en ella una salida que el estado nacional no brinda. Y así el "lugar" se inviste de una pretendida capacidad económica y social que se intenta promover por nuevas competencias normativas o que se anhela alcanzar a partir de virtuales potencias endógenas (Gorenstein y Burachik, 1998). Se puede discutir si esta apuesta al espacio local, que retoma el discurso descentralizador postkeynesiano de las naciones centrales y que empalma con las recomendaciones de los organismos internacionales, es en un país de devastadas estructuras productivas una iniciativa política de desarrollo sostenible en lo económico y en lo social. A la luz de lo finalmente acontecido durante la última década bien podría ser en cambio una esperanza ilusoria o un disimulado desentendimiento, cuando no una mezquina estrategia de acumulación clientelar (Chiara, 2000; Auyero, 2001). En todo caso, más allá de la polémica por saber si los guiones básicos de los dramas que se representan en los estrechos escenarios de la vida cotidiana se trazan o no por lo esencial en ámbitos de acción más amplios (ya que éste es el fondo de la cuestión cuando se la plantea en términos políticos), es obvio que la extrema diversidad de condiciones locales no podría ofrecer una respuesta

generalizable y relativamente inmediata a la cuestión que estamos planteando. Y por eso podría también dudarse de la eficacia de aquellas estrategias locales que buscan introducir una espacialidad de cohabitación ordenada dentro de los marcos estructurales de la desigualdad existente en la ciudad. Tal el caso de las prácticas adaptativas que tratan de involucrar orgánicamente formas de "economía solidaria popular" (mercados barriales de trueque y producción doméstica, comedores comunitarios, cooperativas vecinales de generación de empleo en servicios municipales, disposición diferenciada de residuos comercializables para facilitar la tarea de los cartoneros, cooperativización de esos mismos cartoneros, etc.) que, aunque funcionan con un significativo encuadramiento institucional, requieren sólo de un mínimo sostenimiento financiero público. Cabría muy bien aquí señalar que "en determinadas circunstancias, una fragmentación del conjunto es la única estrategia unitaria posible. De esta manera se a-funcionaliza la no funcionalidad de la masa marginal, favoreciendo distintos grados de autonomía de los subsistemas que lo contienen" (Nun, 2001, 242). No obstante, a diferencia del anterior, se trata en este caso de una apuesta que no está exenta de inciertas e imprevisibles, pero no imposibles, derivaciones políticas a largo plazo. Si en principio ésta puede efectivamente parecer una salida viable para el capital - por lo poco costosa tanto en lo económico como en lo político ya que no implica gasto social, ni cuestiona los parámetros de la legitimidad de la sociedad de clases - esos emprendimientos no dejan de ser un espacio de potencial organización autónoma de los marginados. Y en este caso, si de esa organización surgieran cuestionamientos políticos al sistema, se diluirían las virtudes de las recetas descentralizadoras y no sería sorprendente que se redescubrieran las ventajas organizativas de la administración centralizada. De todas maneras, su sostenibilidad y generalización como para contener sin consecuencias conflictivas a masas crecientes de pauperizados resulta, por lo menos, dudosa. Aquí también puede decirse lo mismo que en el caso anterior en cuanto a la capacidad de este tipo de iniciativas para dar una respuesta económica urgente a una posible evolución de los flujos migratorios que pudiesen agudizar la situación de miseria generalizada. La más pequeña escala geográfica es en principio, y según propusiéramos, más inmediatamente sensible a los cambios y puede efectivamente preanunciar las mutaciones de las escalas superiores. No obstante, como también ya lo señaláramos, los fenómenos que se precipitan en estas últimas alcanzan a desarrollar sus propias

dinámicas autónomamente de aquéllas y por eso son susceptibles de imponer fuertes restricciones a la escala local. Cuando un fenómeno se ha plasmado a escala nacional, los tiempos más variables - según los lugares - de la escala local no pueden incidir inmediatamente en el fenómeno general. El loable discurso reivindicativo de la participación ciudadana sobre la gestión de sus territorios más cotidianos no debiera llevar a ignorar la real autonomía e incluso la capacidad política más abarcativa de los procesos nacionales (y por supuesto también internacionales) por sobre los locales. Caso contrario, se corre el riesgo de reducir la capacidad transformadora de esa misma participación local.

Tal vez haya quien pueda argumentar que los problemas que hemos evocado superan ampliamente la especificidad disciplinaria del análisis geográfico y es cierto que ni la más armónica de las distribuciones demográficas y espaciales puede proteger a la democracia contra la más inequitativa distribución de la riqueza. Pero también es verdad que de haber sido resueltos esos problemas hace unas décadas - cuando se optó por los *diktats* liberales -, y en el marco de una sociedad que aún contaba con una estructura capitalista más "clásica", se hubiese interceptado la histéresis geográfica que ahora acecha. Y de ese modo hoy no sería posible formular la hipótesis de una inflexión en la redistribución espacial de la población urbana con los eventuales riesgos sociales y políticos que supone. Hipótesis que ciertamente refleja una preocupación motivada no por, demás está decir, una ideología territorialista isotrópica ni menos aún por una inquietud de control social, sino por el interés de preservar el mínimo de condiciones democráticas alcanzadas en el frágil proceso de evolución política de nuestro país. Si bien, como es obvio, la democracia no puede ser reducida a un producto geográfico, los cuadros espaciales de los procesos sociales que son objeto de la disciplina no son ajenos a su desarrollo, ni éste a las políticas necesarias para ir superando las condiciones actuales de explotación y marginalidad.

El análisis de las temporalidades diferenciales que atraviesan al espacio urbano argentino y las características estructurales que va tomando su economía, autoriza a considerar seriamente la posibilidad de las dificultades enunciadas. Y lo hace en la medida en que la observación de las dos escalas extremas que hemos retenido muestra la conflictiva situación que resulta de la conjunción de la fragmentación del sistema de integración urbana en los *lugares* y de los reflujos demográficos diferidos respecto a la evolución de los modelos de

desarrollo económico en el *sistema urbano*. Sistema y lugares urbanos se transforman así en extremos de una tenaza que, al cerrarse sobre las pautas conocidas de la organización económica y social de las ciudades y regiones que se encuentran en el medio, quebranta territorios e instituciones cuyas crisis difícilmente desembocarían en un cuestionamiento del sistema social. Sólo se trata entonces de indicar, desde las razones propias de la geografía, que para escapar de esos peligros es necesaria una decisión muy fuerte y continuada de distribución de los recursos económicos tanto entre las ciudades como entre las clases sociales. Así podría prevenirse una inflexión de la larga tendencia demográfica desconcentradora, algo que sin ser suficiente ni central para garantizar un sistema democrático, evitaría que se paguen los costos de una violencia cotidiana que alimenta el fuego del autoritarismo y de la represión a las reivindicaciones sociales más legítimas. Una dinámica demográfica dejada a merced de una evolución social que no corrija las actuales desigualdades, llevaría a las grandes ciudades a empantanarse en una red de controles cruzados entre varios "castillos de poder"<sup>27</sup>, diversas mafias y algunos monopolios que marginaría a la inmensa mayoría de la sociedad y no sólo a los más pobres que hoy, en verdad, sólo prefiguran un probable destino general.

Siendo por fin más que inverosímil que el capital de los monopolios y el gobierno financiero internacional (que producen la pérdida de soberanía de los estados periféricos) renuncien a sus imperativos de creciente acumulación, queda por ver si la pequeña burguesía nacional, acosada por el empobrecimiento al que la conduce el actual desarrollo capitalista, será capaz de sostener una posición que, llevándola más allá de sus estrechos egoísmos inmediatos, transforme sus incipientes y mediáticamente alentados reclamos de incremento de la represión contra los más pobres en un amplio movimiento capaz de

<sup>27</sup> Con esta imagen nos referimos a grupos que, aun pudiendo haberse formado al interior mismo del Estado - y es por lo general lo que sucede - son camarillas funcionales a intereses corporativos que asientan su autonomía en la manipulación de los recursos públicos, la protección del secreto y una eventual capacidad militar que escapa a cualquier mecanismo de control democrático. La imagen fue oportunamente creada por Furio Colombo (1974) en un sugerente ejercicio de "futurológica sociológica" dedicado a los países capitalistas centrales, haciendo hincapié en los efectos totalitarios que podría tener también la concentración tecnológica e informacional.

enfrentar a los intereses de los más poderosos. De no ser así, las tendencias territoriales anticipadas contarían con acrecentadas probabilidades de confirmarse y con ellas las consecuencias sociales de la rutinización de la violencia no parecen ser tan difícilmente previsibles. Tanto la continuidad como el sentido mismo del actual régimen democrático dependen entonces, por lo menos en una medida que no debe ser despreciada, de la respuesta que se dé a esta cuestión más amplia de la geografía social de nuestro espacio urbano.

### EPÍLOGO

.....

El deterioro de las condiciones de vida de las últimas décadas - que hunde sus raíces en el mismo modelo anterior de sustitución de importaciones - ocurrido en el conjunto de las ciudades de la Argentina y que al comenzar el siglo hizo de Buenos Aires un escenario de despliegue espontáneo de descontento popular, se inscribe hoy en una muy posible alteración de la tendencia demográfica mayor que hasta ahora se venía desarrollando en la geografía urbana del país: la progresiva desconcentración de la población y la caída de la primacía de la metrópoli nacional. Los datos del último censo han mostrado en este aspecto un comportamiento que merece cuidadosa atención. No está claro aún hasta dónde la variación observada en el último periodo intercensal es una desaceleración pasajera de aquella tendencia debido a terceras variables - suerte de "accidente de ruta" luego del cual se retomará la velocidad anterior - o una simple modulación de la tendencia a la desconcentración de la población del Gran Buenos Aires que a partir de ahora se produciría más lentamente o, por fin, el prolegómeno del fin de un ciclo que anuncia una inflexión reconcentradora. Sin embargo el panorama estructural más general en el cual este comportamiento se despliega, así como la relativa "viscosidad" temporal que muestra el análisis de los movimientos espaciales de la población en relación a la evolución de los ciclos económicos, nos llevan a imputarle a las dos

últimas de estas tres posibilidades una cierta probabilidad que merece atención, sobre todo por las preocupantes consecuencias históricas que suponen. De resultar finalmente la variación observada en una desaceleración pasajera, el problema particular se reduciría a explicar qué fue lo que en ese momento la produjo y también lo que luego la revirtió. Y, por supuesto, dado que se necesitaría para ello contar con los datos del comportamiento posterior, la explicación sólo podría ser *ex post*. Por ahora, entonces, lo que interesa destacar es que una reanudación eventual en el ritmo anterior de la caída de la primacía igualmente no borraría la tensión creciente producida por una miseria también en aumento. Pero claro que si nos encontrásemos en el preludio de una inflexión, las condiciones sociales se volverían aún más críticas para el desarrollo del escenario político nacional.

Así como la desconcentración atenuó la conflictividad que produjo la liquidación del modelo mercadointernista, un comportamiento opuesto ofrecería un marco favorable para la acentuación de las contradicciones y podría abrir el horizonte a regímenes sostenidos por la clase media, más dispuestos a resolver las tensiones por la pura y simple represión policial que por la negociación y la sanción mayoritaria de las iniciativas políticas. Si sólo estuviésemos en cambio ante una moderación en la caída de la primacía, propia de la madurez alcanzada en su desarrollo - lo que también debiera ser oportunamente explicado - las consecuencias que acarrearía en aquel marco de deterioro social, con ser tal vez menos graves, no deberían preocuparnos menos que las que resultasen de una reversión de la tendencia. En cualquier caso estaríamos ante nuevas condiciones de la geografía de la población urbana, que impondrían un marco cada vez más restrictivo a la gobernabilidad democrática y a la gestión de cualquier programa de desarrollo obligado a dar respuesta a las necesidades más urgentes de la población.

Es cierto que también se podría considerar que no hay lugar para una excesiva alarma en tanto que, aún si hubiese inflexión, el proceso previo de desconcentración ya generó centros regionales alternativos de inmigración capaces de amortiguarla. Con lo cual las previsibles consecuencias de una acrecentada concentración de los excluidos, y los eventuales conflictos que resultasen, serían por su dispersión geográfica menos graves de lo que se pudiese temer para el orden político general. Pero esto sería en realidad una débil - a más de cínica - coartada para la incapacidad que de esa manera estaría

demostrando nuestra sociedad de sostener un sistema realmente democrático. Y de ser así, y de no afrontarse la circunstancia desde una generalizada y efectiva voluntad de reforma social, las consecuencias políticas no serían en realidad otras - dados los escasos márgenes, incluso mundiales, para una transformación revolucionaria - que la recaída en el autoritarismo necesario para el mantenimiento de los persistentes privilegios de siempre. Conviene recordar que las ciudades argentinas de este comienzo de siglo no fueron de hecho sólo el escenario de la protesta de los más marginados; tampoco faltaron plazas llenas de asustados ciudadanos exigiendo que se ponga orden en una sociedad anarquizada y en una ciudad caótica por falta de sanciones a quienes de diferentes maneras atentaban contra la vida, los bienes y la libertad de circulación de los que todavía no están fuera del consumo. Sin duda un paradójico reclamo dirigido a quienes más beneficios sacan de las condiciones estructurales que llevan a la desesperación y la violencia; pero coherente con la resistencia de buena parte de la sociedad a acabar con los mecanismos que determinan la actual estratificación social.

En este cuadro de tensión el análisis del proceso de urbanización autoriza aceptablemente - al recurrir a diferentes escalas que articulan los planos territoriales con sus propias dinámicas históricas - a sostener que, aún si se reaccionara sobre la economía reorientándola hacia una nueva fase de industrialización que reabsorbería un segmento de la desocupación, no se lograría con eso detener súbitamente las migraciones de excluidos a las ciudades más grandes, con las consabidas y ya en parte vividas consecuencias. Para evitar tales resultados se requeriría en lo inmediato de algo más que de eventuales (e inciertas) inversiones productivas o de simples llamados a las masas marginales a la "cordura" y a la conformidad con la convivencia civilizada y con las reglas institucionales en la espera de un futuro mejor. Y ese "algo más" pasaría en lo inmediato, tal como hemos tratado de mostrar, por un franco rol del estado en la redistribución de la riqueza, que apoye a su vez la distribución territorial de la población y concurra a las condiciones generales del crecimiento económico. La medida primera e ineludible para ello sería una asistencia universal a los desocupados, ya que difícilmente una abundante disponibilidad de mano de obra marginal y refugiada en sus propias estrategias de supervivencia pueda llegar a constituirse en un factor de desarrollo nacional. Hay sin embargo, como hemos visto, bastantes elementos como para creer que esa alternati-

va encontraría importantes obstáculos, por lo cual la situación social y política parece encontrarse en un impasse de muy difícil salida.

No hemos tratado ni de avanzar en un planteo normativo ni de hacer pronósticos sociológicos - una exposición prospectiva y no normativa sólo propone, en el mejor de los casos, escenarios posibles - pero sí quisimos señalar que la más reciente dinámica de la geografía de la población urbana podría muy bien evolucionar en un sentido tal que no haría más que agravar la complicada sociabilidad política argentina. En consecuencia, la protección a los desocupados como forma de enfrentar ese escenario tendría a nuestro criterio, y a la luz de los procesos geográficos e históricos que hemos estudiado, además de evidentes efectos sociales, derivaciones demográficas y territoriales que concurrirían a una mayor gobernabilidad democrática.

Diciembre de 2004

## BIBLIOGRAFÍA

- ALESSANDRI CARLOS, Ana F. (2001): *Espaço-tempo na metrópole*, Editora Contexto, San Pablo.
- ASOCIACIÓN INTERAMERICANA DE INGENIERÍA SANITARIA Y AMBIENTAL: "El financiamiento internacional en los programas de abastecimiento de agua y saneamiento en América Latina", XX Congreso de AIDIS, Guatemala, 1986.
- AUYERO, Javier (2001): *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial, Buenos Aires.
- BASUALDO, Eduardo (2004): *Los primeros gobiernos peronistas y la consolidación del país industrial: éxitos y fracasos*, FLACSO-Página 12, Buenos Aires.
- BASUALDO, Marcelo (1992): *Economía de crisis: Argentina de los 70 a los 90*, Fundación Cono Sur, Buenos Aires.
- BORELLO, José, Marcela VIO y Federico FRITZSCHE (2000): *La geografía de la industria en la Región Metropolitana de Buenos Aires*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- BRENNER, Neil (2001): "The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration", *Progress in Human Geography*, vol 25, Nro. 4, Arnold, Londres.
- CHIARA, Magdalena (2000): "El nivel local de implementación de las políticas sociales: características y problemas. Algunas reflexiones en torno a los Municipios del Conurbano Bonaerense" en VVAA: *Pobres, pobreza y exclusión social*, CEIL, Buenos Aires.
- CIVIT, María y María MANCHON (1997): "Reflexiones sobre el concepto de escala" en *58 Semana de Geografía*, GAEA, Corrientes.
- COLOMBO, Furio (1974): "Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal" en ECO, U. y otros: *La nueva Edad Media*, Alianza, Madrid.

- CHASE-DUNN, Christopher (1984): "El fenómeno de primacía de una ciudad en los sistemas urbanos latinoamericanos: su surgimiento" en *Ciudades y sistemas urbanos*, CLACSO, Buenos Aires.
- CLAVAL, Paul (1991): "De Thucydide à la nouvelle classe de service" en LÉVY, J. (comp.): *Géographies du politique*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- CUERVO G., Luis M. y Josefina GONZÁLEZ M. (1997): *Industria y ciudades en la era de la mundialización*, TM Editores, Bogotá.
- DI MÉO, Guy (2001): *Géographie sociale et territoires*, Nathan, Paris.
- DOLLFUS, Olivier, Christian GRATALOUP y Jacques LÉVY (1999): "Trois ou quatre choses que la mondialisation dit à la géographie", *L'Espace Géographique*, Nro. 1 Belin-Reclus, Paris.
- ELIAS de CASTRO, Iná (1995): "O problema da escala" en ELIAS de CASTRO, I., P.C. DA COSTA GOMES y R. LOBATO CORRÊA (org.): *Geografia: conceitos e temas*, Bertrand Brasil, Río de Janeiro.
- ELISSALDE, Bernard (2000): "Géographie, temps et changement spatial", *L'Espace Géographique*, Nro. 3, Belin-Reclus, Paris.
- ESCOLAR, Marcelo (1998): "Lugar, acontecimiento y realismo filosófico, el problema de la teoría del espacio y del tiempo", *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, Nro. 32, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
- FERRAS, Robert (1995): "Niveaux géographiques, échelles spatiales" en BAILLY A. R. FERRAS y D. PUMAIN: *Encyclopédie de géographie*, Economica, Paris.
- GASTIAZORO, Eugenio (1973): *Argentina hoy: capitalismo dependiente y estructura de clases*, Editorial Emele, Buenos Aires.
- GORENSTEIN Silvia y Gustavo BURACHIK (1998): "Nuevos Enfoques en las políticas territoriales. Primeras evidencias en la Provincia de Buenos Aires" en GORENSTEIN S. y R. BUSTOS CARA (Comp.): *Ciudad y Regiones frente al avance de la Globalización*. Editorial de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- GOTTMANN, Jean (1961): *Megalopolis. The Urbanized Northeast Seaboard of the United States*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts.
- HARVEY, David (1989): *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.

- KATZ, Joge y Bernardo KOSACOFF (1989): *El proceso de industrialización en la Argentina: Evolución, retroceso y prospectiva*. Cedral/Cepal, Buenos Aires.
- LACOSTE, Yves (1976): *La géographie ça sert, d'abord, à faire la guerre*. Maspero, Paris.
- LATTES, Alfredo (1998): "La redistribución interprovincial de la población de la Argentina y sus componentes demográficos entre 1960 y 1991". *III Jornadas argentinas de estudios de la población*, AEPa- Honorable Senado de la Nación. Buenos Aires.
- LEPETIT, Bernard (1996): "Del'échelle en histoire" en REVEL, J. (comp.): *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Gallimard/Seuil, Paris.
- LÉVY, Jacques (1994): *L'Espace Légitime*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- LINDEMOIM, Javier (1993): "Empleo y redistribución de la población en la Argentina: de la posguerra a los años 80", *Ciclos*, III(5), Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires.
- LUCERO, Patricia (2003): "Nuevos patrones de distribución de la población en la Argentina al final del siglo XX", *Revista Universitaria de Geografía*, vol. 12 nro. 1 y 2, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- MARSTON, Sallie (2000): "The social construction of scale", *Progress in Human Geography*, vol 24, Nro. 2, Arnold, Londres.
- MARSTON, Sallie y Neil SMITH: "States, scales and households: limits to scale thinking? A reponse to Brenner", *Progress in Human Geography*, vol 25, Nro. 4, Arnold, Londres.
- MIGNAQUI, Iliana (1998): "Dinámica inmobiliaria y transformaciones metropolitanas. La producción del espacio residencial en la región metropolitana de Buenos Aires en los '90" en GORENSTEIN, S. y R. BUSTOS CARA (comp.): *Ciudades y regiones frente al avance de la globalización*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- MONTOYA, Susana y Marcela PERTICARA (1995): "Los migrantes de países limítrofes en los mercados de trabajo urbanos" en *Estudios* Nro. 75, IIERAL- Fundación Mediterránea, Córdoba.
- MÜLLER, María (1978) : *La mortalidad en Argentina entre 1869 y 1960*, CENEP/ CÉLADE, Santiago de Chile.
- NUN, José (1989): *Crisis económica y despidos en masa*, Legasa, Buenos Aires.

- (2001): *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- PICCININI, Daniel (1984): *Évolution de la population des HLM de la région parisienne. Le cas de Bezons*. Tesis de Maestría en Ordenamiento Territorial. Unidad de Estudio e Investigación de Geografía. Universidad de París X- Nanterre.
- (1988): "Buenos Aires y su fantasma: Notas de geografía social" en *Cuadernos de Historia Regional* Nro. 11, UNLu-EUDEBA, Luján.
- (2000): "Lo rural en lo urbano. Transformaciones sociales en la geografía argentina de fin de siglo" en TADEO, S. (Coord.): *Procesos de cambio en las áreas rurales argentinas. Hacia la construcción de un nuevo concepto de ruralidad*, La Plata.
- PIVETEAU, Jean-Luc (1995): *Temps du territoire*, Zoé, Ginebra.
- PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie-France (2000): "Segregación, fragmentación, secesión. Hacia una nueva geografía social en la aglomeración de Buenos Aires", *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. II, Nro. 7, México.
- REBORATTI, Carlos (1993): "Migraciones y mercados de trabajo en la Argentina", *El libro blanco sobre el empleo*, Ministerio de Trabajo, Buenos Aires.
- (1999): *Ambiente y sociedad*, Cap. II, Planeta-Ariel, Buenos Aires.
- (2000): "Una cuestión de escala: sociedad, ambiente, tiempo y territorio" en *Segundas Jornadas Plaienses de Geografía*, Universidad Nacional de LA Plata, La Plata.
- RECCHINI de LATTES, Zulma y Alfredo LATTES (1975): *La población de Argentina*, INDEC, Buenos Aires.
- ROFMAN, Alejandro (1997): *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90*, CEA-CBC-UBA, Buenos Aires.
- SANTOS, Milton (1990): *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid.
- SCHVARZER, Jorge (1996): *La industria que supimos conseguir*, Planeta, Buenos Aires.
- TAYLOR, Peter (1994): *Geografía política. Economía-mundo, Estado Nación y localidad*, Trama Editorial, Madrid (Primera edición en inglés, 1985).
- VAPÑARSKY, César (1968): *La población urbana argentina*, Editorial del Instituto, Buenos Aires.

- (1995): "Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación de l sistema de asentamiento humano desde 1950" en *Desarrollo Económico* vol. 35 Nro. 138, IDES, Buenos Aires.
- VAPÑARSKY, César y Néstor GOROJOVSKY (1992): *El crecimiento urbano en la Argentina*. GEL, Buenos Aires.

U.B.A. - F.F. y C.  
Instituto de Geografía  
Biblioteca

La presente publicación se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos de la  
Facultad de Filosofía y Letras  
en el mes de agosto de 2006